
Engaño

YURI FELSEN

gatopardo ediciones

ENGAÑO

YURI FELSEN

gatopardo ediciones



Título original: Обманъ
publicado por J. Povolozky & Cié. en París en 1930

Rambla de Catalunya, 131, 1.°- 1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:
© El foso de orquesta, Everett Shinn (1907)

eISBN: 978-84-127967-2-8

Impreso en España

PRÓLOGO

Bryan Karetnyk

El sábado 13 de febrero de 1943, una multitud de 998 hombres, mujeres y niños se apeó de los vagones destartalados en la Judenrampe, el andén de descarga de los trenes que llegaban a Auschwitz II-Birkenau. La organización del transporte había corrido a cargo del departamento de Adolf Eichmann en la Oficina Central de Seguridad del Reich, que a la sazón se afanaba en supervisar las deportaciones de judíos foráneos y nacionales de la Francia ocupada. Ese era el cuadragésimo séptimo grupo que padecía el viaje de dos días desde Drancy, un campo de tránsito situado en un suburbio del noreste de París. Tres personas —dos hombres y una mujer— habían tratado de escaparse durante el trayecto, pero habían fracasado en el intento.

Es sabbat, y entre la multitud una figura alta, elegante y ligeramente encorvada, reconocible por su porte ario y el pelo rubio y entrecano, se une a la fila de hombres que esperan la criba. A los que son enviados a la derecha les aguarda el proceso deshumanizador del registro, el tatuaje, la desinfección y, finalmente, el trabajo forzado en un campo plagado de tifus. A los que son enviados a la izquierda les aguarda el olvido. Pese a que el hombre —de profesión «homme de lettres», según sus documentos— solo tiene cuarenta y ocho años, el doctor de la SS que lo examina repara en su ligero encorvamiento, resultado de una dolencia que afecta a los ligamentos de las vértebras, y, como corresponde, lo manda al grupo de la izquierda. No es apto para el trabajo ni, por tanto, en estos días brutales, para la vida. Esa noche, al poco de concluir el sabbat, la figura, junto con otras 8ot personas, es conducida a uno de los búnkeres que quedan al norte del andén, unas alquerías reconvertidas y ocultas por el boscaje. No podemos saber a ciencia cierta si murió en la «casita roja» o en la «casita blanca» (aunque esta última es la opción más probable), pero podemos estar seguros de que a altas horas de esa misma noche su cuerpo asesinado fue procesado y arrojado a una fosa común cercana.

La muerte sumió a Yuri Felsen en una oscuridad casi total. Huir de la tiranía soviética a una edad temprana lo había puesto en una situación de notable desventaja, obligándole a forjar su arte rusófono en el exilio europeo. Escribir prosa «difícil» y ser encasillado como un «escritor para escritores» había hundido aún más si cabe sus posibilidades de alcanzar la fama póstuma. A su terrible final le siguió la misteriosa desaparición de su archivo, de forma que solo sobrevivió

un puñado de sus papeles, además de sus publicaciones, y hoy en día apenas se conservan unas pocas fotografías suyas. Y eso que estamos ante un hombre que en su momento álgido había sido considerado, junto con Vladimir Nabokov, como uno de los escritores más dotados y originales de la joven diáspora rusa, un escritor que se había embarcado en uno de los proyectos literarios más ambiciosos que se acometieron en la Rusia del exilio, un artista que había logrado algo presuntamente milagroso: elogios de casi todas las facciones y camarillas de la crítica literaria de la emigración (y, quizá lo más asombroso, del mismo Nabokov). Según Georgy Adamovich, el decano de la comunidad rusa en Montparnasse, la prosa de Felsen «dejaba a su paso una luz imposible de nombrar», y, en efecto, pese al empeño del destino en borrar al hombre, dejó una huella indeleble, por muy tenue que sea en nuestros días.

Felsen nació en 1984 en San Petersburgo, a la sazón capital del Imperio ruso. Sin embargo, quien lo busque en los archivos de la ciudad no hallará rastro de tal individuo, puesto que su nombre real era Nikolai Freudenstein. Primogénito de una distinguida familia judía (su padre era médico y su familia extensa tenía contactos influyentes en la corte), era un estudiante brillante que obtuvo una codiciada plaza para estudiar Derecho en la Universidad Imperial de Retrogrado, donde se graduaría en 1916 «sin la menor vocación por las leyes», como declararía más tarde con una mezcla de ironía y autodesprecio.

Tras la Revolución bolchevique, él y su familia cercana huyeron a Riga, en la recién independizada Letonia, donde pronto dio sus primeros textos a imprenta, escribiendo folletines para la prensa local. Pese a su deseo de «reincorporarse» a Rusia, en el verano de 1923 viajó al Berlín de la República de Weimar, un foco de hiperinflación y renacimiento cultural, y luego, a finales de ese mismo año, a París, la autoproclamada capital de la diáspora. Establecido en dicha ciudad, se embarcó en lo que denominó, no sin cierta picardía, «negocios independientes» (lo que significa que se dedicó a invertir en bolsa y a la compraventa ilícita de divisas extranjeras). Tampoco tardó en hacer su entrada en el mundo literario y, tras metamorfosearse en el littérateur Yuri Felsen, se empleó en serio y sin demora en lanzar su carrera de escritor.

Debutó bajo su ingenioso y ambiguo seudónimo en 1926, pero su reputación como escritor serio no se consolidaría hasta la publicación de Engaño en 1930. Esta novela fue, además, la primera piedra de una gran obra literaria que, a su muerte, constaría de otras dos novelas, Happiness (1932) y Letters about Lermontov (1935), así como de siete relatos breves e interconectados, cada uno de los cuales desarrolla un episodio del proyecto, como en un rompecabezas, sin dejar de seguir la evolución romántica, psicológica y artística del mismo protagonista

en pos de su vocación literaria.

Adoptando la forma del diario, Engaño presenta al lector el sostenido autorretrato psicológico de un joven emigrado ruso, un neurasténico aspirante a escritor cuyos a menudo frustrados intentos de conquistar a la esquiva Liolia Gerd dan pie a una serie de sofisticadas divagaciones sobre el amor, las letras y las debilidades humanas. En las primeras páginas, el lector—como un voyeur, testigo de los pensamientos más íntimos y del incipiente enamoramiento del narrador sin nombre— le acompaña en sus idas y venidas por la ciudad de su exilio, donde, presa de la pasión, se prepara para cumplir su fantasía, revelando no solo su entusiasmo, su carácter soñador y sus inclinaciones poéticas, sino también su deseo compulsivo de analizar su entorno y su propia persona. Sin embargo, conforme el optimismo de los inicios cede su lugar a sentimientos más os euros, estas digresiones reflexivas, arrebatadoras y seductoras, pronto dejan entrever lapsus inconscientes y solipsismos que insinúan sus tendencias monomaníacas que en ocasiones le ocultan, pese a su refinado intelecto, la verdadera naturaleza de sus circunstancias. Así empieza un juego exquisito diseñado por Felsen, en el que al lector le toca adivinar, mientras se deleita en la capacidad de observación y en el virtuosismo lingüístico del narrador, qué se esconde realmente tras esas descripciones y sondear las profundidades del engaño en toda su amplitud.

El estilo barroco y tortuoso que Felsen ideó para expresar este elaborado contrapunto entre pensamiento, emoción y motivación subliminal enseguida distinguió su voz literaria de todas las demás. «Cualquiera que lea sus obras convendrá —escribió Adamovich— en que contienen visión poética y revelaciones psicológicas. No se las puede confundir con ningún otro libro.» Por añadidura, la combinación de este estilo singular con los motivos psicológicos de la novela y su intensa concentración en un amorío cuya crueldad agudiza las facultades creadoras del narrador acabó por granjearle a Felsen, no sin razón, el epíteto del «Proust ruso».

Con todo, aunque es posible que Proust y su filosofía del amor, el arte y los celos ocupen un lugar destacado entre los referentes artísticos de Felsen, Engaño proyecta una mirada más amplia a las obsesiones literarias de su época. A primera vista, al menos, la novela se hace eco del género por excelencia de la diáspora: el documento humano. Confesional, profundamente psicológica, de fuerte inspiración autobiográfica, esa corriente prefiguró la autoficción con casi medio siglo de antelación: al inscribirse en favor de lo documental en detrimento de la ficción, buscaba transformar en arte la realidad del propio autor. Y, en efecto, el autorretrato del narrador en Engaño coincide a grandes rasgos con lo que se sabe de la biografía

de Felsen: la disipación de una vida transcurrida en el exilio; el bajo continuo de la precariedad económica y la eterna búsqueda de dinero; la implicación en varias actividades comerciales y turbios «negocios independientes»; la ristra de romances coronados por el amor imposible con una mujer casada que aparece y desaparece con una regularidad atormentadora. Pero, por más que comparta dichos rasgos con su narrador ficticio, Felsen procura que este avance por un carril paralelo, sin cruzarse con su propia vida. Para tratarse de un diario, este libro es particularmente parco en detalles: nunca sabemos, por ejemplo, dónde o incluso en qué zona de París viven el narrador y el objeto de sus desvelos románticos; aunque abundan todo tipo de cafés y restaurantes, ni uno solo aparece mencionado con su nombre; solo el contexto nos permite deducir que el primer encuentro de los amantes debe de producirse en la Gare de l'Est; y, en efecto, todos los pormenores de la vida cotidiana que cabría esperar —relativos al trabajo, el dinero, las relaciones sociales, los hábitos y el modus vivendi del narrador— por lo general se omiten, se pasan por alto, manifestándose únicamente en la medida en que atañen directamente a la voluble y enigmática Liolia, quien, vista desde todos los ángulos y distancias a lo largo de la novela, es en todo momento el epicentro del universo psicológico y emocional del narrador.

Al escamotear estos detalles que comportarían el riesgo de anclar el libro a su tiempo y lugar, Felsen trasciende el documento en sí, descartando la fugacidad de lo mundano para fijar la vista más allá, en los engranajes ocultos de la psique. Despojado de su temporalidad histórica, el ejercicio atemporal de plasmar en un diario el mundo interior de un sujeto —elegantemente sugerido por la discreta omisión del último dígito de la fecha en la primera entrada del diario— eleva la novela más allá del mero documental e incluso hizo que un crítico perspicaz viera el libro no tanto como un ejercicio de engaño cuanto como un estudio de las variadas posibilidades de la verdad misma.

Aunque pueda parecer frívolo e incluso anticuado escribir sobre el amor en unos años tan desoladores y ensombrecidos por un clima de agitación social y polarización política, de proliferación del fascismo y de comunismo fanático, años en que el sueño de los emigrados de regresar a Rusia se esfumó irrevocablemente, sería un error pensar que el arte de Felsen es fruto de un romanticismo nostálgico. Para él, escribir su ars amatoria contemporáneo era tan oportuno como urgente; entrañaba un sutil desafío político que buscaba reafirmar la primacía del individuo en una época en que los regímenes nacientes estaban forzando a un número creciente de ciudadanos privados a someterse a la colectividad. «No sé a qué movimiento adscribirme —cavila Felsen en un pasaje autobiográfico—. Me gustaría pertenecer a una escuela que [...] para mí representa una especie de

neorromanticismo, la exultación del individuo y del amor en oposición a la barbarie soviética y la disolución en la colectividad.» Al negarse a entablar un diálogo con los bárbaros, pudo en cambio desarrollar una escritura esencialmente antitotalitaria, ensalzando el amor, la libertad artística y la individualidad, y tratando de expresarlos con riqueza y lucidez en una época en que todos estos elementos estaban sometidos a presiones políticas que preferían negarlas, en una época en que tantos de sus coetáneos buscaban con desesperación nuevas maneras de responder adecuadamente, a través del arte, a una tiranía cada vez mayor.

El poder del arte para defender lo humano es un artículo de fe al que Felsen se aferró hasta el fin de sus días. En vísperas de la guerra que acabaría por arrebatarle la vida, respondió a los críticos que, en aquellos años atroces, sostenían que no eran tiempos para escribir sobre amor o sentimientos, sobre anhelos individuales: «No puedo entrar en el combate directo; solo actúo mediante la observación —declaró—, pero estamos defendiendo lo mismo: la humanidad y su alma». Para él, este era el non plus ultra del arte del exilio: «Todo lo que cabe decir sobre el papel del escritor en esta época terrible y absurda concierne por partida doble a la literatura de la emigración: la emigración es una víctima de la ausencia de libertad y, en virtud de su propia existencia, un símbolo de la lucha por los vivos y de la imposibilidad de reconciliarlos con aquellos que los quieren destruir. Su literatura debe expresar esta “idea de la emigración” con una fuerza dual: debe animar el espíritu y proteger al hombre y al amor».

A la postre, la creencia de Felsen no bastó para salvarle la vida. Tampoco bastó para salvar al prototipo de Liolia en la vida real, su Beatrice de Riga, que murió en la Shoah en Letonia, compartiendo su trágico destino. Y a pesar de todo ello, su arte pervive. En el Talmud leemos: «Bendito sea aquel que resucita a los muertos». Quizá, al sacarlo de las tinieblas, puedo hacer lo más parecido a resucitarlo. Y ¿qué mejor punto de partida que su arte, el más fiel testimonio de su vida pese a todo lo que se ha perdido y destruido?

Así pues, ¿engaño o verdad? ¿Ficción o realidad? Acaso sea más adecuado imaginarnos la novela como un palimpsesto ficticio escrito sobre los renglones hoy apenas legibles de la biografía de Felsen, cuyos detalles más vitales y trascendentes todavía pueden vislumbrarse. Aquellos que estén dispuestos a mirar y pesar cada elemento en la balanza, encontrarán sin duda mucha verdad en su Engaño.

ENGAÑO

PRIMERA PARTE

7 de diciembre de 192…

Todo en mi vida es superficial —las citas, los conocidos, la distribución del tiempo—, seco y aburrido, y esto adormece sin remedio lo poco que aún alienta en mí, mis últimos y débiles impulsos: ni tan siquiera me será dado alcanzar una claridad melancólica sobre mí mismo, ni un sentimiento de arrepentimiento, aunque ineficaz, ni la sencilla calidez del afecto humano. Solo siento, con más persistencia que antes, con más vergüenza, que soy igual al resto de la gente, que, al igual que todos, me trago los días vacíos, me atormentan las cosas triviales y, como los demás, a su debido tiempo deberé desaparecer. Durante los años de bienaventuranza amorosa y celos constantes, ávidos e impulsivos, pero sin rencor y de perdón fácil, de alguna manera tenía un espíritu magnánimo, me apartaba despreocupado de comparaciones siniestras y terribles (con «el resto de la gente»), de la absurda inevitabilidad del final, y consideraba único mi sublime sentido de tensión nerviosa. Ahora, cuando todo esto vuelve a mí solo de vez en cuando, de nuevo indolente, entumecido y empobrecido, y tras sumirme en una placidez triste y soñolienta, sucumbo al error que, a menudo, se achaca a determinadas personas —la idea de que el presente nunca cambiará— y saco mis conclusiones: la exaltación amorosa ha terminado para siempre, al igual que mis pensamientos y sentimientos privados, y en esos momentos que reflejan el pasado solo necesito intentar discernir algo, desvelarlo y transmitirlo, porque el rastro de esos sentimientos y de esa exaltación aún se conserva, la ansiosa premura de antaño no interfiere, y, tal vez, la rememoración persistente, que reconstruye laboriosamente aquello que se alcanzó en su día y ahora ha sido olvidado, constituye todo el sentido, todo el extraño propósito de estos años solitarios y estériles. Pero tan pronto como aparece una migaja de esa bendita y absurda esperanza —merced a un parecido conmovedor, una sonrisa, la atención prestada a mis palabras— cambio en un instante, pierdo de vista el tedio de mi vida presente, olvido que todos los pensamientos y sentimientos privados han quedado atrás, y solo mi suspicacia tenaz —vestigio de la experiencia, el fracaso y la eterna atribución de valor a todo— me devuelve, inesperada y oportunamente, la sensatez: pero, de pronto, surge de nuevo la desesperanza o el fraude. Sin embargo, después de la sensatez, experimento el arrepentimiento tardío, airado, inútil y rebelde que a veces (sin causa aparente) hace llorar a las mujeres: era

la oportunidad de tener algo raro, peligroso y predestinado, una oportunidad irrevocablemente perdida.

Sentí de pronto esta oportunidad de algo nuevo, dichoso y peligroso al leer la carta de una conocida de Berlín, Yekaterina Viktórovna N., quien me escribía para informarme de que una sobrina suya, Liolia Gerd, viajaría a París: «¿Recuerda las conversaciones que tuvimos sobre ella? Ayúdela, cuídela, seguro que no se arrepentirá». Katerina Viktórovna era la viuda de un coronel, una marchita dama relacionada con el estamento militar, pesada y torpe, con un aire extraordinariamente masculino, un rostro tosco y gris, y un vozarrón inexpresivo con el que daba órdenes de forma amanerada. En la pensión de Berlín donde habíamos coincidido, me hablaba días enteros de su querida sobrina, «una criatura exótica y singular, que en nada se parece a las muchachas del lugar», mientras sonreía de forma insinuante y presuntuosa, como si se compadeciera un poco: «Así es ella, querido. Sería una lástima que no la conociera». Era una época desesperada —el dinero, junto con la honradez y la esperanza, era un bien escaso—, y esa mujer entrada en años y sin hogar, privada de esperanzas y expectativas, se regalaba con la fantasía de un romance entre su sobrina favorita y yo (que, de alguna manera, correspondía a su ingenuo y sentimental concepto castrense de caballerosidad). No solo colmaba su insaciable bondad femenina, poniendo en su lugar a la atenta, inteligente y encantadora Liolia Gerd, sino que intentaba reconstituir un círculo social desaparecido y destruido, algo de la influencia que había ejercido, una situación en la que Liolia y yo pudiéramos conocernos, en la que Katerina Viktórovna pudiera ayudarnos y propiciar nuestra unión. En un principio no me creí su entusiasmo grandilocuente, pero aparecieron fotografías, cartas, palabras pronunciadas al azar, todo lo cual me sedujo más que los elogios ingenuos de la vieja coronela. Yo, a mi vez, me imaginé a Liolia Gerd como una mujer delicada, de un rubio deslumbrante, con una mente inquisitiva y culta, vulnerable y al mismo tiempo valiente, capaz de afrontar cualquier contratiempo. Recuerdo especialmente sus manos en una de las fotografías: elegantes, caprichosas, torpemente entrelazadas, como con desesperación, y a pesar de ello inflexibles. Tras separarse de su marido, Liolia Gerd se encontró sola en Belgrado y sin poder llegar a Berlín, pero cuando finalmente lo consiguió, yo ya estaba en París.

8 de diciembre

Llegará dentro de cinco días. Para entonces habré aclarado un asunto que me liberará, durante algunos meses, de la necesidad de buscar trabajo, de preocuparme —con vergüenza y descaro— de cada

gasto y de posponer las compras necesarias (algunos cuellos, camisas o corbatas). Pero lo principal es que la vida será más fácil y agradable cuando esté con Liolia, en quien empiezo a pensar con arrobamiento y esperanza: ya tengo ganas de enseñarle París, salir a pasear con ella, agasajarla sin tener que consultar el reloj, sin pensar que me esperan en algún lado y que debo prepararme para arduas negociaciones, ni que me recuerden constantemente que el dinero es vital, lo bueno que es tenerlo.

¿Por qué me resulta tan cautivador y me siento tan feliz de saber que Liolia Gerd va a venir? Durante mucho tiempo no le he dedicado un solo pensamiento, pero algo extraño y enfermizo comenzó estando aún en Berlín: por ella, porque en su persona parecían chocar dos voluntades igualmente intensas, desconocidas entre sí, surgidas mucho antes y por causas probablemente muy poco claras, incluso para mí mismo. Procuraré dominar mi pereza mental y dar un nombre a estas causas, combinarlas, rescatarlas de la hibernación taciturna en la que se hunde todo lo que nos acontece y no hemos advertido a tiempo; estoy suficientemente ejercitado en ese tipo de rememoraciones, y tengo el presentimiento (tal vez suscitado artificialmente) de que con la llegada de Liolia comenzará algo nuevo y brillante, lo cual significa que debo limpiar y poner en orden mis viejas ideas asociadas a su persona. Incluso estoy feliz de que, entre lo invisible, por ejemplo este último minuto —aquí, en esta habitación, a solas—, un minuto aún de ceguera y de invocación de la llegada de Liolia, y su primera sonrisa afable —dentro de cinco días— en la estación culminará todo este trabajo tedioso y prefestivo, cuyo propósito es prepararme para una gran alegría, prepararme no moral sino mentalmente, una rendición de cuentas más que un regenerador acto de purificación hindú.

Estas dos voluntades —la mía y la de Katerina Viktórovna— se inspiraron mutuamente y forjaron una amistad inesperada, cada una de ellas fuerte en su propia causa, porque a cada uno de nosotros nos arrastraba a lo que era más inminente y vital. Katerina Viktórovna temía por encima de todo cortar con el pasado, verse como una «vieja coronela», canosa y demacrada; en su ingenuidad quería parecer más joven, más rubia, más delgada, y como en su juventud tener una casa «bien», un lugar donde en el pasado había sido escuchada, cortejada y tenida en cuenta, y he aquí que la ilusión de juventud, de hogar y de continuación de su vida anterior no era fruto de mi presencia ni de mi atractivo (aunque yo había recibido de ella el apelativo cariñoso de «joven romántico»), sino de la atención genuina, ávida y embelesada con que yo la escuchaba cuando la conversación versaba sobre Liolia; solo una cosa me obsesionaba: encontrar para mí una «Liolia» como esa.

Como muchas personas que alguna vez han encontrado y perdido

aquello que habían deseado, yo no tenía la menor intención de embarcarme en búsquedas pueriles y vagas, y sabía perfectamente lo que quería, qué clase de mujer, qué circunstancia y qué relación escogería. Probablemente, la primera condición sería que no fuera dócil y confiada, o demasiado joven, de forma que no me viera en la necesidad de «educarla», de moldearla a mi gusto para luego mirarme en ella como en un espejo y reconocerme con tedio (si hubiera suerte), a la vez que me arriesgaba a la desgracia de vérmelas con alguna cosa inesperada, tosca y rencorosa. Siempre he querido no solo ofrecer apoyo sino encontrar apoyo —un amigo, un rival, un intelecto, una fuerza—, y no por debilidad, más bien por arrogancia (bien que discreta y ni siquiera del todo consciente), para conseguir una entretenida y atrevida competición, una unión amistosa a la par que romántica, en pie de igualdad, en lugar de una conquista rápida y absurda, para que mi compañera esté en el mismo plano espiritual, rara vez asequible a una mujer, en el que todo lo digno y precioso, todo lo propio del amor—la confianza recíproca, el ennoblecimiento, el apoyo— resulta para ambas partes merecido y asegurado. Esta inteligencia emocional femenina, que rivaliza con la mía (o la que me atribuyo), es fruto de la experiencia, la lucha, la felicidad y el fracaso, y no es en modo alguno un milagro: he tenido amigas e interlocutoras a las que no me cabía duda de que podía dirigir mi antigua predisposición a amar, celosamente guardada y no gastada, pero cada vez me detenía (al principio esta táctica funciona) por falta de dinero, por mi costumbre de esperar una «siguiente aventura», irresistible y definitiva, que por lo general no se cumplía. Pero Katerina Viktórovna de alguna manera logró persuadirme de que esta indiscutible e irresistible «siguiente aventura» era Liolia Gerd: sucumbí al febril entusiasmo de una mujer solitaria que se rebelaba contra el destino y la vejez (su preocupación tenía más que ver con ella misma que con Liolia), y sin darme cuenta me creí sus argumentos sobre Liolia, cierto es que enunciados a la ligera, pero que me afectaban porque se correspondían en cierto modo con lo que yo siempre he buscado y que, sin el decisivo empujón ajeno, temía creer. Estos argumentos superficiales, que tal vez comprendí de forma arbitraria y modifiqué para que me resultaran más convincentes y amables, consistían en la madurez sensata de Liolia, su dificultad para encontrar gente digna y su indiferencia, su implacabilidad incluso hacia los indignos, su lucha contra la pobreza, su reciente tranquilidad, la ayuda —larga, fiel, a veces abnegada— que brindaba a su marido, sin la gente de su entorno que en circunstancias normales podría haberla consolado, personas que resultaban ser mezquinas y resentidas (como por cierto también lo eran aquellos a quienes ella dio consuelo); todo esto, imaginado o real, me infundía la esperanza de que Liolia me estuviera

de alguna manera predestinada, y que sin duda ella me escogería y me colocaría con esos pocos que compartían con ella la significación humana (si se puede expresar así), lo cual me complacía de antemano: me imaginaba «sin meter las narices en asuntos ajenos», comedido, súbitamente expuesto gracias a la perspicacia insistente de Liolia, y no por primera vez en los últimos años, con la impaciencia del mendigo que espera una herencia, me puse a contar los días vacíos que pasaban en una vana espera. A veces la inviabilidad de tal esperanza se manifestaba con toda obviedad (recuerdo que aún en Berlín muchas veces desatendía las palabras y relatos de Katerina Viktórovna, que antes me habían impresionado, y la escuchaba medio ausente, con una cortesía forzada, y ella, molesta, no me llamaba «joven romántico» sino «diplomático»), pero cada vez mi rápida decepción no era más que el decaimiento que suele seguir a la excitación, y la confianza y la febril esperanza de antaño regresaban a mí. Una experimento el arrepentimiento tardío, airado, inútil y rebelde que a veces (sin causa aparente) hace llorar a las mujeres: era la oportunidad de tener algo raro, peligroso y predestinado, una oportunidad irrevocablemente perdida.

Sentí de pronto esta oportunidad de algo nuevo, dichoso y peligroso al leer la carta de una conocida de Berlín, Yekaterina Viktórovna N., quien me escribía para informarme de que una sobrina suya, Liolia Gerd, viajaría a París: «¿Recuerda las conversaciones que tuvimos sobre ella? Ayúdela, cuídela, seguro que no se arrepentirá». Katerina Viktórovna era la viuda de un coronel, una marchita dama relacionada con el estamento militar, pesada y torpe, con un aire extraordinariamente masculino, un rostro tosco y gris, y un vozarrón inexpresivo con el que daba órdenes de forma amanerada. En la pensión de Berlín donde habíamos coincidido, me hablaba días enteros de su querida sobrina, «una criatura exótica y singular, que en nada se parece a las muchachas del lugar», mientras sonreía de forma insinuante y presuntuosa, como si se compadeciera un poco: «Así es ella, querido. Sería una lástima que no la conociera». Era una época desesperada —el dinero, junto con la honradez y la esperanza, era un bien escaso—, y esa mujer entrada en años y sin hogar, privada de esperanzas y expectativas, se regalaba con la fantasía de un romance entre su sobrina favorita y yo (que, de alguna manera, correspondía a su ingenuo y sentimental concepto castrense de caballerosidad). No solo colmaba su insaciable bondad femenina, poniendo en su lugar a la atenta, inteligente y encantadora Liolia Gerd, sino que intentaba reconstituir un círculo social desaparecido y destruido, algo de la influencia que había ejercido, una situación en la que Liolia y yo pudiéramos conocernos, en la que Katerina Viktórovna pudiera ayudarnos y propiciar nuestra unión. En un principio no me creí su

entusiasmo grandilocuente, pero aparecieron fotografías, cartas, palabras pronunciadas al azar, todo lo cual me sedujo más que los elogios ingenuos de la vieja coronela. Yo, a mi vez, me imaginé a Liolia Gerd como una mujer delicada, de un rubio deslumbrante, con una mente inquisitiva y culta, vulnerable y al mismo tiempo valiente, capaz de afrontar cualquier contratiempo. Recuerdo especialmente sus manos en una de las fotografías: elegantes, caprichosas, torpemente entrelazadas, como con desesperación, y a pesar de ello inflexibles. Tras separarse de su marido, Liolia Gerd se encontró sola en Belgrado y sin poder llegar a Berlín, pero cuando finalmente lo consiguió, yo ya estaba en París.

8 de diciembre

Llegará dentro de cinco días. Para entonces habré aclarado un asunto que me liberará, durante algunos meses, de la necesidad de buscar trabajo, de preocuparme —con vergüenza y descaro— de cada gasto y de posponer las compras necesarias (algunos cuellos, camisas o corbatas). Pero lo principal es que la vida será más fácil y agradable cuando esté con Liolia, en quien empiezo a pensar con arrobamiento y esperanza: ya tengo ganas de enseñarle París, salir a pasear con ella, agasajarla sin tener que consultar el reloj, sin pensar que me esperan en algún lado y que debo prepararme para arduas negociaciones, ni que me recuerden constantemente que el dinero es vital, lo bueno que es tenerlo.

¿Por qué me resulta tan cautivador y me siento tan feliz de saber que Liolia Gerd va a venir? Durante mucho tiempo no le he dedicado un solo pensamiento, pero algo extraño y enfermizo comenzó estando aún en Berlín: por ella, porque en su persona parecían chocar dos voluntades igualmente intensas, desconocidas entre sí, surgidas mucho antes y por causas probablemente muy poco claras, incluso para mí mismo. Procuraré dominar mi pereza mental y dar un nombre a estas causas, combinarlas, rescatarlas de la hibernación taciturna en la que se hunde todo lo que nos acontece y no hemos advertido a tiempo; estoy suficientemente ejercitado en ese tipo de rememoraciones, y tengo el presentimiento (tal vez suscitado artificialmente) de que con la llegada de Liolia comenzará algo nuevo y brillante, lo cual significa que debo limpiar y poner en orden mis viejas ideas asociadas a su persona. Incluso estoy feliz de que, entre lo invisible, por ejemplo este último minuto —aquí, en esta habitación, a solas—, un minuto aún de ceguera y de invocación de la llegada de Liolia, y su primera sonrisa afable —dentro de cinco días— en la estación culminará todo este trabajo tedioso y prefestivo, cuyo propósito es prepararme para una gran alegría, prepararme no moral sino mentalmente, una rendición

de cuentas más que un regenerador acto de purificación hindú.

Estas dos voluntades —la mía y la de Katerina Viktórovna— se inspiraron mutuamente y forjaron una amistad inesperada, cada una de ellas fuerte en su propia causa, porque a cada uno de nosotros nos arrastraba a lo que era más inminente y vital. Katerina Viktórovna temía por encima de todo cortar con el pasado, verse como una «vieja coronela», canosa y demacrada; en su ingenuidad quería parecer más joven, más rubia, más delgada, y como en su juventud tener una casa «bien», un lugar donde en el pasado había sido escuchada, cortejada y tenida en cuenta, y he aquí que la ilusión de juventud, de hogar y de continuación de su vida anterior no era fruto de mi presencia ni de mi atractivo (aunque yo había recibido de ella el apelativo cariñoso de «joven romántico»), sino de la atención genuina, ávida y embelesada con que yo la escuchaba cuando la conversación versaba sobre Liolia; solo una cosa me obsesionaba: encontrar para mí una «Liolia» como esa.

Como muchas personas que alguna vez han encontrado y perdido aquello que habían deseado, yo no tenía la menor intención de embarcarme en búsquedas pueriles y vagas, y sabía perfectamente lo que quería, qué clase de mujer, qué circunstancia y qué relación escogería. Probablemente, la primera condición sería que no fuera dócil y confiada, o demasiado joven, de forma que no me viera en la necesidad de «educarla», de moldearla a mi gusto para luego mirarme en ella como en un espejo y reconocerme con tedio (si hubiera suerte), a la vez que me arriesgaba a la desgracia de vérmelas con alguna cosa inesperada, tosca y rencorosa. Siempre he querido no solo ofrecer apoyo sino encontrar apoyo —un amigo, un rival, un intelecto, una fuerza—, y no por debilidad, más bien por arrogancia (bien que discreta y ni siquiera del todo consciente), para conseguir una entretenida y atrevida competición, una unión amistosa a la par que romántica, en pie de igualdad, en lugar de una conquista rápida y absurda, para que mi compañera esté en el mismo plano espiritual, rara vez asequible a una mujer, en el que todo lo digno y precioso, todo lo propio del amor—la confianza recíproca, el ennoblecimiento, el apoyo— resulta para ambas partes merecido y asegurado. Esta inteligencia emocional femenina, que rivaliza con la mía (o la que me atribuyo), es fruto de la experiencia, la lucha, la felicidad y el fracaso, y no es en modo alguno un milagro: he tenido amigas e interlocutoras a las que no me cabía duda de que podía dirigir mi antigua predisposición a amar, celosamente guardada y no gastada, pero cada vez me detenía (al principio esta táctica funciona) por falta de dinero, por mi costumbre de esperar una «siguiente aventura», irresistible y definitiva, que por lo general no se cumplía. Pero Katerina Viktórovna de alguna manera logró persuadirme de que esta indiscutible e

irresistible «siguiente aventura» era Liolia Gerd: sucumbí al febril entusiasmo de una mujer solitaria que se rebelaba contra el destino y la vejez (su preocupación tenía más que ver con ella misma que con Liolia), y sin darme cuenta me creí sus argumentos sobre Liolia, cierto es que enunciados a la ligera, pero que me afectaban porque se correspondían en cierto modo con lo que yo siempre he buscado y que, sin el decisivo empujón ajeno, temía creer. Estos argumentos superficiales, que tal vez comprendí de forma arbitraria y modifiqué para que me resultaran más convincentes y amables, consistían en la madurez sensata de Liolia, su dificultad para encontrar gente digna y su indiferencia, su implacabilidad incluso hacia los indignos, su lucha contra la pobreza, su reciente tranquilidad, la ayuda —larga, fiel, a veces abnegada— que brindaba a su marido, sin la gente de su entorno que en circunstancias normales podría haberla consolado, personas que resultaban ser mezquinas y resentidas (como por cierto también lo eran aquellos a quienes ella dio consuelo); todo esto, imaginado o real, me infundía la esperanza de que Liolia me estuviera de alguna manera predestinada, y que sin duda ella me escogería y me colocaría con esos pocos que compartían con ella la significación humana (si se puede expresar así), lo cual me complacía de antemano: me imaginaba «sin meter las narices en asuntos ajenos», comedido, súbitamente expuesto gracias a la perspicacia insistente de Liolia, y no por primera vez en los últimos años, con la impaciencia del mendigo que espera una herencia, me puse a contar los días vacíos que pasaban en una vana espera. A veces la inviabilidad de tal esperanza se manifestaba con toda obviedad (recuerdo que aún en Berlín muchas veces desatendía las palabras y relatos de Katerina Viktórovna, que antes me habían impresionado, y la escuchaba medio ausente, con una cortesía forzada, y ella, molesta, no me llamaba «joven romántico» sino «diplomático»), pero cada vez mi rápida decepción no era más que el decaimiento que suele seguir a la excitación, y la confianza y la febril esperanza de antaño regresaban a mí. Una vez más, he vuelto a prepararme para el emocionante primer encuentro con Liolia, y solo en ella sigo vislumbrando el desenlace, el final de este compás de espera tedioso que se prolongaba, irrepetible, dulce y abrumador, y que ya no podía posponer, algo que en su día me perteneció y que ha quedado para siempre como un reflejo atractivo y vigoroso, una irreductible «fe en el amor».

9 de diciembre

A menudo me hace sentir mal la idea, bastante común, de que cualquier expectativa se frustrará, de que la alegría que proclaman a nuestro favor nos será robada, y no solo por distracción, olvido o

sueño, sino por la trivial necesidad del trabajo, en el que debemos sumergirnos de lleno. Ya sé que antes de que llegue Liolia me esperan muchos correteos absurdos, desvelos desagradables y egoístas, odiosos esfuerzos necesarios para encajar las negativas sin perder la compostura, para poder persuadir de nuevo con habilidad, y sé que todo esto eclipsará la dichosa alegría de la espera y esa otra tarea sobre la que escribí ayer, la de limpiar el pasado, aparentemente inútil, pero no por ello menos digna.

Ahora me enfrento al periodo devastador y despersonalizador en que toda tu tensión temblorosa se centra en una única cosa: en el éxito (como sucede a veces en los juegos de naipes o en las carreras), porque lo necesitas, porque es tu salvación y porque es previsible hasta la clarividencia; de ahí que cada vez que te reprochas tu propia indolencia, solo quieres interpelar a alguien, corregir algo, y temes el descanso o la calma de una forma rayana en la superstición. Por ejemplo, para mí lo más difícil es dar comienzo a un asunto; todo comienzo es difícil, pero lo es a consecuencia de la insultante incertidumbre de mi situación: emerjo de algún lugar del éter y debo actuar a ambos lados del asunto, aun cuando no hago falta en ninguno; apenas tengo fuerza para imponerme y, a menudo, temiendo el ridículo, no queriendo convertirme en un peticionario, pospongo la primera conversación decisiva durante semanas, sumido en una inmovilidad suicida, como esas personas petrificadas en un sueño terrible o ante el abismo del peligro mortal. Pero si el primer impulso me resulta difícil, un momento como el actual, en que los obstáculos principales se han vencido y solo queda esperar el dinero, con una avidez impaciente, con miedo a que surjan nuevos obstáculos, este tiempo es aún más mortificante: ya no es necesario, como al principio, quebrar y contener la propia voluntad, aunque no exista una pose convencional de dignidad y corrección (sería una caída demasiado evidente), y cada fracaso, por pequeño que sea, cada nuevo obstáculo se soporta sin dolor, hasta la extenuación.

Encuentro distintas justificaciones para toda esta fiebre neurasténica, flagrantemente egoísta y vulgar. La atribuyo a una inclinación por la actividad comercial y me alegro, pues quiere decir que no pereceré. También la atribuyo a un largo periodo de penuria, a las tonterías odiosas que me lo recuerdan (y son muchas: la elección de camisa por las mañanas y la para nada ridicula desesperación de que todas mis camisas se hayan apergaminado por el uso, la carrera de rigor para esquivar a la portera, de quien sospecho obsesivamente que me ve a través de las paredes y me desprecia con razón, la comida barata y recalentada en el restaurante y la cerveza lúgubre en el café, el miedo a toparme con esas buenas gentes que confiaron en mí, o a entablar conversación con mujeres seductoras y de trato fácil); al

pensar en todas y cada una de estas trivialidades, intento convencerme de que me espera un cambio milagroso y definitivo, pero luego, tras algunos errores, algunos obstáculos, algún fracaso, pierdo la esperanza, dejo de creer en un cambio rápido, me creo abocado a ser un vago o un mendigo y siento vergüenza de engañar a los amigos, de comer a expensas del prójimo, de la comodidad de mi cama en una habitación que no he pagado, de toda esa vida irremediablemente estúpida que de forma imperceptible me conduce a un callejón sin salida y al salvajismo. Se diría que con esto se justifica mi ansia febril de dinero: en mi habitual estado de laboriosidad ni siquiera puedo concebir su ausencia, lo gasto y distribuyo de antemano, y para mí esta precipitada seguridad no es una ficción voraz, vana y accidental: mucho de lo que he iniciado ya ha tenido éxito, y cada vez que eso sucedía me he alegrado de nuevo, sorprendido de que aquí, en París, después de haber dependido de la familia o del Estado, me valgo por mí mismo, me pago mis caprichos, aunque humildes, y en un restaurante modesto doy por sentada la atención servil de los camareros. Pero el hecho de que el dinero sea tan humillantemente necesario y de que su aparición probable, e incluso inminente, no esté justificada, no revela lo más perturbador y oscuro que hay en mí, algo que queda totalmente fuera de mi alcance: es un infierno árido, remoto, sin relación con nada exterior, un miedo ininterrumpido que surgió alguna vez a causa de este estúpido dinero, un miedo que a veces es indefinido (se precipita sobre mí de forma extraña y sorda, con rachas cada vez más aceleradas, y me resulta imposible aferrarme a nada, concentrarme, reaccionar) y nunca comprenderé, nunca apagaré esta llama estéril y destructora. Cierto es que por primera vez no ha podido atraparme del todo: algo suavemente ennoblecedor —la anticipación amorosa, la alegría por la llegada de Liolia— permanece, y distingo casi visualmente cuán diluidas, cuán reducidas por la otra están cada una de mis dos «pasiones» desbordantes, y quizá esa sea la razón de que pueda lidiar con ambas.

10 de diciembre

El trato está hecho: si no fuera tan suspicaz —debido a los múltiples fracasos que he experimentado pese a la confianza que me infundía un reciente éxito rotundo, fracasos que atribuyo a la mala suerte y por eso me resultan especialmente mortificantes—, consideraría que ya no quedan dudas y que mañana solo tengo que ir a recoger el dinero. Pero ahora, después de todo este cúmulo de experiencias, me parece que mi objetivo sigue fuera de mi alcance, que el asunto se alarga y solo se decidirá mañana, cuando reciba el dinero, que de momento debo posponer de nuevo el júbilo escolar por

el trabajo acabado y bien hecho, por el descanso inminente, igual que esa otra alegría, por primera vez pura y sin preocupaciones, relativa a Liolia, y de alguna manera debo pasar este día que es tan parecido a los anteriores.

Sigo renunciando a las pequeñas cosas: en el café, en lugar de licor bebo esa cerveza insípida que me tiene harto, aunque no tengo mejor manera de hacerme insensible al paso del tiempo que con una ebriedad rápida y aturdidora, por más que sepa de antemano con qué facilidad e imprudencia me iré de juerga a la mañana siguiente. Cierto es que nunca soy excesivamente generoso y derrochador —todos tenemos reglas no escritas, un techo de gastos más o menos elástico en función de las circunstancias—, en mi caso la prudencia está relacionada con la duración del resultado: me parece natural permanecer toda la noche en un lugar caro y no regresar a casa en taxi, porque el viaje dura muy poco y el final ya está a la vista en el momento de partir. Pero esto no es del todo exacto: también temo las «compras útiles» que prometen un beneficio a largo plazo; sufro el miedo a las «grandes cifras», propio de la gente que carece de ingresos regulares y seguros, de aquellos para quienes las «grandes cifras» desembocan con demasiada certeza en la penuria, en la cuestión desconcertante y familiar: ¿qué hacer ahora?

Pero este «código» estricto (no tan coherente como lo presento aquí) suele ser desechado y olvidado tan pronto como me encuentro en compañía de alguien: una queja inesperada, unas palabras banales, me disponen a ayudar, me mueven a la compasión y a garantizar mi apoyo en el momento de la despedida, un apoyo que no es hipotético, sino demostrable; tras años de soledad he amasado una buena reserva de silenciosa ternura, todavía por gastar, que a menudo está destinada a personas similares a mí, solo que más indefensas, y con una frecuencia considerablemente mayor a mujeres por las que siento al menos una mínima atracción. Esto seguramente guarde relación con otra fuente íntima de mi insensata prodigalidad: tengo una desgraciada propensión a depender demasiado de las mujeres —siendo aún un estudiante de gymnasium, al terminar un baile, no pude «librarme» de la aburrida señorita que había sacado a la pista, y esperaba que fuera ella la que me liberara no solo para disfrutar de la libertad, sino también para regodearme sintiendo lástima de mí mismo, que era a quien habrían plantado (lo que de alguna manera prefiguraba mi futuro amoroso)—, y ahora, finalmente, habiendo alcanzado la invulnerabilidad indiferente del hombre adulto, si por casualidad en el café charlo con mi vecina vulgar y maquillada, no me decido a levantarme, salir y decepcionarla bruscamente, sino que me siento obligado, como un ingenuo cualquiera, a malgastar mi dinero en ella.

Esto es lo que me ha ocurrido hoy mismo: casi en contra de mi voluntad, con un gesto medio distraído, he invitado a mi mesa en un café barato y concurrido a una joven de mejillas rubicundas que estaba jugando una animada partida de cartas con sus amigas; cuando se ha acercado, me he apartado con desgana de la imaginaria novela romántica que normalmente llena mis horas tranquilas, y he logrado mantener la conversación de obligada cortesía hasta que me ha parado en seco una expresión concreta (pronunciada, a mi juicio, con delicadeza y dignidad); quería ayudarla, pero enseguida he recordado que no era posible, que me privaría del tiempo que había calculado que necesitaba, y se lo he explicado con torpeza.

La frase que me ha sorprendido era en esencia una frase corriente (a la pregunta sobre si tenía novio, ha contestado: «Non, je me défends toute seule»);[1] puede que su tono de voz la convirtiera en nueva y respetable, pero hay algo inalcanzablemente refinado en la jerga parisina al uso que iguala a todos los círculos sociales (salvo, tal vez, el de los «intelectuales», que me es desconocido, como a la mayoría de los rusos) y los acerca tanto que yo apenas lograba distinguir a mi nueva amiga de ese vejete alegre de familia rica de quien depende mi asunto y que a cada mención de nuestras penurias de refugiados, de los guardias convertidos en chóferes, de las maniquís con títulos nobiliarios, exclama con indignación y pesar: «Ai, ai, ai, quel cataclysme»;[2] y la plausibilidad de esta comparación (un caballero de noble cuna y una filie de la rué) y el milagro de que la chica de la calle haya asimilado estos hábiles giros y ese tono inconfundible y certero, quieras que no, me asombran y emocionan.

Releo la página de hoy y me sorprendo —una vez más— de cuánto de lo que he escrito resulta, debido a mi obstinada búsqueda de la precisión, más intenso y nítido de lo que imagino y veo, y qué poco se corresponde esta anotación «precisa» (aunque escrupulosamente fiel, condensada por el peso de las palabras y mi incomprensible determinación) con mi primera y vaga observación. Cierto es que hay cosas que no anoto, entre estas la novela imaginaria, sobre la que ahora escribo por primera vez, y sobre la que me resulta extraño pensar con palabras y definiciones corrientes, hasta tal punto su superficie es delicada, muda, incorpórea. La imaginé a los dieciséis años, cuando experimenté por primera vez unos presentimientos envidiosos e impacientes que no harían sino incrementarse con la experiencia —que aniquila la imaginación, ahora innecesaria—, y con cierta indolencia terca se prolongó a través de toda mi juventud, a través de mis aventuras, extraordinarias como las de cualquiera, sin que el principio original se modificara apenas de acuerdo con mis expectativas y deseos posteriores. Durante años me he explicado esos mismos detalles agradables en las escasas horas en que descanso del

frenesí de los negocios, de las preocupaciones amorosas y de los recuerdos: esta «novela» es mi remanso, una constante fuente de alivio inconsciente, la razón por la cual no escucho, no reparo en las palabras, no capto siquiera el final de las frases y me deleito en mi ensimismamiento: porque hablo de mí, de cómo me gustaría ser, de cómo me transformo imperceptiblemente.

Estos detalles conocidos y pulidos, de una serenidad casi melancólica, que se alternan con mis arrebatos por Liolia —cuya autenticidad reconozco enseguida y se mezcla con todo lo que me ocurre durante el día—, no solo ejercen una poderosa influencia sobre mi «novela» y mi absurda fiebre de dinero, sino también sobre mi curiosidad distraída por lo que sucede en la calle y los versos leídos en casa, melifluamente arrulladores o inesperadamente hirientes, y cada sensación experimentada a lo largo del día me acerca de forma tan natural a Liolia que me resulta difícil separarme de ella para escribir con rigor y cálculo desganado las entradas del diario, que hoy me parecen (tal vez a causa de la inminente llegada de Liolia) especialmente áridas e inertes.

11 de diciembre

Esta mañana recibí el dinero, lo que me liberó de correrías humillantes y desagradables, del imperativo de limitarme a una vida mísera y a una amargura ruin y penosa en caso de fracaso, de todo lo desagradable y aburrido que me repele; un dinero que, por lo que parece, me ha mostrado a Liolia, me la ha revelado. Soy de natural agradecido, incluso deliberadamente agradecido, porque es mejor y más digno, simplemente más provechoso disfrutar durante días de la suerte que abstenerse de celebrarla por arrogancia; una y otra vez me recuerdo adrede que debo remarcar el éxito modestamente (y está bien que así sea, dada su infrecuencia), que las cosas podrían ir peor, los obstáculos que he sorteado y los peligros que he eludido. También quiero demostrarme que esta alegría no es el suspiro de alivio de un neurasténico después de una tarea interminable y cansina, ejecutada con desgana y abandonada a medias, sino la justa satisfacción que nos proporciona un éxito merecido, y que si de pronto surgiera un nuevo obstáculo, volvería a estar dispuesto a trabajar y a esforzarme de inmediato. Esto último es incluso cierto, pero mi disposición a luchar y trabajar nace de la voluntad, en contraste con una aversión innata a cualquier trabajo o lucha, mientras que la alegría de la culminación, de mirar hacia atrás es perfectamente indolente y neurasténica, y mi determinación escrupulosa seguramente sea poco más que un vestigio de mi autoestima, de un perfeccionismo innato (rayano en el exhibicionismo), la costumbre heredada de someterme leal y

dócilmente a cualquier deber u orden, aunque venga impuesto de fuera.

Sin pasar por mi casa, me dirigí con presteza a todas las tiendas que necesitaba visitar. Antes de recibir el dinero, para no sentirme tentado en vano, no me detenía frente a los escaparates (inasequibles y extraordinariamente seductores); hoy, tan pronto como salí de la «oficina», donde el alegre viejecito amablemente me entregó un sobre preparado con el cheque, me puse a calcular cuánto me gastaría y en qué, ajustando las cifras, cambiando una decisión por otra y demostrándome por enésima vez que puedo elegir arbitrariamente; de hecho, incluso confeccioné un presupuesto medio simulado (pero en serio), lo seguí escrupulosamente y después a toda prisa me llevé los numerosos paquetes para abrirlos lo antes posible. En casa, cada una de las adquisiciones me pareció un milagro del buen gusto (como suele suceder con todo lo que lleva el sello de nuestra elección, nuestra predilección fortuita y nuestros esfuerzos más livianos, con aquello ante lo que enseguida claudican nuestra sensibilidad y nuestra serena imparcialidad), y cada uno de estos artículos, escogido con gusto, cada regalo que me había hecho a mí mismo, me acercaba inesperadamente a Liolia: por ella los escogí todos y cada uno, e incluso mediante ese acto (y no solo mental o emocionalmente) demostré ser digno de ella.

El día pasó sin que apenas me diera cuenta, con menos ansiedad de la que había supuesto; entre este día y la llegada de Liolia de mañana por la mañana aún quedaba una noche, sueño y olvido, lo cual alejaba más los acontecimientos que un trabajo arduo y aburrido: la conciencia expectante solo se distrae en el trabajo; en el sueño desaparece por completo. Por eso me siento más indiferente a la muerte que la mayoría: cuántos esfuerzos tediosos, cuántas desapariciones nocturnas hasta llegar a ella, y entonces me moriré, no siendo el hombre que soy ahora, pletórico de vida, decidido, sino el hombre insondable y nuevo en que me habré convertido —tal vez en un lejano futuro— cuando hayan pasado todas las distracciones agobiantes que tengo por delante.

Al anochecer llegó un telegrama —«Recójame a las diez de la mañana»— y me devolvió a mi anterior estado de nerviosismo impaciente, que empezó a intensificarse presagiando un insomnio febril; de alguna manera quería alejar la espera, favorecer la transición al sueño, adormecerme, y de esta manera acercar la mañana de forma ilusoria, pero para registrar el momento en mi insoportablemente meticulosa y sobria cabeza también quería «celebrar mi suerte» o, para ser más exactos, celebrar que todo había salido inusitadamente bien, sin las demoras habituales ni los obstáculos inesperados y obligados.

Me preparo en un momento y me voy a un restaurante ruso no muy caro lleno de humo y borrachos donde, ensordecido por una música vertiginosa, el incesante ir y venir de los camareros y una gran variedad de mujeres elegantes y provocadoramente curiosas, gracias a la extrañeza de tantas sensaciones rápidas y vibrantes, dejo de percibirme a mí mismo, mis piernas se mueven con torpeza y mi cuerpo flojea; miro alrededor con la esperanza de encontrar el asiento más adecuado para contemplar a todas estas mujeres a la vez y escoger sin prisa a unas cuantas de entre ellas, las más atractivas, intercambiar miradas, conocerlas (cosa harto improbable, por supuesto), y lo principal, practicar la ternura y entablar las imaginarias conversaciones galantes que desde la infancia (cierto es que con un tono distinto, ahora que carezco de la credulidad calurosa de antaño) he mantenido constantemente y en secreto.

Me tocó una mesa poco adecuada —justo en medio de la sala—, de espaldas a algunas mujeres jóvenes en las que me había fijado de refilón, aunque ya habían desaparecido para mí —lo que hacía destacar más a las demás—, como desaparecen otras personas, potenciales amigos o amantes —en la estación de tren, al doblar una esquina—, y aun otras que nos son realmente cercanas, si van a parar por mucho tiempo a una ciudad extranjera e inaccesible. Pero también desaparecemos nosotros para ellas, cediendo el puesto a los demás, como si les instigáramos; sin embargo, esto no debería ser un consuelo, sino un recordatorio más de la imperfección de las relaciones humanas, su dependencia de las cosas más insignificantes, que tan odiosamente se transforman en destino.

Para librarme completamente de la pesadez de la espera, que ya había sido aliviada por el ambiente distendido del restaurante, me tomé varias copitas «dobles» de vodka seguidas, fingiendo no estar borracho, y a fuerza de olvidarme de mí mismo me llevé una sorpresa, porque no suelo emborracharme enseguida; en su lugar me transformo hasta volverme irreconocible y me veo incapaz de resistirme al cambio. Esta vez el cambio que sobrevino fue sorprendente, en especial porque no hubo transición: de pronto sucumbí a un júbilo intenso y fuera de control, como inspirado desde fuera, cada vez más acelerado y que me atraía cada vez más inexorablemente, de forma que no podía darse el desencanto que suele traer consigo la sobriedad, y confié en la música enérgica, liberadora y frenética, intentando no escuchar, no pensar que todo aquello era una impostura (incluso al son, ora dulce, ora impetuoso de los rumanos), y apresurándome a seguirla sin resuello, en una carrera romántica y feliz impropia de mí. Cierto es que la comida entorpecía la música; gracias al vodka, y quizá por no estar acostumbrado a estos caprichos, las empanadas y las croquetas me parecían especialmente sabrosas; la comida no suele

ponerme sentimental, más bien me atrapa desde fuera, lo que en ocasiones también apaga mi entusiasmo: por el modo descarado en que comemos, debemos de parecer predadores, lo cual desentona con nuestras decisiones abnegadas y nobles (aunque estimuladas por la música del restaurante), y en casos como el de hoy me apresuro a devorar (hasta el último bocado) mis platos preferidos, tan deliciosos, y acto seguido, con una fingida falta de atención, como si ya fuera presa de un sentimiento noble o amargo, renuncio al resto y pido que me traigan un café; la tacita de café es la culminación (en mi opinión, mundana) de la, a mi modo de ver, irresistible pose de un individuo comedidamente borracho, que se va envenenando cada vez más y vierte un desprecio implacable sobre sí mismo.

Ya han recogido los platos, tengo delante la taza de café, y puedo relajarme interiormente, mientras que de puertas afuera mantengo una apariencia de serena respetabilidad y solo muestro una pizca del efecto ennoblecedor y abrumador de la música y los recuerdos que despierta en mí, y con esta insinuación y mi (al parecer desacostumbrada) compostura intento impresionar e intrigar a las mujeres deslumbrantes y excelsas que escogí al principio, cuando entré, a las que no dejo de seguir con la mirada y que a su vez (con una atención implacable, pero, a la manera femenina, orgullosamente discreta) me observan desde diferentes mesas. Mi embriaguez es más bien narcisista: mi habitual inseguridad desaparece, la opinión que tengo de mí y de mi éxito aumenta hasta cegarme, me convierto en un emprendedor nato, ignoro los obstáculos, no reconozco el miedo y vería con buenos ojos un incendio, un peligro o una situación de pánico que me permitiera exhibir mi arrojo a la vista de todos; cuando una melodía conocida de tiempo atrás me recuerda mi verdadero e indigno pasado, a veces triste, desesperanzado y suicida, y esta sensación del pasado, magnificada diez veces por todo lo bebido, se carga con ese orgullo exigente y narcisista, y quizá la única alternativa a todo ello sea la ebriedad de la desesperación, rara en estos aburridos años.

Ya no considero, como antes (tras mis primeras observaciones y mis apresuradas y polémicas conclusiones), que la obsesión etílica sea especialmente edificante o capaz de revelar algo nuevo e inspirador —la mente se debilita claramente, muchos recuerdos (complejos o inestables) se borran, lo registrado a vuelapluma resulta después insignificante e inconexo—, pero hay algo genuino aunque insensato en la embriaguez, una falta de autocompasión, una facilidad para la aventura o el sacrificio, una energía impulsiva y brusca.

Mezclé licores, disociándome cada vez más de mí mismo, dejándome llevar de tal forma que creía participar de la armonía etérea del entorno: la música, las sonrisas celestiales de la gente, las

promesas de devoción, la amabilidad y las letras casuales, románticas y exageradamente expresivas. Cantaba una zíngara madura con un vestido muy escotado, a la moda, que la despersonalizaba, y parecía empeñada en imponer a aquellas personas extrañas sus sones vigorosos y apasionados. Su voz llegaba hasta mí con una especie de convicción cautivadora: me transmitía, precisa y sucintamente, lo que yo había experimentado, adornado y enriquecido por la canción; inundaba mi memoria para siempre, me conturbaba, me conmovía, me forzaba a discutir conmigo mismo para esclarecer algo de forma febril y meliflua. Con la calma de la sobriedad, esas letras pueden parecer ingenuas, flojas y carentes del embrujo de la ebriedad, pero dicho embrujo es tan irresistible que quedan grabadas para siempre junto con las protestas y súplicas recurrentes. La zíngara pregonaba insistentemente mi preferida: «Todos recordamos a nuestro amor», y a mi mente acudían, uno tras otro, pensamientos confusos y fugaces: sin duda «todos» recordamos, y hay una grandeza conmovedora en la enormidad de esta generalización; pero lo principal es, para mí, que yo también recordaré, si bien las palabras no se refieren al pasado (pese a que la música podría haberlo sugerido fácilmente), sino a la Liolia de mañana, que está próxima, viva y casi palpablemente enamorada de mí. Después llega un nuevo compás, bailable y arrullador, y unas palabras algo extrañas —«el corazón se gasta en caricias»—, dotadas de un encanto sumiso y resignado y de una eterna disposición al sacrificio, que me niego en redondo a aceptar: no, el corazón no «se gasta», sino que se enriquece: basta con entreabrir los tesoros del corazón para que resulten inagotables. Una implorante voz masculina sigue de forma suave e insinuante: «Me apartaré de ti como hice antes, orgullosamente, y dejaré que la gente crea que aún eres mía». Siento una envidia involuntaria: nunca me he atrevido a solicitar este favor, esas a las que he escogido, por más olvidadizas que sean, se reirían de mí, y hace tiempo que me convencieron de que no puede ser de otro modo, no puede ser cordial.

Frente a mí hay una danseuse rusa (los hombres la invitan a bailar por dinero); se parece a las otras que he escogido, las que han estado atormentándome o pudieron haberme atormentado: prácticamente desnuda, pelirroja de piel clara, con un rostro inteligente y un punto de desagradable impertinencia. Ese estado ideal de contemplación estable, que a menudo considero saturado de vida y el único creativo, se me antoja imposible; a causa de la música y los recuerdos, a causa de la disponibilidad mercantil de esta mujer, quiero alcanzar esa vida cruda y tal vez real, y regalarme una noche de generosidad sin trabas. Sin embargo, una sensatez adulta, junto con una experiencia nunca olvidada, me retienen con cautela y me devuelven a la sobriedad, como si me aconsejaran no estropear la llegada de Liolia con naderías

ridículas y vergonzosas: un cansancio insatisfecho, un malestar absurdo, aunque solo sea el miedo a enfermar. Sin esfuerzo y con alegría me domino, porque la llegada de Liolia se ha convertido en algo inminente y seguro, cuya anticipación es impetuosa, fácil y trae buenos augurios.

12 de diciembre

Reservé una habitación cerca de la mía, en un hotel barato y bastante limpio, y me dirigí a la estación para esperar el tren de las diez proveniente de Berlín. Salí tarde de casa para no tener que esperar demasiado, anduve remoloneando por el camino, y una vez en la estación, al saber que el tren llegaba con retraso, de forma inesperada incluso para mí, salí corriendo a la calle a comprar unas flores. Escogí unas rosas de color escarlata, frescas, cubiertas de rocío, aún cerradas, con unos tallos inusualmente rectos gracias a unos alambres, y ese ramo fue lo primero que transportó a Liolia desde una vida imaginaria a la vida real, lo que primero afectó a mis sentimientos hacia ella, una cierta promesa de amabilidad que enseguida me obligó a una lógica nueva e inquebrantable: de igual manera que todos nuestros lazos de afecto —la lealtad duradera, el desvelo altruista y abnegado, la simple solicitud cariñosa— a menudo comienzan con un acto fortuito y caprichoso, luego nos guían varias consideraciones semiconscientes (ternura para con uno mismo, inclinación a la gratitud ajena, miedo a decepcionar, a veces un sentido del deber insoportable y tedioso), que fortalecen nuestra amabilidad, pero apenas guardan relación con la causa original: seguramente muchos de nosotros no recordamos por qué le dejamos más propina a un camarero en un café que a otro, y no nos sentimos obligados a cambiar de preferencia. Los fragantes capullos rojos de esta mañana resultaron ser la causa original que creó la obligación —aceptada de una vez por todas— de un afecto tierno hacia Liolia; flores que, como no nos conocíamos, no debería haber ofrecido, y fueron ellas (como acabo de escribir) las que accidentalmente revivieron la acostumbrada caballerosidad de mis antiguos pensamientos angustiados sobre Liolia, reforzando mi comportamiento mundano y bienintencionado, tras lo cual la verdadera aparición de Liolia ya no podía ser nueva o inesperada, ni interrumpir bruscamente mi anterior querencia por ella, y toda esta extraña preparación, iniciada por Katerina Viktórovna, sostenida por la imaginación indolente y medio estéril de sus últimos años, estimulada por una espera de cinco días y la suerte de la víspera, condujeron a la Liolia de carne y hueso, evitando el peligroso ínterin propicio al pensamiento racional, al escrutinio y las comparaciones desalentadoras.

Reconocí a Liolia entre la muchedumbre lenta y torpe de los recién llegados; pude hacerlo gracias a la estola de armiño y el abrigo azul oscuro que me habían advertido que llevaría, aunque de todas maneras la hubiera reconocido. Era tal y como la había descrito Katerina Viktórovna y como yo mismo me la había imaginado durante años: su rostro era inusualmente pálido (se diría que exageradamente empolvado), sus ojos se parecían a los de una muñeca —por el tono azul porcelana y las pestañas largas y abundantes—, y poseía (a pesar de una cierta inmovilidad artificial) una sonrisa temblorosa, de labios fruncidos, inesperadamente dulce. Liolia es delgada y un poco más baja que la media, pero a pesar de ello se mantiene erguida, con unos movimientos tan exquisitamente decididos que la hacen parecer alta y fuerte. Me acerqué a ella sin vacilar, resuelto, animado por dicha ausencia de novedad, por mi continua disposición a mostrarme obsequioso. En el taxi estuvimos hablando de Katerina Viktórovna; los ojos de Liolia sonreían con benevolencia, confiados y tranquilos: yo estoy al corriente de usted, y usted lo está de mí, de modo que celebro nuestro encuentro. Desde el primer momento, de hecho, tuve la sensación de que Liolia se sentía más segura conmigo de lo que yo lo estaba con ella, aunque estuviéramos igual de preparados el uno respecto al otro, como le ocurre a veces al muchacho que se declara por primera vez, más conturbado, más intranquilo que su igualmente inexperta coetánea. Además, enseguida se adivinaba en Liolia el hábito de la conversación social, algo propio de muchas mujeres independientes, una habilidad especial para tratar con todo el mundo: comprendía apenas con una sola insinuación, reformulaba la pregunta para aclarar de inmediato aquello que no estaba claro, y llevaba a cabo sin esfuerzo esas tímidas, a menudo ocultas, observaciones esencialmente amistosas sin las cuales la intimidad entre personas permanece siempre como una situación delicada e irremediablemente condicional. El cuarto no fue de su agrado:

—Discúlpeme, querido, es usted muy amable y servicial (¡cuántas veces me lo habrá avisado mi tía!), y sé que quiere causarme una buena impresión con sus atenciones, pero no sabe cómo organizar las cosas de la manera más apropiada. Se lo diré sin más, y no por mí, sino para una ocasión futura, aunque no sea mi intención hacerle el más mínimo reproche. Al contrario, aún no le he hecho saber hasta qué punto estoy conmovida.

A pesar de todo no cambió de habitación:

—Me parece que vamos a hacer buenas migas, así que ¿para qué alejarme? Además, en este lugar las mejores habitaciones seguro que son demasiado caras para mí. Pero, dígamelo con franqueza, ¿no le estaré molestando? ¿Acaso está usted siendo demasiado encantador?

Con bastante precisión, percibí en ella curiosidad e inquietud, el

vago deseo femenino de hacerse valer sin que nadie le haga sombra. A pesar de mis inseguridades, ahora soy capaz de distinguir la menor, la más mínima disposición oculta hacia mí, y, por mucho que yo no diga nada, lo cierto es que me conmueve. Tranquilicé a Liolia de inmediato para que no siguiera dudando de mi firme amistad, y por mi parte incluso llegué a creer en la buena fe de todos sus consejos, permití que decidiera en nombre de los dos, y quedó establecido tácitamente que sería ella quien, de forma protectora en cierto modo, llevaría la iniciativa. Algunas de sus opiniones me asombran por su perspicacia —del tipo precisamente que te hace ruborizar, lo cual no suele ocurrirme—, una simplicidad tan inconfundiblemente intuitiva me resulta mucho más persuasiva que cualquier complejidad exquisita y de poco fiar. Liolia no solamente es capaz de adivinar los pensamientos ajenos, sino que descubre los suyos a los demás, incluso si son poco agradables, y los admite fácilmente, cosa que hace de forma natural, diríase incluso que alegre, sin atisbo alguno de remordimientos apesadumbrados o lastimosos. La conversación derivó —como suele ser habitual entre la gente de nuestra edad, la de Liolia y la mía (treinta y tantos), gente que está sola pero sigue esperando— hacia el tema de la juventud malgastada, hacia esa época en la que existe un amor capaz de trastornar a cualquiera por completo:

—Es la única riqueza que usted y yo compartimos, la única cosa que nos hace interesantes el uno para el otro y, si así lo quiere, cercanos. Un extraño «capital» para nuestra «sociedad», como si no nos perteneciera, sino que hubiera sido robado. Pero no vale la pena turbarse, o callar, tanto da, pues es todo lo que poseemos.

Después estuvimos hablando de cómo conseguía mantenerse Katerina Viktórovna. Me callé el hecho de que no hacía mucho yo mismo la había ayudado. Liolia ya conocía esa ayuda:

—Su discreción no es tan encomiable como piensa. Reconózcalo, usted desea que se le descubra, y entonces se habrá beneficiado también del silencio. Es como cuando la gente se guarda una noticia importante o agradable para así sorprender a los otros con su propia contención, y todo por pura vanidad, algo bastante absurdo entre amigos. Personalmente, no valoro ni aprecio ese tipo de contención extrema: «Peut-étre j'en suis trop éprouvée»[3]—Liolia posee una excelente pronunciación en francés—. Juzguémonos los unos a los otros por nuestros méritos.

La forma de hablar de Liolia puede calificarse curiosamente (si bien sin contradicción) de «franqueza contenida»: franqueza en el sentido de reconocimiento sincero y audaz del propio fracaso, sin adornos, sin premeditación, sin ostentosa ni falsa modestia; ello sumado a una contención que puede expresarse en ese mismo grado con un adjetivo vergonzosamente pobre, con una cierta economía en

la descripción. Me resulta agradable la voz de Liolia: una voz baja, casi monótona, a veces cálida y convincentemente melodiosa.

Pasamos juntos casi todo el día y me contó muchas cosas sobre sí misma. Liolia me escucha atentamente, con paciencia (se queda cómicamente paralizada cuando se concentra), pero tras sus breves historias, intensas, condensabas, tras varias de sus elocuentes respuestas, mis palabras suenan huecas. Normalmente envidio a las personas capaces de ser felices, que no necesitan esforzarse, pero la suerte de Liolia la acepto como propia, y ya esta misma mañana sentí admiración por la habilidad infalible con que sus manos encantadoras y diligentes recogieron la habitación y remendaron una costura de mi guante nuevo que se había abierto, el cual me devolvió después respondiendo con una mueca a mi excesivo agradecimiento. Entrada la tarde recordé (o, mejor dicho, lo «recordé» para Liolia, porque lo tenía en mente desde esa mañana) que tenía que hablarle del restaurante de la víspera y que estaría muy bien poder ir con ella; cuanto más vivamente me lo imaginaba, más me sentía urgido a acudir. A ella le pareció bien enseguida y, con un gesto de cierta dulzura, dijo:

—Encantada, pero me niego a ser su ruina, y tampoco tengo medios para celebraciones. A partir de mañana nuestras «salidas» deberán ser más modestas y amistosas, y le ruego que no se enoje o intente disuadirme.

Pronto tendré que ir a buscar a Liolia (se está cambiando de ropa en su pensión) y, por primera vez después de mucho tiempo, no siento ninguna preocupación, ningún asomo de tedio o de aburrimiento, ningún deseo me consume por su inviabilidad, y me parece indudable que lo que está por venir será como este mismo día: divertido, despreocupado, libre de complicaciones.

13 de diciembre

Liolia estaba esperándome, febrilmente preocupada frente al espejo, embellecida de repente en un vestido de noche corto y transparente; por primera vez la vi solo como mujer, deslumbrante en su feminidad, a la vez inaccesible y distante. Todo lo que en un solo día había podido descubrir y me había acercado a ella —su mente alerta, comprensiva, burlona y afable, una sinceridad intencionadamente cordial, un sentido de la discreción que no estorbaba el mío y que nos colocaba en un mismo nivel—, todo esto, tomado al pie de la letra (como un estado de ánimo agradable o un libro inesperadamente bueno), se sumió de pronto en el olvido, se desvaneció, retrocedió, y Liolia, elegantemente vestida, irreconocible, no era mía ya, sino que vivía una vida distinta, alegre, lujosa,

exclusiva, que despertaba en mí una lamentable indefensión. La miré con otros ojos, con una admiración mortificante, y de nuevo sus manos, que hace tan poco se habían mostrado hábiles, hogareñas y tranquilas, aparecían ahora desnudas, frías y hostiles, y por eso mismo tentadoras; contemplé sus suaves y fuertes hombros, sus piernas, cuya impecable armonía juvenil no había percibido antes. Todavía otro descubrimiento: Liolia no es tan frágil como en un principio mi sensibilidad quiso imaginar: su constitución es delgada, suavemente esculpida, con las muñecas y los tobillos finos, de ahí tal vez que su apariencia sea la de una engañosa fragilidad. Lo más sorprendente en ella es la piel, de una blancura muy delicada y tierna, de la cual se desprenden una calidez y una suavidad sutiles.

Liolia (y esta es la primera vez que me parece más correcto escribir «Yelena Vladímirovna», como me veo incómodamente obligado a llamarla en público), al advertir mi sorpresa, se alegró ostensiblemente de la impresión causada, pero enseguida se compadeció de mí e intentó ponerle remedio a la situación, conduciéndome a conversaciones mundanas y hacia una ocurrente sinceridad, lo cual se había convertido ya para nosotros en una costumbre y, por lo visto, en un refugio para los momentos de peligro:

—Me temo que mi vestido no está muy a la moda, se ve a la legua que soy de provincias. Pero no debe usted avergonzarse de mí si salimos adecuadamente al paso: iremos juntos a resolver mis problemas de vestuario.

Gradualmente, gracias a ese agradable tono suyo tranquilizador, gracias al manteau, que le cubría los hombros y los brazos desnudos, a la oscuridad del interior del taxi, recuperé mi confianza anterior, alegre y despreocupada, y solamente en el restaurante, como si por casualidad hubiera descubierto cerca de mí a Liolia («descubrir» una compañía es una característica recurrente en mi naturaleza distraída) o hubiese reparado de repente en un escrutinio poco discreto y tenaz, sentí un escalofrío interno y llegué a perder de vista por un momento lo que había encontrado en Liolia: un apoyo y un equilibrio constantes. Así me sentía yo ahora precisamente: escuchaba la música sin ninguna brusca preocupación enfermiza, sino de forma tranquila y alegre (nada que ver con el día anterior), sin que me conmovieran las palabras sensibleras, que se referían a mí artificialmente; bebía con mesura, tanto por la ausencia de necesidad como por el hecho de que a Liolia podría no llegarle a gustar un estado de ebriedad por mi parte: ella transmite bienestar mental, para nada grosero, sino sensato y espiritualizado. Se diría que Liolia adivinaba mis pensamientos, y parecía querer demostrarse que no me engañaba. Después de un silencio, y sin relación alguna con lo anterior, dijo de pronto:

—La gente piensa que soy prudente, imperturbable y fuerte, que

todo me resulta fácil. Pero no siempre ha sido así, aunque es cierto que me he enfrentado a las adversidades tanto como he podido. Mañana reuniré fuerzas y se lo contaré todo.

Yo deseaba también mostrarme de la manera más agradable ante los ojos de Liolia: sano, resolutivo, vigoroso; sin tener que recurrir a la falsedad, hice acopio, renovado incluso, de mi potencial —uno de muchos— y junté mis insólitos momentos de éxito indiscutible, aventuras peligrosas, negocios o mujeres que se me habían entregado por poco tiempo; exageré alguna cosa, le puse alguna nota de color, y di a entender que no doy demasiada importancia a mis propias aspiraciones, a juzgar por la facilidad con que las abandono y la parsimonia con que las contemplo. Sin embargo, aunque Liolia me escuchaba con aprobación —su forma de escuchar es conmovedoramente deliberada—, observó inesperadamente tras una discusión sobre música moderna:

—De todas maneras, a usted le gustan Chaikovski y Chopin, es usted un soñador.

Me sentí herido, como si me hubieran pillado en una acción ridicula e infantil, pero en ese momento (como en todo momento) lo que contaba era nuestra amistad, que permitía ese tipo de conversaciones; una nueva seguridad —finalmente «caí en la cuenta», ocupado, casi atrapado, de que no hacía falta que buscara nada más— me llenaba con una sensación de calidez y gratitud y expulsaba todo lo demás. Enfrente estaba sentada mi compañera de baile de la víspera, con una sonrisa vagamente despectiva; estaba diferente, irreconocible, con independencia de lo bien que yo me sentía, e incluso su apariencia —en comparación con la afabilidad radiante de Liolia— parecía torpe y burda.

De camino a casa, tan pronto como estuvimos en el taxi, algo cambió de nuevo dentro de mí; la consecuencia final de la música zíngara y del vino, inducida por nuestro aislamiento involuntario. Volví a ver a Liolia como la había visto aquella tarde: medio desnuda, deslumbrante frente al espejo, y sin explicación alguna me puse a besarle las manos (esas que antes me habían parecido especialmente seductoras e inaccesibles, imposibles de olvidar ni por un minuto); pero no las besaba de forma grosera, como yo hubiera querido, sino con esa típica ternura hipócrita que cada uno de nosotros adquiere cuando finge obsesión, una actitud necesaria para que Liolia no me rechazara y no se sintiera ofendida. Por supuesto, sabía que me estaba mostrando torpe, pero Liolia parecía conmovida; me alabó con cierta confianza y se liberó:

—Gracias, amigo mío, por esta velada, lo ha preparado usted todo muy bien. Hasta mañana.

Ahora ese «mañana» ya ha llegado: un día triste, malbaratado

desde el principio, de esos en que te despiertas y no sabes qué ha ido mal la noche anterior, buscas a qué echarle la culpa, después recuerdas algunas palabras airadas e innecesarias, un comportamiento poco adecuado, que te parece frívolo, falso, irreparablemente comprometedor, y ese sentimiento de falta inexcusable permea todo lo que haya pasado antes del sueño y permanece tras él —dada la imposibilidad de deshacer lo sucedido o de retirar lo dicho— un único deseo: esconderte, dormir y no despertar. Lo que me molesta del día anterior, lo que me ofende y me persigue, es cómo besé las manos de Liolia en el taxi (y no se trata solamente de arrepentimiento por mi impulso torpe e inoportuno, sino también del recuerdo, tal vez exagerado, de la emoción excesiva de Liolia); un descubrimiento espantoso que, de alguna manera, ha borrado la alegría del día anterior —una alegría vana, demasiado efímera—, y nuestra nueva amistad se me aparece carente de libertad, insoportable y agotadora. Cuando me pongo a pensar en ello, siento que estoy precisamente en ese aburrido estado incorpóreo en el que me encontraba antes de la llegada de Liolia, o mejor dicho, antes de la carta de Katerina Viktórovna; siento que regreso al curso de mi vida largo tiempo inalterable, que la aparición casual de Liolia tan solo fue una aberración («desesperación o invención»), y que es hora de que me calle, que me vaya, aunque de pronto me asusto: porque Liolia justamente espera algo de mí y a mí me resulta difícil e imposible enfriarme de nuevo, y siento claramente que puedo luchar, que somos nosotros mismos quienes escogemos muchas de las cosas con las que se teje nuestro destino, la base y el tono de las relaciones, que es uno mismo quien debe impulsarse en medio de la indeterminación y a menudo así lo hacemos, casi inconscientemente o por accidente, y que ahora es el momento de escoger, y la elección es una sola: Liolia. Pero de alguna manera debo poder explicarme el reciente desencanto —aunque la mañana sea la culpable, medio adormilada, inexplicable, como de costumbre decepcionante—, y sin darme tiempo a recapacitar, temiendo nuevas dudas, un irrevocable salto atrás a mi tentadora y cómoda vida previa, llena de tranquilidad, me apresuro a ir a casa de Liolia antes de la hora convenida.

14 de diciembre

Con la primera mirada, con las primeras palabras quedó claro de nuevo que estar con Liolia era fácil y siempre ameno, y no tuve que hacer el más mínimo esfuerzo. Pasamos todo el día juntos, la acompañé a hacer varios recados; y, cuando en el café o en la calle me quedaba a solas, era como si me sintiera vacío, contaba los minutos y no pensaba en nada; así de insustanciales son a veces esos entreactos,

necesarios y aburridos, que interrumpen una representación teatral que nos tenía atrapados hasta el momento: procuramos no conjeturar ni anticipar, no preocuparnos de lo que pasará más adelante. En mis relaciones y conversaciones con Liolia siempre hay algo de festivo: me resulta difícil distanciarme voluntariamente, apartarme, aunque sea por poco rato, me engaño a mí mismo para, de alguna manera, diferir cualquier reunión obligatoria que me pueda alejar de Liolia y me someto a sus asuntos y atenciones con aburrimiento y docilidad. Es algo que me puede llevar a situaciones absurdas: yo mismo le propuse que hablara con un viejo y alegre amigo (para que la colocara como dibujante en una casa de modas) y, cuando ella aceptó, contenta, enseguida imaginé mi viaje solitario y triste y, después de inventarme una excusa, pospuse el regreso cobardemente.

La conversación de hoy con Liolia me ha parecido especialmente entretenida: el día anterior me había prometido hablarme de sí misma, y me tomé sus palabras al pie de la letra, esperando su «confesión» con curiosidad, con un interés que era en parte alentador y despiadado (como en el circo: ella sufre mientras yo escucho y miro cómodamente sentado), y en parte dulce y temeroso (¡¿y si de pronto me conmueve?!). No sabía cómo podía recordarle lo que me había prometido, pero la misma Liolia —al parecer sin venir a cuento— me soltó:

—Me imagino cuántos elogios me habrá dedicado mi tía ante usted y cómo habrá intentado ganárselo. Me dijo que nadie mejor que usted sabe escuchar y comprender, y que usted es el único que luego no hace guiños ni insinuaciones. Ese es el tipo de comprensión leal que necesito desde hace tiempo y que no tengo, así que aquí estoy, dispuesta a desahogarme con usted…

No se había tratado de un preámbulo, y de hecho tampoco hubo una «confesión» coherente, como ingenuamente me había esperado, pero muchas veces durante la conversación que le siguió regresamos al pasado de Liolia; yo la empujaba (sin olvidar nada de lo que me había contado Katerina Viktórovna) hacia varios sucesos y relaciones. Liolia me respondía con seriedad y con todo detalle y, efectivamente, se mostraba confiada en todos los aspectos y temerariamente sincera.

Había oído hablar ya en más de una ocasión sobre el primer prometido de Liolia —de su trabajo como actor y de lo que había sido de él— y hacía tiempo que sospechaba que Katerina Viktórovna se guardaba de contar muchas cosas acerca de él. Actualmente es toda una celebridad en Moscú, goza de la reputación de ser inteligente, culto y, de alguna manera, capaz de algo más que de ejercer únicamente su profesión, lo cual es raro en el gremio de los actores. Al mismo tiempo he oído hablar en más de una ocasión —incluso se lo he leído a alguien en sus memorias— acerca de su carácter lúgubre,

severo, tirano de un modo neurasténico, de su mal humor y de sus desagradables salidas de tono. Yo —por Liolia, y por todo lo que me había contado Katerina Viktórovna— tenía hacia él desde hacía tiempo un sentimiento en el que se mezclaban la rivalidad y la atracción: no me pierdo ningún detalle de lo que se pueda decir de él, y su nombre en los periódicos me parece tan cercano como si fuera el de un pariente consanguíneo, o el de un poeta estimado, o como si se tratase de la mención de Rusia en un libro extranjero. Hoy me resultó agradable revelarle a Liolia todo lo que de él había oído, haciendo alarde de mi memoria y demostrándole con cautela las muchas cosas que teníamos en común. Intentaré reunir, ordenar y narrar lo más precisamente posible la fragmentada «confesión» de Liolia:

> Estuvimos juntos cinco años, durante los cuales apenas nos separamos. Él estaba a punto de terminar la universidad, pero ya se preparaba para el teatro; era singular y extremadamente pedante y concienzudo. Además, desde buen principio tuvo la «idea» de que debíamos estar al mismo nivel, que no debía hacerme sombra, así que nosotros, en lugar de entregarnos a paseos primaverales, declaraciones de amor o fiestas, nos aplicábamos en los estudios; él exigía en todo mi completa participación, me exigía que reflexionara y llegaba incluso a ser grosero si yo me hacía la remolona o no quería participar. Enseguida nos hicimos muy íntimos, y así estuvimos durante cinco años. A usted tal vez le resulte reprobable y extraño: pero compréndame, él se apartaba de la gente y yo era su única compañía, estaba totalmente entregada a él, no sabía cómo recompensarle y nada de lo que yo hiciera parecía suficiente. Además, en los libros había aprendido que sin «eso» no hay confianza en la relación amorosa, ni una simple sinceridad recíproca, que, hasta que «eso» no llega, uno se esfuerza en secreto, el otro se resiste, y tanto el uno como el otro hacen trampa. No sé por qué no nos casamos, era él quien dirigía nuestra relación y parecía querer ponerme a prueba o estar esperando algo. Yo consideraba que habíamos alcanzado ya esa altura de miras en lo moral mediante la cual todas las cuestiones externas —dinero, matrimonio, un futuro asegurado — se volvían secundarias e insignificantes. El último año de la guerra se marchó por un tiempo a su hacienda y, tras regresar, declaró inesperadamente que no me quería. No había observado previamente que nada entre nosotros se hubiera enfriado, y no creo que se enamorara de nadie más después de mí. Todos mis conocidos, incluida Katerina Viktórovna, se quedaron sorprendidos y aventuraron distintas explicaciones —

> ella se lo debe de haber contado seguramente—, pero yo no entendía nada. Tal vez mi objetivo había sido apoyarle durante aquellos años de estudio; aunque tenía fe en sí mismo, con el tiempo se le veía solitario y sin ganas de emprender nada. Cuando empezó a relacionarse con la gente del teatro, dejé de serle útil. Aunque quizá el motivo sea más simple: todo termina y mi tiempo había pasado. Desde entonces le tengo un miedo increíble a la inestabilidad: como si a cualquiera de nosotros pudieran arrebatarnos cualquier cosa y no existiera fuerza en la tierra capaz de devolvérnosla. Todavía hoy me parece alguien tan inaccesible como lo es un lejano ideal infantil, un sueño inteligente, como si procediera de un mundo completamente distinto (por lo menos si lo comparo con mi entorno más reciente); es amigo de comisarios, un advenedizo, un bolchevique.

Escuché a Liolia con una tristeza que ocultaba más bien envidia, pero sin malicia y fácilmente reconciliable: Serguéi N. tenía todo lo que yo ni siquiera osaba desear, aquello que yo consideraba legítimo pero inalcanzable, valeroso, apropiado: cinco maravillosos años con una Liolia más joven que la actual y absolutamente entregada, un trabajo tenaz culminado en solitario; un gran éxito, cosa que siempre me parecía justificadora e indicativa de algo; y a pesar de todo, arrebatado, envidioso y afligido, terminé sucumbiendo involuntariamente a la sensación de alejamiento que sentía Liolia, de extrañeza, como si estuviéramos hablando sobre una nueva novela interesante —y no sobre una vida— con la que de forma inadvertida había entrado en contacto y que conocería para siempre jamás.

Tras la muerte de su padre —durante los primeros meses del régimen bolchevique—, Liolia se trasladó al sur, a casa de Yekaterina Viktórovna, y allí, a instancias de esta («No hay que estar sola en estos tiempos»), se casó con un oficial del Estado Mayor, un hombre de aspecto respetable pero extraordinariamente astuto y cauteloso, de la clase de individuos que proliferaron en aquella época: un impostor, que, a la vista de todos y sin apenas arriesgar nada, aceptaba la admiración y la gratitud destinadas a otras personas, que en cambio pasaban desapercibidas y de las que él reflejaba con aire imponente su brillo, su mérito y su valor. Todas estas cosas, incluida la vana preocupación por su marido, sumergido en el ajuste de cuentas y en las intrigas de un mundo que a ella le era ajeno, Liolia no las supo manejar hasta mucho más tarde; en cambio, durante aquellos terribles años no se apartó de él y fue quien más creyó en su heroísmo y brillo prestado, sufriendo los tormentos ocasionados por los acontecimientos y las adversidades de aquel tiempo. Pero había algo más, algo que

Liolia no acabó de contar, que solo insinuó y que yo adiviné —como todo lo que me resulta ofensivo o triste— con una percepción milimétrica: un propósito escondido, el fundamento oculto y sórdido de sus relaciones, algo peligroso e insaciable y que residía en el interior de Liolia, y el poder arrogante, victorioso, con el que su marido la dominaba. Siempre recibo estas confesiones con sorpresa y miedo, pues no siempre concuerda con ellas la apariencia agradable y sutil de la tranquila mujer que veo delante de mí, esa que está tan claramente lejos de la vulgaridad y la aberrante ceguera espiritual, pero Liolia lo revelaba a su manera: avergonzada y como si de nuevo se sintiera sometida y se estremeciera ante todo lo revivido e imaginado. Sobre mí se cierne una felicidad extraña, oscura, odiada. Mi temor crece: el pasado no ha quedado atrás y podría regresar de nuevo, y en mi memoria ahora reaparece la Liolia de ayer, inesperada, delante del espejo, y también mi desesperación desconcertada, como anticipando confusamente algo que se evidenciara de repente. Pero entonces se produce un cambio apenas perceptible en ella y controla lo que seguramente considera un lado oscuro y manifiestamente inmoral, su tranquilidad racional busca ponerse en contacto con la mía, recupera felizmente la conexión perdida por un momento, nos acercamos de nuevo, volvemos a ser esos amigos curiosos de antes, solo con una pequeña fisura, el inicio de una incontable serie de futuras grietas, por otra parte inevitables en toda amistad que se quiere romántica o platónica.

Con una burlona perspicacia al respecto de sí misma, Liolia se empecinó en sus recuerdos lejanos y vergonzosos: cómo impidió, disipó incluso, la mera noción sobre su caída, cómo intentó no comparar a Serguéi con su marido, cómo, finalmente, ya en Belgrado, en una situación difícil de exponer, se despertó y encontró a su lado, apagado y sobrio, a un hombre anciano, extraño, de escasa inteligencia, insoportablemente meticuloso en su carrera en busca de un bienestar mayor, en su irreflexiva, desagradablemente rápida disposición a conformarse. La desconfianza tenazmente arraigada en ella, y que ahora ya no podía esconder, afloró a la superficie y creció, y Liolia, echando la vista atrás, comparando, comprendió cuántas cosas imaginarias le había atribuido a su marido, cuánto se había ella hundido, y comprendió también que había llegado la hora de ponerse en pie. Entonces emitió un veredicto que me dejó sorprendido: que hundirse no significa perder la anterior altura, que nunca nada se pierde del todo, sino que solo cambia la actitud (hacia la altura de antes), la cual se puede recuperar fácilmente, y el intento de recuperar dicha actitud (es decir, la altura anterior) explica lo que le sucedió a Liolia en Belgrado. Tenía ganas de irse a Berlín, y fue precisamente entonces cuando Katerina Viktórovna recibió una carta con una

solicitud de visado, y fue entonces también cuando empezaron nuestras conversaciones sobre Liolia, quien, después de recibir el visado y sin esperarse al divorcio, emprendió el viaje; pero ya no llegó a tiempo de encontrarme en Berlín.

—¿Sabe qué es lo raro? Mi marido, aunque insignificante y desacreditado, sigue existiendo en alguna parte, no es un sueño, como Serguéi. Y no es así por que estuviera con él más tarde, sino por otra razón, que seguramente usted conoce: todo a este lado de la frontera rusa parece más cercano, más tangible, mientras que lo que queda al otro lado es como si nos lo hubieran arrebatado para siempre.

Aunque hace tiempo que comparto la misma sensación que Liolia sobre la pertenencia de lo ruso-soviético a otra clase de mundo, las palabras acerca de la proximidad de su marido se me clavaron dolorosamente, como si no me hubiera liberado por completo de un peligro relacionado con él, y en él enseguida concentré mis nuevos celos, quedándome apenas un turbio reflejo de envidia, incruenta y escasamente interesante, hacia Serguéi.

Para de algún modo compararme con ambos, imaginé (de forma bastante artificiosa) que confluían en mí los distintos caminos de Liolia: de Serguéi, su influencia edificante y digna, del marido, la fuerza ganadora (si lograba superar mi timidez inicial); de ese modo conseguiría que Liolia, al encontrar todo eso en mí, no necesitara nada más y le fuera suficiente conmigo para sentirse en calma, pero esa explicación era, naturalmente, un razonamiento hábil e inerte, y apenas me animó por un instante. Tras la confesión de Liolia quería ser sincero, pero tras sus palabras todo resultaba en mí poco convincente (algo que advertí desde el primer día), incluso la voz se me perdía, discreta ahora y sin expresión, y, como siempre, la fluida solidez de mis relatos se trababa, quedaba interrumpida por lo que damos en llamar caballerosidad —lo cual resulta en verdad un insensato prejuicio ante las cambiantes opiniones de hoy en día y la costumbre de muchas mujeres de presumir, revelar sus relaciones—, por la costumbre de los viejos tiempos, que sigo respetando, y por el temor a violar la actitud irreprochable (aunque engañosa) que había alcanzado, de igual manera que la gente que se considera erudita continúa leyendo libros aburridos e innecesarios, no solo por el qué dirán, sino por mantener una rectitud impecable ante sí mismos.

Quizá, después de las confesiones de Liolia, una sinceridad recíproca no era estrictamente necesaria: gracias a ella se había creado una cierta atmósfera común, tenemos algo sobre lo que discutir, algo por lo que sonreír conspirativamente, nuestras familiares frases insinuantes y, con cada nueva ocasión, las advertencias derivadas de la experiencia y que son por ambos conocidas, la complicidad, el aislamiento (entre las demás personas, extrañas y no iniciadas), todo

aquello sin lo cual la verdadera amistad no puede existir. A menudo envidiaba ese don para dar comienzo fácilmente —inspiradamente, se diría casi— a una relación, y pensaba que este garantizaba la suerte en el amor, todo tipo de prosperidad en la vida, pero yo me consideraba privado de ese mismo don, necesitado de la ayuda benevolente de los otros, del impulso inicial de una fuerza externa, y ahora justamente, agradecido, me alegro de que Liolia quiera y pueda ofrecerme ese socorro.

15 de diciembre

Hoy fue mi turno de ayudar a Liolia, de recompensarla. Cierto es que mis servicios son superficiales, se me dan mejor y me cuestan menos que el acercamiento espiritual que Liolia ha establecido imperceptiblemente y que me sigue sorprendiendo, como cualquier intento exitoso de acercar, encontrar, solucionar el misterio de las relaciones personales en las impenetrables profundidades del espíritu: a menudo me parece que no hay nada más difícil, que exija mayor responsabilidad, mayor tensión, y no importa cuán beneficiosa o útil sea la suerte de un logro excepcional, pues no confío en su posible significado.

Es por eso por lo que, ante tantas personas célebres o ilustres, me cautivan y emocionan los mismos individuos (algunos artistas, pensadores, médicos), aquellos que han sabido desentrañar con una claridad casi inefable —la suya cada cual— las leyes misteriosas y laberínticas del alma sin haber temido la pereza desdeñosa de sus contemporáneos: me parece que esas personas —y aun otras a quienes se les da el divertido mote de «genios que no han hecho sus deberes», aunque su existencia me sea de poco consuelo— son las únicas que necesitan ese inquieto e infeliz movimiento interior de búsqueda incesante que llamamos «fuego divino», «capacidad creativa», y que, seguramente, solo une a empresarios, políticos y altos mandos militares, a medida que se enreda en una tensión inútil su relativamente escasa ambición: persuadir a las masas (que, dicho sea de paso, siempre son las mismas) o realizar tareas mecánicas como en el ajedrez, en las matemáticas o en los trucos de magia.

Tenía que ayudar a Liolia a establecerse, buscarle un trabajo, pero por experiencia no quería comprometerme, por no terminar fracasando, decepcionarme después al primer contratiempo, malgastar las fuerzas en un torbellino vano de preocupaciones y preparativos, y me dirigí a ese viejo conocido mío, pensando en una cosa completamente distinta: de todas maneras, en algún lugar dentro de mí—por la necesidad de ayudar a Liolia y gracias a la ausencia de una urgencia, siempre frágil y carente de sentido—, todavía albergaba la

seguridad de que mi lado más vulnerable no se vería afectado, y pacientemente regresaría una y otra vez al mismo punto para conseguir mi propósito. Además, no le había prometido nada a Liolia, con tal de no recibir su agradecimiento, que aún no me merecía, pero que sí me obligaba y avergonzaba ya, con tal de no tener después que lamentar mis admisiones vergonzantes o un disgusto por parte de Liolia (aun disimulado), y por otro motivo todavía, seguramente de muchos conocido: nos sentimos más fuertes y seguros cuanto menos importante es para nosotros lo que intentamos conseguir (hablo de aquellos que, como yo, son perezosos y débiles de espíritu) y a menudo para conseguir el éxito debemos engañarnos, considerar secundario lo que es necesario y esencial; por eso tenemos la garantía (porque todo es «necesario y esencial») de volver a ello muy a pesar nuestro. Eso fue lo que pasó hoy: sin haberme preparado deliberadamente, evitando preámbulos fatigosos e inciertos, aun ocupado en mis propios asuntos anteriores, me apresuré a comunicarle a monsieur Derwall la razón de mi visita, mostrándole los trabajos que había hecho Liolia en Berlín. Fue, como siempre lo es conmigo, cariñoso y paternal, cogió los dibujos, se los llevó a la habitación contigua para consultar con otra persona (el único momento en que sentí entusiasmo ante la perspectiva del éxito o del fracaso) y regresó sonriendo:

—C'est épatant.[4] ¿Es joven, su amiga? Contamos con ella, por supuesto. —Mi amigo está metido en una docena de proyectos distintos—. Tráigala mañana, que hablaremos de las condiciones. O no, mejor quedemos los tres para comer hoy mismo —monsieur Derwall está soltero—, hace tiempo que quería invitarle.

Podría haber ido a buscar a Liolia con aires de triunfo, pero presumir de un logro, incluso en el sentido más sincero y bienintencionado, siempre resulta contraproducente: la ayuda desinteresada, al igual que la amistad, el amor, los negocios y cualquier otra suerte de alianza, exige astucia, cálculo, estrategia franca —mediante una ingenuidad insolente y una candidez salvaje—; depositamos en esa alianza la orgullosa y comprensible dignidad humana de nuestro aliado, un sentido de rivalidad, que está siempre a mano, y nos arriesgamos a convertir en un abrir y cerrar de ojos la alianza en competición. Hace tiempo aprendí a percibir un especial encanto precisamente en el hecho de posponer mi triunfo, así que no podía creérmelo cuando hace unos días (en relación con la secreta ayuda económica que yo había proporcionado a Katerina Viktórovna) Liolia me avergonzó inesperadamente. Sin embargo, hoy ella estaba efectivamente más que encantada —sin cálculos, sin estrategia— de mostrarme su gratitud, lo cual es una señal irreprochablemente fiel de su disposición para conmigo: no nos gusta estar en deuda con quienes

se muestran indiferentes y desagradables. Liolia apenas dijo nada sobre la velada, sobre la cena con monsieur Derwall, pero a pesar de toda la seguridad que suele mostrar en mi presencia, a pesar de su compostura sensata, estaba nerviosa y se preparó cuidadosamente, como si temiera no agradar al refinado anciano parisino; mejor dicho, después de decidir invariablemente que debía agradarle, que así me haría feliz y me demostraría algo sobre sí misma. Puede ser que me esté equivocando y que le atribuya a Liolia mi esperanza casi infantil —la de ascender con la ayuda de monsieur Derwall—, pero varias veces, en el curso de nuestras diversas conversaciones, me resultó evidente hasta la incomodidad que ambos pensábamos en lo mismo, y parece que Liolia también se ha dado cuenta de ello.

Mi querido y viejo amigo cumplió con su promesa, elogió los dibujos de Liolia, su gusto y forma de vestir, además de mi probidad y capacidad para los negocios, y estuvo largo rato persuadiendo a Liolia para que me convenciera («No va a costarle mucho») de no ser perezoso y no dejar pasar aquellos asuntos que hayan debutado con éxito, y me susurró admirativamente, como si le sorprendiera su propio entusiasmo (los franceses son verdaderos expertos en acercarse a la gente con insinuaciones divertidas sobre todo tipo de situaciones románticas): «Mais elle est charmante, votre amie, et bien tranquille»[5] Esto último era cierto: efectivamente habíamos llegado como en familia, como una pareja algo provinciana, sonriendo confiadamente, y a nuestras relaciones plácidas (en las que había más bien un letargo felizmente reparador) les correspondía el patrón protector y benévolo, una hospitalidad cordial, una comida reposada y frugal, de igual modo que las borracheras, el despilfarro y la admiración por el suicidio se corresponden con los primeros síntomas de una desesperación brutal, así como el bosque, el mar o un banco frente a la orilla se corresponden con el sentimiento nuevo y fresco que no tiene en cuenta la posibilidad de un final desdichado.

Incluso me pareció que Liolia estaba excesivamente tranquila; yo estaba asombrado de cómo podía continuar —sin apresurarse fácil y sensatamente— la conversación con monsieur Derwall, no sentir el deseo impaciente de irse conmigo, de quedarnos a solas los dos, de compartir cuanto antes las impresiones que había ido acumulando para ella dentro de mí y a las que aún no había dado salida. Creía que era de vital importancia recordarle no solo los halagadores comentarios que habíamos recibido cada uno de nosotros, sino también las mordaces palabras de monsieur Derwall y nuestras afortunadas respuestas, así como las posibilidades que nos aguardaban, a juzgar por lo que se había insinuado; quería mostrarle mi retentiva y mis dotes de observación cuanto antes, convencerme jubilosamente de hasta qué punto nuestras respectivas observaciones

coincidían. Pero Liolia no tenía prisa, y me temo que esa paciencia (a buen seguro exclusivamente femenina) supone una ventaja sobre mí: puede que esa sea la razón por la que yo me siento más atraído hacia ella que ella hacia mí. Sin embargo, cuando la cena terminó, una vez que nos encontramos —después de los licores y el café— a solas en la calle, Liolia no parecía menos alegre que yo: agarrados del brazo, con el andar acompasado —como un matrimonio cómplice tras largos años —, deambulamos por el muelle interminable, comentando amistosa y alegremente los detalles de la agradable «visita», y yo me admiraba de la fortaleza de ánimo que me había infundido ese agradable y seguro apoyo, con qué rapidez me había acostumbrado a esas nuevas atenciones, a las que en adelante ya no podré renunciar.

21 de diciembre

Diría que se está produciendo una extraña transformación, mejor dicho, ya se ha producido, ocasionada, qué duda cabe, por Liolia, cosa que influye en mi actitud para con ella, en nuestras conversaciones, y en cualquier otro asunto. Ya hace unos cuantos días que Liolia trabaja y me ha hecho prometer que no la molestaré mientras esté en el trabajo; nos encontramos por la noche, cenamos juntos, pero durante el día casi siempre estoy solo. Durante las horas en las que está ocupada y, tal y como marca nuestro «acuerdo», permanece inaccesible, yo espero, distraído y paciente, a que llegue la noche y solo en raras ocasiones, abandonándome, dejándome llevar, recuerdo de pronto, con una notable certeza, que ambos estamos en la misma ciudad, que con solo una llamada de teléfono o un desplazamiento en metro podría escuchar su voz, amable y tranquilizadora, y ello me resulta imprescindible como consuelo en momentos de desesperación. Aún no he sucumbido ni una sola vez a ese deseo seductor, ni siquiera busco ningún tipo de pretexto casual, por plausible que pueda resultar, pero debido a esa misma contención (puramente externa), y debido a la consiguiente insatisfacción espiritual, mi impaciencia se torna más aguda y exigente, y nuestros encuentros nocturnos, extremadamente amistosos y razonables, no siempre me aportan la calma suficiente.

Aún es más sorprendente mi renovada actitud con otras mujeres: muchas de ellas —especialmente las jóvenes y atractivas— de repente me irritan, soporto con melancolía las conversaciones corrientes de cortesía, como si me recordaran adrede que no es Liolia quien está delante de mí, que precisamente ella, su aura, es lo único que necesito de forma continuada, y los encantos de cualquier otra mujer tan solo fingen semejanza, son una insinuación de similitud, o por lo menos me parecen irremediablemente insulsos y ajenos. Se trata de una de las

manifestaciones de la cruel injusticia del amor, que conozco ya desde hace tiempo (solo que me ocurría lo contrario, que la víctima solía ser yo) y que nunca engaña.

Tal vez no me hubiera dado cuenta de los cambios, de no ser por el estado de ánimo en el que me encontraba tras la agotadora excitación de hoy, incuestionable, evidente. Liolia tenía previsto visitar a unos parientes lejanos por la noche, y acordamos encontrarnos más tarde en el bistró delante de su hotel. Varias veces le pedí—medio en broma, pero de manera humillante para mí pese a todo— que no se retrasara, y ella me prometió distraídamente que no llegaría más tarde de las once. Convencido de que Liolia llegaría sin falta a la hora prometida, y que tal vez por un milagro incluso lo haría antes, me instalé en ese minúsculo bistró, sofocante y abarrotado, inmediatamente después de haber cenado, con un libro de poemas y con mis viejos cuadernos, que de vez en cuando (conforme ha tenido tiempo de borrarse la impresión anterior) releo con ternura; pero ni los poemas ni mis conjeturas ingenuas y medio olvidadas sobre la gente y los sentimientos me conmovieron lo más mínimo, como si yo —consumido por una intranquilidad incipiente y vaga, cierto presentimiento, un desvarío aún sin objeto— estuviera más seco que dicha combinación conmovedora de nombres y palabras, que ahora me parecía poco más que un inventario al que se le echa un inconsistente vistazo. Cuando comprendí que no me ayudarían, que estaba a solas con mi impaciencia, la cual iba en aumento, destinada a seguir creciendo, a agotarme y atormentarme todavía una interminable hora y media más —incontables momentos, todos ellos parecidos a los que acababan de suceder e igualmente insoportables—, simplemente me entregué a una impaciencia desesperada, destructora, involuntaria, sin avergonzarme de mi debilidad enfermiza y regodeándome como una criatura, sintiendo que la culpa era de Liolia, de su negligencia y su desinterés, que por su culpa se había estropeado nuestra velada habitualmente agradable y cordial, obligado a la fuerza a sufrir en ese ambiente opaco y hostil donde era envenenado lenta, imperceptiblemente, taza tras taza de un café desagradablemente amargo y revuelto por algún tipo de poso, en un ambiente cargado de gente y humo, un aire que olía a pobreza, y mis propias aviesas y vengativas sospechas, levantadas por la desesperación…

Al final todo acabó, transcurrió esa larga hora y media, que por alguna razón recuerdo dividida en partes, diferentes entre sí además, cada una de ellas relacionada con determinadas personas de mi alrededor, con distintas combinaciones de amargura y esperanza, con distintos grados de impaciencia (así dividimos a veces el verano que pasamos en varios lugares, en fragmentos aislados, completamente dispares), y pude sentirme mejor: de todas maneras todavía era

posible que Liolia llegara, yo solo tenía que vigilar la puerta cuando se abriera, con la esperanza de ver el pomo de la puerta cubierto por su guante beis y advertir después toda su silueta, notablemente delgada, y sus alegres ojos entornados. Inesperadamente se me impuso una hipótesis simple y fácilmente admisible: si pasan veinte minutos, media hora, una hora y Liolia no ha llegado todavía y yo sigo sin saber nada de ella, me veré obligado a regresar a casa. ¿Cómo podré soportarlo? ¿Cómo seré capaz de lidiar con mis obsesivas visiones nocturnas, que entonces resultarán naturales y lícitas? ¿Cómo habré de esperar a que sean rebatidas? Volví a recordar ese algo oscuro y temible en Liolia, algo que no había tenido en suficiente consideración, adormecido por los recientes días plácidos, y de pronto fue como si me despertara y tuviese que admitir que era precisamente aquello lo que me cautivaba y seducía de Liolia, manteniéndome ocupado todo el tiempo, y mi incipiente responsabilidad resultaba igualmente oscura y temible.

Con ella también están relacionados los presentimientos, creíbles e incomprensibles al mismo tiempo, de una cierta rivalidad, un conflicto, de una victoria ajena (después de muchas pruebas) y de lo que parece ser mi dudoso, feliz descanso. Cuanto más tiempo pasaba, más probable era esa posibilidad —rivalidad o victoria ajena—y no parecía existir ninguna otra explicación plausible para la larga ausencia de Liolia. En suma, dos estados opuestos, dos fuerzas, se alternaban en mi interior, uno de ellos dispuesto a aceptar los encantos peligrosos de Liolia, a hacerles frente de alguna manera, a combatirlos cuando su cruel ausencia tenía una explicación —definitivamente mala— con la que no podía reconciliarme y que no cesaba de atormentarme, y otro estado, más simple, de ternura y debilidad pasivas. En tales momentos de indefensión era como si me complaciera con la amistad de Liolia, como si procurara no advertir en ella lo que poseía de peligroso y alarmante y me autoconvenciera de que nada decisivo iba a ocurrir tampoco ahora, que después de tanta cordialidad mutua, después de nuestras confesiones sobre el daño sufrido o el miedo a infligir a los demás ese mal mismo, después de mi petición humillante de hoy, Liolia no podía «traicionarme», desaparecer, no acudir, conque de nuevo recuperé mi fe inicial en su nítida presencia sonriente, restauré su antigua aparición, y atribuí su demora a esos imprevistos estúpidos que a mí también solían ocurrirme, porque precisamente soy yo quien suele ocuparse de las reuniones con amigos o conocidos, a quienes refresco la memoria, pregunto, espero, como si descansara en mí el peso de las relaciones amistosas o cordiales, como si fuera yo el encargado de su continuidad y manutención, al tiempo que la sola causa de todos esos penosos malentendidos no era más que mi exceso de minuciosidad.

Por extraño que parezca, no fue mi fuerza sino mi debilidad la que se mostró más intuitiva; cerca de la una de la noche, cuando ya recogían las sillas y yo, hastiado por la monotonía, había perdido ya toda esperanza, aunque no me decidía a marcharme, se dejó ver en la puerta el guante beis que tanto se había resistido a aparecer, y se asomó Liolia, con una sonrisa de pretendido embarazo y demasiado dispuesta a estallar ante la menor muestra de enojo por mi parte. Pero yo no sentía indignación y ya no la sentiría: lo vivido en esas horas —la espera impaciente, el miedo a la pérdida y la larga, insoportable y febril velada— se disipó milagrosamente, se desvaneció frente a la aparición de Liolia, para no regresar hasta otro día, envenenando unos celos reales, nunca más imaginarios, para luego, al cabo de los años —quizá después de nuestra separación y con mi propia tranquilidad al fin recuperada— emerger inesperadamente de nuevo en forma de recuerdo obstinado, opresivo y artificiosamente triste, uno de esos que no hace mucho animaban mi abyecta soledad. Me asombró, e incluso llegó a asustarme, el descubrimiento repentino del poder de Liolia, que tan fácilmente y sin esfuerzo había sometido la desesperación provocada: no solo estaba bajo su poder de forma irrevocable, sino que simplemente no había lugar donde esconderse de Liolia: mi anticipación imaginaria de un principio había sido sustituida por su presencia real, que la había expulsado, muerta para siempre, y ahora la verdadera marcha de Liolia podía significar un vacío desesperado como nunca antes lo había experimentado. Esa situación de indefensión seguramente me permitía que, sin asomo de duda, sin sopesar nada, perdonara a Liolia al instante; y, con toda probabilidad, hubiera consentido incluso la acción más vergonzosa para evitar su posible desaparición. A su manera, Liolia comprendía todo esto, y por su rostro cruzó una sonrisa victoriosa, condescendiente y solícita, que enseguida reprimió, y se dirigió a mí ya no como a un igual, sino como a quien se le ofrece un regalo, un regalo que yo debía recibir con gratitud y humildad:

—Me alegra encontrarle, unas personas aburridísimas no querían dejarme marchar, no volveré a visitarlas más. Hace frío aquí, le propongo que subamos discretamente a mi habitación y nos sentemos un rato juntos. No olvide que mañana he de volver a levantarme pronto.

Cierro los ojos e intento ver a Liolia tal y como me la había imaginado, tal y como la vi aparecer en la estación; ahora me da la sensación de que Liolia ha cambiado hasta volverse irreconocible, igual que nos sucede con muchas personas, de quienes intentamos recuperar nuestra primera impresión después de una larga amistad y esta nos parece incomprensiblemente ingenua y alejada. Lo que más me unía a esa Liolia imaginada y apenas conocida era una confianza

tranquila, una ternura mutuamente gratificante (al menos la predisposición constante a la ternura), esas cosas escasas y extraordinarias y que eran, todas ellas, lo único que quedaba en mi memoria psíquica de mis anteriores relaciones amorosas, eclipsándolas y atrayéndome constantemente, unas sensaciones que ahora desaparecían y eran reemplazadas por una esperanza dulce y depredadora en torno a Liolia: arrebatársela a alguien, raptarla y hacer que me elija a mí. Una esperanza siempre entremezclada con el miedo al fracaso, a perderla, y que en esencia colmaba todos mis sentimientos anteriores: solo de vez en cuando alcanzaba esa despreocupada y magnánima distancia, esa que solo se conserva en mi memoria psíquica y que le atribuí equivocadamente a ella y a nuestra relación imaginaria.

No sé si efectivamente la benevolencia de Liolia habrá disminuido o solo lo parece, o si es que está jugando a un juego involuntario, inevitablemente cruel, pero incluso ahora, apaciguado como me hallo a su lado, en este momento de sangre fría y cautela, mientras busco el modo de evitar la desesperación, como hoy ha ocurrido, no intento pactar de forma amistosa con Liolia, sino que procuro disimuladamente (como un hombre que ama con inseguridad) tener la destreza de ir siempre un paso por delante de ella, con una nueva esperanza, con un nuevo temor, del que ahora me es más difícil separarme (como lo hice hace poco de la tristeza y el aburrimiento), porque acostumbra a ser imposible separarse de una pena inconsolable o de ese colmado bienestar que tan pocas veces me visita y que de poco me sirve. Y, sin embargo, por mucha mortificación que me quede por delante, el juego cruel de Liolia me haría sentir feliz, y si algo temo es que pueda tener en mente no devolverme mi primigenia calma anterior al amor (tan alejada de la bendita paz de la reciprocidad) y opte —herida y desesperada— por no alejarse de mi lado.

Hoy me resulta difícil escribir, por primera vez desde que supe de la inminente llegada de Liolia. En aquel entonces, al principio de esta historia, me había empleado en los alegres preparativos con que iba a recibirla, para quedarme luego atónito con nuestro inesperadamente cordial encuentro: de esas nuevas posibilidades constantemente surgían observaciones, argumentos, palabras afortunadas y apropiadas que se acumulaban al cabo del día y que, temiendo confundirme, me apresuraba a anotar por las noches. Después de superar los primeros obstáculos, irritantes e inevitables para mí (un papel arrugado en el bolsillo, un lápiz no demasiado afilado, la conciencia de largas horas de retiro), el trabajo me iba absorbiendo poco a poco y a menudo no advertía cómo se añadían a lo visto, a lo reflexionado previamente, otros descubrimientos felices; cuán difícil me resultaba intercambiar

su torpe oscuridad inicial por una ordenada y clara sucesión. Ese esfuerzo —la necesidad de reflexionar y observar— no se debilitó lo más mínimo, más bien reforzó cada una de mis impresiones, impartiéndoles un sentido vivaz —extraído de una verdad demostrable—, especial, genuino, y una duración asegurada, y tenía yo así cómo justificar el trabajo al que me sentía atraído constantemente; solo me veía obligado a lamentar que las anotaciones no estuvieran completas, los momentos de inercia, cansancio y pereza. Pero hoy la experiencia me dice otra cosa distinta: que ahora ya no vale la pena escribir, reflexionar, observar, que no debo distorsionar, forzando y distrayéndola, la atención de mi ánimo dirigida a una sola cosa, que las anotaciones saldrán tal y como ahora me siento —febrilmente monomaníacas—y que habrá para mí, como siempre lo ha habido, un intervalo, un periodo de calma en el que esta fiebre desenfrenada disminuirá, aunque sin interrumpirse, y en el que el olvido marchito aún no habrá llegado, y entonces intentaré recuperar todo lo omitido y poco a poco podré imponerle un orden; de momento, en este estado —desesperado, enfermizo, carente de juicio—, como el hombre ebrio que ha sido privado de sus sentidos, lo más inteligente para mí será callarme.

No obstante, algo ha quedado por decir, aunque haya terminado el tiempo, para mí irrepetiblemente feliz, y se terminen las anotaciones al respecto, tal vez, sin acabar de explicarlo, mejor dicho, sin haber establecido mi disposición con ese tiempo, y aunque desconozca con qué sentimiento —ternura, amargura o aburrimiento— alguna vez releeré lo escrito en estos días extraños, igual que no sé lo que lamentaré, lo que querré recuperar y revivir y lo que me parecerá decepcionantemente innecesario. Esta valoración, posterior, madura y definitiva, dependerá de una sola cosa: cómo se desarrollen mis relaciones con Liolia y cómo terminen, porque, en el amor, un mal final o uno bueno terminan fusionándose con él, lo distorsionan en nuestra memoria, igual que a veces las últimas palabras de un poema iluminan de nuevo todo lo precedente (así es como, sea cual sea nuestra valoración del amor y de aquellos a quienes hemos amado, permanece en el recuerdo el encanto de la reciprocidad, aunque sea momentánea, y nuestra esperanza siempre sigue viva, cercana, casi materializada). No puedo determinar con claridad lo que entiendo por «buen final», pero intento creer al menos en un éxito efímero con Liolia, a pesar de las muchas señales peligrosas y de mis decepciones precedentes, tan convincentes, y fácilmente, sin llevarme a engaño, me demuestro que mi actual elección es la única correcta: nadie, salvo Liolia, ha mostrado nada parecido, una resolución compasiva en todas sus decisiones, una conciencia de responsabilidad hacia mí, la sencilla idea de que soy indispensable, y con ninguna mujer, a excepción de

Liolia, podría hablar sin esa segunda voz desagradable y desdeñosa, que aparece en mí inmediatamente, apenas he comprendido a la interlocutora y la critico para mis adentros por debilidad o engaño o porque pertenece a otro ambiente, bajo y mezquino, apenas veo mi solitaria, francamente odiosa, superioridad. No me jacto en absoluto, en uno emergen a veces comparaciones inconscientes, juicios de valor involuntarios, y nos sometemos a ellos, sin preocuparnos de su legitimidad y en contra de nuestra capacidad de ser generosos. Pero con Liolia no existe ese peligro, como no pueden existir en ella el rechazo, los hirientes reproches, la hostilidad sin sentido, características de muchas mujeres débiles y estúpidas, y, si la relación con ella sale mal, seré yo el culpable o lo será el destino, como si este se dispusiera —por medio de tormentos y obstáculos— a conducirme hasta una miopía indolente que no exige nada para sí, sin prejuicios hacia nadie y que por eso puede ser fácilmente justa. Todo esto no es una pose ni una casual invención mía: sé cuál es el precio.

SEGUNDA PARTE

17 de junio

Ya hace dos semanas que Liolia no está en París. He recuperado la calma con inesperada rapidez, mejor dicho, me he liberado en cierta manera de la rebelde desesperación inicial, que no concebía la vida sin Liolia, sin las horas festivas con ella, a las que me había acostumbrado y me eran imprescindibles. La fiebre, la embriaguez constante de estos últimos meses ha sido sustituida por otra cosa, no tan intensa (porque no tengo que estar preparado o dispuesto a esperar a cada momento), pero más noble, como todo aquello que no es muy exigente, que no es codiciosamente territorial, y, además, está garantizado por mucho tiempo. Como no puedo verme con Liolia y no puedo tampoco ir a buscarla ni esperar encontrarme con ella (algo que antes me ocupaba casi todo el tiempo y de lo cual ahora me he liberado, por así decirlo), por las noches me apetece volver a poner por escrito todo lo que me ha pasado y explicarlo, y no solo se trata del deseo de expresarme, sino también de un intento por salvaguardar del olvido un periodo especial de mi vida, salvaguardar algo para mi propio futuro, para ese individuo que presiento e imagino que seré pasados los años, muy cambiado y habiendo olvidado muchas cosas. Nunca esa tarea aparentemente inútil me había atraído de manera tan convincente y nunca había constituido una parte separada de mi existencia de forma tan clara, un objetivo distinto y coherente, más preciso que el dinero, el placer, los libros, cediendo en interés a una sola cosa: qué podría haber ocurrido con Liolia, pero Liolia no está, y, al parecer, no estará. Mi deseo de «poner por escrito» se empieza a parecer a una pasión, habida cuenta de la impaciencia y el odio hacia las personas o los hechos que me estorban: yo mismo me he rodeado de unas obligaciones ridículas que me arrebatan casi deliberadamente todas las horas del día y de la noche y, con frecuencia (como ante la mención de algo torpe o especialmente ofensivo), aparto la vista cuando me piden que me quede o que vaya a algún otro sitio. Sin embargo, me resultó difícil superar la inevitable inercia inicial, y cada vez que me he encontrado a solas —en un café durante el día o en mi habitación ya entrada la noche— no escribía nada y hallaba una justificación fácil en el ruido, el cansancio, las distracciones. Ahora, ante estas hojas de papel, lisas, de gran tamaño, que se irán rellenando gracias a mi empeño, aún me queda un temor neurasténico al trabajo, a ser violentado por mí mismo, al necesario ejercicio de la voluntad.

Fui a despedir a Liolia con esa desesperación extrema que la gente

emocionalmente bien preparada procura no mostrar y que incluso en sus recuerdos solo mencionan por su nombre, porque se trata de una desesperación descarada y que deja en mal lugar al individuo: una desesperación dispuesta a cualquier acción insensata y clamorosa si esta sirve para informar de su presencia y gritar a pleno pulmón, y parece luego un milagro que nos libera de una humillación irrevocable, que supimos ocultar por completo o al menos no expresarla ni una sola vez: ni siquiera sospechamos de qué forma tan engañosa nos traiciona la apariencia, que debemos alegrarnos (y sobre todo sentirnos satisfechos) si nadie ve ningún fallo en nuestra conducta, ninguna palabra imprudente. Mi desesperación de aquellos días se debía a que Liolia —claramente— se alejaba de mí, y además se incrementó a causa de una dolorosa particularidad que se da en todas las despedidas: la impresión de que la persona que acude a la despedida está siendo abandonada. Cierto es que precisamente la persona que despide es la que puede regresar a la rutina, al trabajo o a los amigos, mientras que quien se marcha se queda abandonado y solo, rodeado de gentes extrañas en un vagón de tren; pero a Liolia y a mí nos ocurrió lo contrario (es decir, no la excepción, sino la regla): yo no sabía qué hacer sin ella, en cambio ella se iba a Berlín porque se lo habían pedido, se marchaba a requerimiento de Serguéi N. A pesar de mi desesperación —en la estación fue peor que los días anteriores—, sentía que aquello se me pasaría pronto y, efectivamente, con cada día transcurrido me sentía más aliviado, hasta que la nueva situación adquirió tintes de tristeza agradable, con frecuentes punzadas agudas y el miedo constante a esas punzadas, un estado que seguramente será firme y prolongado: al menos no veo, no me imagino su final, ningún posible cambio.

¿Por qué se apoderó tan rápidamente de mí la calma? ¿Acaso no hay en ello algo degradante en relación con mis inequívocos sentimientos por Liolia? En una inteligente y perspicaz novela francesa leí no hace mucho: «L'amour supporte mieux l’absence ou la mort que le doute et la trahison»[6] Este simulacro de explicación (que todo se reduce al egoísmo amoroso, que entre distintas posibilidades elige la más —digamos que relativamente— tranquila), esta insinuación, es como si transmitiera a las palabras mis suposiciones incómodas, y yo, honestamente, presa de la impotencia, debo decirme: no tengo para mí palabras, ni tampoco explicación alguna.

Puede que me tranquilizara tan rápidamente porque poco después de la marcha de Liolia me afligió una nueva desdicha: la falta de dinero y todos los recados y afanes desagradables que ello entraña; ya se sabe que un fracaso detrás de otro no acentúan la fuerza o la intensidad de esas sensaciones dolorosas y amargas, más bien deberían disminuirlas y ayudarnos a superarlas; además, a veces, un problema

trivial y fortuito puede devorar una gran preocupación, roerla imperceptiblemente, reduciendo su talla hasta volverla pequeña y fácil de soportar, lo que en cierta manera justifica el dicho burdo de que un clavo saca otro clavo. A menudo he querido —en momentos de tristeza o miedo— infligirme a propósito algún daño físico (como si fuera una inyección contra el dolor del alma), intentar recordar algo humillante, vergonzoso, algo que no me pueda perdonar: en un sufrimiento así hay cierta pose pretenciosa, que cree en su rectitud y se indigna con el destino, y por lo tanto es necesario privarla de nobleza, de rectitud y de su ferviente confianza en esa clase de cosas, barrer todo aquello que se oculta bajo los cimientos firmes de cada gesto doliente —la idea de la injusticia, el resentimiento con el destino —, pues solo entonces la liberación será posible. Ciertamente, al principio existe un autoengaño involuntario: incluso antes de la marcha de Liolia, yo miraba las cosas con indiferencia, con la desidia que un maníaco siente por todo lo que considera extraño, calculaba con indolencia el dinero que se me escurría por entre los dedos, el que me quedaba, y pensaba con nostalgia que pronto irrumpirían en mi cruel abandono algunas preocupaciones aburridas, problemas, exhortaciones, que tendría que esconderle muchas cosas a Derwall o a cualquier otro, que me sería especialmente difícil controlarme en plena desesperación, y no me había imaginado que eso se convertiría en una distracción casi accidental, que sin tiempo a darme cuenta se convertiría en una preocupación sempiterna, atronadoramente vertiginosa (no retrasarse, reunirse, esperar, buscar nuevas direcciones, escaleras, transbordos en metro) y cómo cobrarían forma a consecuencia del objetivo —de carne y hueso, obligatorio, groseramente impuesto— las inevitables alegrías del éxito o la tristeza de la decepción, que destruirían (temporalmente, por supuesto) todo el dolor precedente, y que, cuando el dolor reviviera, lo haría ya de forma superficial y me sería más fácil de soportar, llegara cuando llegara el momento de regresar a una nueva y remozada manera. Seguramente, existe un sufrimiento prolongado y sin consuelo, pero la marcha de Liolia, que ni le afecta a mi egoísmo amoroso ni ha sido letal, ha quedado eclipsada, suavizada, por la llegada de las primeras distracciones, entre las cuales no es la única la falta de dinero.

La familia Wilczewski es otra de esas distracciones. Como todo lo que me rodea y me tiene ocupado ahora, los Wilczewski aparecieron en escena durante las últimas semanas de Liolia y ya entonces nuestros apáticos encuentros se volvieron habituales. De hecho, ya hace tiempo —desde San Petersburgo— que les conocía un poco, y me llegaban noticias de ellos con regularidad, pero no manteníamos una relación personal, y pese a mi curiosidad por las personas más distantes y de menor interés, creo que no les había dedicado ni un solo

pensamiento. No sé cómo fue que un día por la noche Bobka Wilczewski, entre la embriagada barabúnda de una conocida taberna de Montparnasse, se nos acercó a Liolia y a mí de improviso, sonriendo como si por fin hubiera encontrado a los suyos, se sentó con nosotros hasta bien entrada la noche, y juntos acompañamos hasta su casa a Liolia, quien escuchaba riendo sus chistes inagotables. A mí me parecían aburridos y monótonos, pero la presencia de Bobka y su charla animaron nuestra conversación tensa, como todas las conversaciones en aquellos momentos escandalosamente indiscretos, y solo lamentaba no poder quedarme a solas con Liolia, que estaba contenta y, como en los viejos tiempos, inusualmente encantadora; intenté explicárselo, pero ella —adrede o bien por distracción— no lo comprendía. Acordamos encontrarnos con Bobka al día siguiente, este además prometió venir con su hermana, que «no hace más que insistir en que no tiene con quien salir», y después de aquel día los cuatro nos veíamos casi a diario.

Los Wilczewski, que habían amasado una dudosa fortuna en San Petersburgo, apenas tienen dinero en París, pero consideran una cuestión de honor «mantenerse», y para ellos los gastos en invitaciones, las relaciones y las conexiones son valores que conservar y continúan preocupándoles. Los Wilczewski son tres —el padre, el hijo y la hija— y, a pesar de que suelen estar juntos, en mi mente nunca están conectados. El padre es un hombre de escasa estatura, ágil, brusco, que siempre va sin afeitar y suele hacer preguntas inesperadas con el propósito de desconcertar y causarle admiración a su interlocutor, aunque no esperan ninguna respuesta; cuando hay invitados entra corriendo en la sala de visitas un momento y se marcha enseguida, dejando tras de sí una sensación de desazón generalizada, de contrariedad, y un prolongado sentimiento de incomodidad. Cuando les visité por primera vez —justo antes de la partida de Liolia—, se dedicó a increparme de forma extraña a propósito de su hijo: «¿Cómo puede mantener usted una amistad con ese burro que ha dejado escapar hoy su felicidad?». Se refería a un negocio de poca importancia que le había salido muy mal, y Liolia, en el camino de vuelta, estuvo reprendiéndome durante mucho rato —con una vehemencia repentina e injustificada— porque le parecía que yo no había hecho lo suficiente para esconder mi desagrado.

A los jóvenes Wilczewski, por alguna razón, en su presencia o sin ella, los apodan Bobka y Zinka[7] con un cariñoso desdén; aunque Zinka estuvo casada, ahora está divorciada, y parece ser que tiene veintiocho años. Tales nombres frívolos tienen su justificación y además suenan naturales: hay algo infundado en ambos hermanos, algo confuso, siempre impreciso e inconscientemente triste; sobre todo hay en ellos dos una admiración por el lucimiento, por la suerte ajena, sin envidias

y con cierto deseo de al menos imitar, por supuesto de forma modesta y vicaria, un lucimiento que a ellos les resulta inalcanzable. En el caso de Zinka, dicho deseo está dirigido (de forma débil y sorprendentemente anticuada) al «arte», a los actores y escritores poco conocidos; en el caso de Bobka (de forma más decidida y firme), al dinero y a los negocios. Me considera un hombre de negocios con suerte y «con contactos» (lo dice por Derwall) y habla conmigo con tono de deferencia, como si me estuviera pidiendo un consejo que pretendiera seguir. Bobka es de altura media, tiene el pelo negro, liso y brillante, peinado con raya, los ojos de color castaño oscuro, redondos y brillantes, las mejillas coloradas (como del frío) con hoyuelos, y una sonrisa descaradamente provocadora, que busca la aprobación constante y no contagia a nadie, pero que de alguna manera recuerda «una mano suspendida en el aire». Todo él es desgarbado —tiene el torso amplio y las manos demasiado grandes, como hinchadas, con dedos torpes de uñas anchas y redondas, y sus piernas parecen sacos—, pero intenta ser elegante, ha ideado un estilo «propio» (polainas, corbatas y camisas variopintas, un balanceo al andar) y al lado de Liolia parece estar en sintonía, aunque a su manera, radiante y pintoresca. Zinka, al contrario, es una persona apagada, tiene la tez grisácea, sus cabellos son de un rubio oscuro desvaído, las manos también son grandes, aunque agradables en su caso, y debido a los tacones bajos tiene unos andares poco agraciados, casi masculinos. Sorprende, porque no casan con su persona, unos labios carnosos de sonrisa fácil e indiferente, algo desvergonzados, y unas piernas largas, esbeltas, robustas, de las que —sin turbarse y sin que nadie la invite a ello— a veces intenta presumir. Los hermanos, altos y jóvenes, no constituyen, como cabría esperar, una pareja que se complemente con habilidad: hay algo desconcertante, impreciso y evidente en cada uno de ellos y que requiere —incluso si se pretende una comparación superficial— un sólido apoyo adicional.

Prefiero pasar de largo rápidamente de estas descripciones aburridas, innecesarias en una obra como esta —exclusiva para mí—, pero no puedo deshacerme de la vana esperanza, siempre presente, de que estas notas mías (a pesar de mí mismo y como recompensa) algún día serán leídas con atención, y ahora, entusiasmado de antemano como un niño, confío en una lectora comprensiva y amable, y esperaré hasta que finalmente la encuentre a «ella» (a Liolia o a la siguiente y definitiva) y ambos nos merezcamos el milagro de la confianza mutua, y es justamente para «ella», desconocedora de mi vida anterior, para quien debo prepararlo todo a conciencia, aunque esto me parezca fútil y ofensivamente gratuito. Para mí las personas más superficiales, las circunstancias, cualquier acontecimiento «de masas» no son más que vulgaridad y un sustituto de la verdadera esencia humana, que se da

de forma tan clara en cada sentimiento individual, en cada ejemplo de amor, sea este triste o alegre, porque nuestros sentimientos particulares y desinhibidos, su contemplación hábil y meticulosa, nos libra del polvo emocional, que a menudo lo cubre todo, y es una pena gastar en algo así, en cosas superficiales, nuestra breve vida, única, siempre en busca de alzar el vuelo, pero que se posa pesadamente en el suelo. «La verdadera esencia humana» no son solo palabras pensadas para la ocasión: en los celos, propios o presenciados en los otros, en todas las relaciones que nos envuelven, en especial las románticas, junto con lo sucedido y lo vivido (incluso en lo que tristemente pueda llevar al suicidio), hay una novedad reciente, que se admira a sí misma y se muestra deliciosamente viva, por la cual es fácil sufrir y morir frívolamente, algo que no existe y tampoco se puede encontrar en las convenciones del hogar de los Wilczewski, en las polainas de Bobka, en todo y en todas partes, de donde ha sido desterrado por repeticiones superficiales, de escaso ingenio, adormecedoras. Podría extender aún más el ámbito de lo vivo y el ámbito de lo muerto, pero quiero y debo limitarme; de otro modo un peligro peor que la muerte en vida terminará levantando la cabeza: la preocupación por el azar, la falta de voluntad y la disipación.

Regreso, aunque por poco tiempo, a los Wilczewski: me resulta especialmente doloroso escribir sobre ellos, porque precisamente ellos son el obstáculo principal, absurdo y voluntario, a lo sencillo e inalcanzable que persigo durante todo el día: la soledad y el trabajo en mi diario. Antes me había parecido que Liolia, que intentaba no quedarse conmigo a solas para evitar mis reproches y mis interrogatorios, posiblemente demasiado explícitos, me arrastraba a propósito al primer círculo social que se cruzó en nuestro camino, pero en su ausencia ocurre lo mismo, y esto se explica, en parte por la debilidad de mi resistencia, en parte por capricho: estos meses con Liolia me han acostumbrado poco a poco a la gente, he empezado a temerle a la soledad y estoy dispuesto a cambiarla por cualquier otra cosa, por tediosa e indigna que sea. Hoy en casa de los Wilczewski he considerado por primera vez mi peculiar falta de escrúpulos; como suele ocurrir, lo que ha provocado mi pensamiento ha sido una causa trivial y fortuita; cuando Zinka despedía a alguien, dijo riendo: «Vengan otro día, ahora que ya saben dónde estamos», algo que siempre le dice a todo nuevo invitado; involuntariamente la comparé con Liolia, que nunca recurría a los lugares comunes ni se complacía en una cómoda y segura repetición, y me pareció insoportable no solo su ausencia y sustitución por el círculo de los Wilczewski, sino mi día entero, el propósito artificial, el ensayo de cada minuto, la permanente angustia de las prisas —desde el momento en que abro los ojos hasta que los cierro—, y hete aquí la estúpida frase de Zinka, que

viene a demostrarme de repente que en mi entorno, entre los demás, no voy a encontrar ni ayuda ni soluciones; la frase me ha resultado reveladora, como si me forzara a reanudar mis notas interrumpidas y solitarias. Pero, a pesar de todo, necesito a los Wilczewski: de momento son el único recordatorio de Liolia y, de hecho, después de su marcha, se me han vuelto tan vitales como la sangre, una consecuencia habitual de la transición instantánea del alma, un paso instantáneo desde la seguridad, desde la embriaguez de la presencia a la orfandad fría y desesperanzada, cuando aquellos que consideramos inoportunos y superficiales de pronto se convierten en interlocutores deseados y dignos, que recobran algo perdido, insustituible y precioso, capaces de conmovernos, de escucharnos con comprensión e incluso de asombrarnos con algo desconocido.

Liolia no manda noticias, y en dos semanas solo he recibido una postal escrita durante el viaje, cariñosa pero muy insustancial, que he memorizado y que lleva tiempo deslucida en el bolsillo lateral. No he tenido más noticias de Liolia y no sé dónde está ni qué hace. Ya no experimento el resentimiento inicial y mis cartas relativamente cordiales (remitidas a la dirección en Berlín de Katerina Viktórovna) no contienen reproches y nada exigen.

18 de junio

A mi estado predilecto, que saboreo de antemano en medio de las conversaciones de trabajo y en casa de los Wilczewski, cuando estoy ocupado o me estorban, al que tiendo a entregarme cantando tan pronto como me he quedado a solas —en la calle, en un café, en el metro o en casa, en mi habitación, antes de dormirme—, lo denomino, medio inconscientemente, «Liolia y yo», unas palabras que para otros no tienen sentido. Palabras apenas audibles y pronunciadas con deleite, con un sentimiento de libertad —todo está permitido, es decir, me está permitido pensar en nosotros dos como yo quiera—; así es como empieza inadvertidamente este estado, y es como si continuara mis innumerables encuentros imaginarios con Liolia, las cartas no escritas, jamás enviadas, las hipotéticas controversias llenas de indignación. Todo esto surgió hace tiempo, mucho antes de la marcha de Liolia, cuando se interrumpió —con su primer capricho impaciente, con mi creciente timidez— la sencilla facilidad de nuestra aparente amistad. Anteriormente incluso, antes de Liolia, en un pasado inmemorial, si alguna noche me olvidaba de decir algo afortunado o conveniente, luego, al evocarlo, no era capaz de conciliar el sueño, de calmarme, y componía frases, encontraba maneras de no olvidarlas, a veces —como si me hubiera llegado la inspiración— me levantaba, encendía la luz y anotaba alguna idea básica, y supongo que de

aquellos inquietos recuerdos nocturnos, de aquellas reparaciones de lo pasado y recordado, nació este actual estado, el más agradable, y que también es una forma de reparación.

Ciertamente, lo que escribí en esos años me parecía ya de poco valor a la mañana siguiente, pero luego, cuando Liolia apareció en escena, todo lo previsto se vino abajo, porque se imponía artificialmente a una conversación vivaz y con la que no guardaba relación, y es posible que incluso ahora, en un encuentro real, que ya no es imaginario, todas esas observaciones elaboradas por mí se revelarían inapropiadas (qué distintas son las cartas escritas de las imaginadas), pero aquello en lo que estoy constantemente, alegremente absorto, se me aparece y fluye con tanta naturalidad, me resulta tan preciso y apropiado como si fuera el único desarrollo natural, sin trabas, de mis relaciones románticas, mientras que el otro camino, adecuado y razonable, que nunca le escondí a Liolia, simplemente ha quedado desfigurado por su rechazo y, en estas últimas semanas, también por la ausencia y la distancia.

El dinamismo de mi mundo interior, que es como si se pusiera en marcha con las palabras mágicas «Liolia y yo», es más complejo de lo que jamás había creído: la ira, los sentimientos nobles, la ternura, todo ello alcanza su límite máximo, sin ninguna reticencia o restricción. Al principio pensaba que algún día expresaría todo lo acumulado, intentaría recordar al menos lo principal (por ejemplo, que no debo amar a Liolia debido a su más que probada falta de integridad), pero luego —al poco tiempo— eso cambió: casi desde mi infancia he sido capaz de distinguir con perfecta sensatez lo real de lo imaginado (y pasar de lo uno a lo otro casi inadvertidamente), y por lo tanto ahora, habiendo comprendido la verdadera futilidad de mis fantasías constantes con Liolia, me he permitido dejarme llevar por su encanto en aras de su propio bien, pues su mera realidad conlleva en alguna medida la supervivencia, cosa que, si bien me hiere, no me supone ningún peligro. Yo diría que este juego podría influir también en mis sentimientos actuales por Liolia, dotándolos de una artificial idad balsámica, pero justamente el hecho de separar lo verdadero de lo imaginario con una precisión cuasi infalible impide su influencia recíproca, la penetración de lo uno en lo otro.

La mayoría de las veces en mis fantasías disfruto haciéndole reproches a Liolia: mantengo con ella un litigio interminable por una multitud de razones dolorosas, y no solo busco expresarme, conmover, intentar recuperarla, sino que también persigo su castigo, convencerla de lo irreparable de sus errores, de lo imposible que resulta para mí olvidar y volver al pasado para modificar nuestra relación, y de la misma manera Liolia hace el esfuerzo de presentarse ante mí para rectificar, pero yo no puedo aceptarla. Me he acostumbrado tanto a

este cambio, con su constante, dulce y justo despecho, que me encontraría perdido si Liolia regresara y quisiera restablecer el pasado, pero eso no sucederá nunca.

Advierto numerosos fallos en Liolia (la presente ausencia cruel de cartas, el olvido desconsiderado sobre lo fácil que resulta herirme, sus intentos de rehuir las explicaciones por sus propias palabras, que la obligan a la sinceridad), pero incluso, teniendo todo esto en cuenta, debo revelar mi reciente y más amargo descubrimiento: todo esto se había manifestado ya (cierto que de manera desvaída e inerte) mucho antes de la marcha de Liolia, e incluso antes de la decisiva carta de Serguéi N., que fue el pretexto cómodo y noble que eximía a Liolia de una absurda y aburrida carga, que era yo, precisamente. La partida de Liolia fue decisión suya, independientemente de la petición de Serguéi N., así lo entiendo yo; fue un golpe para mí, sin ninguna justificación, sin que le correspondiera ninguna razón externa, y en mis pensamientos rencorosos hay algo cierto: si una persona cercana nos asesta un golpe, a veces, o mejor dicho, las más de las veces, la perdonamos, pero ese perdón no altera nuestra nueva opinión sobre dicha persona, sobre cómo nos trata (o puede tratarnos), y solo en contadas ocasiones, cuando nos vemos en la obligación de justificarla con toda nuestra sensatez, solo entonces, la perdonamos plenamente, pero también ese perdón es innecesario, puesto que entonces ya no existe ninguna culpa. Me resulta difícil y no quiero «perdonar» a Liolia, y su último error ha sido no solamente destruir la despreocupada felicidad de mis primeras impresiones, sino también la de las actuales —aunque es cierto que escasas— esperanzas imaginarias. Aún hoy —por culpa de un pañuelo impregnado con su perfume— me ha atrapado una sensación de expectativa enamorada que permanecía en el olvido (tardé un rato en comprender de dónde provenía), pero luego no me ha quedado otro remedio que recordar de qué manera tan desconsiderada y con qué desdén había aceptado Liolia aquel perfume que le regalé y cuán ofendido me sentí yo entonces (después de la alegría por el regalo), de forma que la expectativa de hoy ha cedido su lugar a la habitual sensación de disgusto vengativo.

Repaso una vez más todas las tristes nimiedades que demuestran de manera irrevocable el cambio de actitud de Liolia respecto a mí, y esa comparación perpetua de nuestro principio y nuestro final, que antes habría sido insoportable, me duele sin ser dolorosa, se diría que es incluso agradable. Pero incluso entonces —aquellos días pasados con Liolia—, cuando por primera vez descubrí el penoso cambio y el golpe era reciente y dolía, recurrí a propósito a nuevas y tenaces comprobaciones, a menudo forzadas y vergonzantes, no con la esperanza ni el deseo de convencerme por enésima vez de nuestro

trágico final, sino por provocarme una triste sonrisa interior, imprescindible para mí, de la cual nacería la actual comparación eterna y agradablemente conmovedora. En una ocasión, en un momento mal escogido, interrumpí de repente la conversación que manteníamos y, convencido de antemano del fracaso, le pedí a Liolia que me cosiera un viejo guante gastado. Como había previsto, se sorprendió y me contestó medio enfadada: «Su portera lo hará mucho mejor que yo», y no me fue difícil distinguir también en su irritada negativa el rechazo a una atención solícita, indiferencia hacia mí, y lo que es más (y me haría estallar), una cierta repulsa y aprensión hacia mi guante. Recordé el primer día que pasamos juntos, mi admiración por su labor hábil y conmovedoramente solícita, y en cambio ahora, después de aquel experimento deliberadamente provocativo, había envenenado aquella primera admiración para siempre.

Me sorprendió más dolorosamente si cabe (aunque ahora lo recuerde de una forma especialmente grata) el esfuerzo terco de Liolia por rechazar mis favores: tan orgullosa como estaba antes de mi magnanimidad ardiente, instintiva y caballerosa, ahora ese mismo hecho le parecía un agobio innecesario («Siempre hace usted cosas inútiles», cuando yo, que no fumo, le alargaba un cigarrillo con un envoltorio amarillo, expresamente preparado para ella por si acaso). Pero, tal vez, lo que le molestaba era no estar recibiendo los favores de otro.

Liolia se resistió lo mejor que pudo a nuestra antigua atención mutua, y para deshacerse de ella, para hacerla oficialmente imposible, evitaba quedarse conmigo a solas, lo cual le ahorraba (si no la responsabilidad en sí —que en esencia había desaparecido hacía mucho—, sí todo lo que le resultaba molesto, sobre lo que ya he escrito) la necesidad de responder a mis preguntas y reproches insistentes, y de nuevo comparé, a mi pesar, cómo antes ella se esforzaba por asegurarse de estar a solas conmigo, consideraba enemigos a los extraños y apreciaba, ruborizándose de satisfacción, cualquier reconocimiento de su impecable delicadeza, atención y amabilidad para con mi persona. Ese primer mes no podría haber disfrutado de la compañía de Bobka Wilczewski, verse a menudo con gente indigna y ridicula, ni habría callado, decepcionada y rencorosa, si una cita poco lograda, o un recado que yo hubiera ejecutado mal, nos hubiera obligado a pasar toda la noche a solas. A pesar de que yo temía la airada perspicacia de Liolia, aprendí de forma bastante hábil a frustrar sus deseos y echarle la culpa a otros (el teléfono siempre estaba ocupado, los Wilczewski habían salido a alguna parte, era preferible no invitar a Bobka, hoy salía con una dama) y, a veces, sentía pena por la credulidad de Liolia, engañada como estaba, pero por encima de todo prefería esa posibilidad dudosa (por miedo al

desaire) y apenas utilizada de nuestros escasos encuentros a solas para explicarme, preguntar, exigir, atormentar y torturarme por mis reproches sin respuesta.

El aluvión de comparaciones y potenciales acusaciones que esgrimo contra Liolia se topa siempre con otras —en su favor— que vienen de parte de amigos comunes y, sobre todo, de la época, de aquellas tardes que pasé en su compañía o sin ella; pero dichas comparaciones, que surgen solo de una realidad vivida, determinada, sin relación con mi imaginación, nunca me afectan, o lo hacen, digamos, de pasada, sin entrar nunca en el tentador ámbito del «Liolia y yo», y me demuestran la cruda realidad: que toda la gente a mi alrededor es superflua, que solamente necesito a Liolia y que debería, olvidándome de lo desagradable, ir tras ella, conseguir que regrese y recuperar su favor perdido. No es muy probable que esto ocurra en un futuro inmediato, y a mí ya no me quedan fuerzas ni aguante para empeñarme, luchar, esperar, y hay una sola cosa que me permite aún distraerme y engañarme: los acostumbrados pensamientos vengativos, el malicioso júbilo que me produce la evidencia de los errores de Liolia, ese «Liolia y yo» a medio cocinar.

Lo más realista y mundano que hasta ahora permanece accesible es ese momento al regresar a casa cuando, con gran excitación, averiguo si están ahí esas cartas que no llegan pero fácilmente podrían hacerlo, las que Liolia podría haber escrito y que a la larga —cualquier otra cosa sería despiadada— escribirá, a mano, de su puño y letra, hablando de sí misma y con sus propias palabras, y esa espera, esas supuestas —y seguramente frías y distantes— cartas son lo único que me une a ella, lo único que me asemeja a los que viven intensamente, los que son amados o que aspiran al amor, gente que me parece irresistiblemente digna. Sin embargo, elegí para mí otro destino, también conciliador —forjado en las concesiones vitales y en las pequeñas fábulas no vinculantes—, tal vez porque la suerte de una persona digna y fuerte no está reservada para mí, porque no me queda otra elección, o el valor de cambiarla.

A menudo me veo como si lo hiciera desde afuera, y entonces mi propósito se vuelve más claro y veo por qué me resulta difícil e inadecuado conquistar algo y conservarlo luego celosamente, sin temerle a las responsabilidades, a las rivalidades, a los conflictos, sin ceder a un dulce sopor. Pero, incluso si encuentro mi pobre e infeliz lugar, no me resigno enseguida y fácilmente a él, a una juventud fracasada, condenada a la soledad, me obsesiono con la causa de mi cobardía, como si en ella hubiera de hallar mi liberación, y al parecer empiezo a comprender; es difícil ponerle un nombre y no hay que apartarla por completo; esta es, probablemente, mi característica intrínseca más significativa: carezco de una alternancia constante de

sosiego y esfuerzo, lo cual constituye la base de toda vida interior y garantiza el descanso, y, después de este, supone un primer empujón renovado; mi primer esfuerzo exige otros esfuerzos nuevos, si cedo, tampoco puedo contenerme de ninguna manera, y el esfuerzo accidental (por ejemplo, las fantasías sobre Liolia) se convierte en un vuelo infructuoso y sin escalas. Cada esfuerzo que hago es prolongado y necesariamente agotador, cada distracción me conduce extraordinariamente lejos, y lo simple y necesario me resulta más difícil que a los demás; cierto es que mi mente perezosa alcanza a anotar y valorar tanto un esfuerzo tenso como un rápido vuelo involuntario, exageradamente largo.

Pero habiendo comprendido lo que me depara el destino, monótonamente aburrido, que constantemente me aleja de la victoria y de la felicidad, no puedo dejar de recordar las discrepancias que este encierra, los intentos de levantarme y animarme, y sin querer comparo —según una nueva costumbre vehemente— mis más y mis menos, y con una curiosidad mórbida observo de qué manera tan lenta se desvanece dentro de mí ese hombre digno y enamorado que otrora fui, cuando me veía regularmente con Liolia, por quien engañé y luché, ese hombre que ahora otro sustituye, ordinario, tranquilo, displicente y que no siente ningún apego por nada. Esa desaparición ocurre casi imperceptiblemente, y solo algunas cosas insignificantes y ridículas me la recuerdan —el primer corte de pelo después de la marcha de Liolia, unos guantes nuevos en lugar de aquellos otros rotos que ella se había negado a coser—, un ingenuo sentimiento de duelo por lo que viví y me conectaba con ella, inesperado y amargo, como una segunda separación. Después de esta separación definitiva, desprovisto por completo de dignidad, me traslado a la zona más ignominiosa de las comparaciones, donde lo supuesto, lo imaginado y lo real, intencionada e innecesariamente, se funden en una sola cosa: me imagino «allí» a Liolia y a Serguéi N., mientras que yo, solitario, me imagino aquí, y me duele (mejor dicho, me resulta doloroso y grato) comparar lo que tan injustamente nos ha tocado: la preocupación de Liolia por Serguéi N. y mi indiferencia por todo. La seguridad de Liolia y mis celos, su despreocupación y mis eternas búsquedas, nuestras noches tan distintas, la clamorosa desigualdad entre el éxito y el fracaso desesperado. Al mismo tiempo (por abrumador que me resulte imaginar sus encuentros y su indudable intimidad), mi vanidad requiere —en aras de un triunfo futuro ante Liolia— que cada una de mis suposiciones se revele precisa y verdadera; para ello calculo, intento no olvidar y me muestro dispuesto a tramar lo que sea con tal de demostrar mi verdad, y no será esa la primera vez que intente reforzar la ineptitud de adivinar mediante conjeturas, tan necesarias para consumar mi posición interior.

Ese posicionamiento me exige cierta proximidad con la vida real, no solo mediante conjeturas, como hacen los demás, sino a través de una participación activa, y en más de una ocasión estas exigencias y la manera de satisfacerlas me han parecido excesivas y contradictorias: he empezado a reflexionar sobre Liolia (no sobre mis embozados sentimientos), sobre su responsabilidad, de la cual solo me permití escribir después de esa noche terrible en el bistró, cuando comprendí que nunca me querría, aunque en un primer momento —e inesperadamente— me sintiera más cerca de ella. Es verdad que nuestra aproximación fue desapasionada, tranquila; Liolia, cansada y fría, me despidió con prisas, casi empujándome, excusándose en lo tardío de la hora; debería haberme marchado derrotado y ofendido, pero en realidad estaba relajado y contento como nunca: se había logrado algo innegable, algo que se consideraba importante, un milagro, algo que no me podían arrebatar y, finalmente, me libré de la vaguedad de ficciones y suposiciones, la desconfianza que me inspiraban, y me encontré frente a la probada, incontestable, pura y dura realidad. Ahora podía esperar la favorable igualdad de mi platónica amistad con Liolia (no la equidad del amor, que no se puede tomar por la fuerza, sino la de unas conversaciones confiadas, honestas y amistosas), y con una impaciencia contenida, sin torpezas ni enfados —como si toda incertidumbre romántica hubiera desaparecido—, me preparé para un nuevo encuentro, y no puedo pensar en ningún otro caso en el que reunirse después de los momentos de intimidad haya resultado tan indiferente, como este anterior, sin el menor cambio. Entonces comenzó un periodo de obsesión dolorosa, de continuas conjeturas sobre la disposición de Liolia hacia mí—ayer, hoy, ahora—, sobre las nuevas y antiguas señales con las que lo reconocería, y ya no pude reflexionar sobre mí mismo del modo habitual, pausada y cómodamente; dejé de anotar lo que observaba y solo me aferraba ciegamente a algo completamente accidental, siempre distinto, buscando consuelo sin encontrarlo, procurando al menos una relativa tranquilidad de espíritu.

22 de junio

Por las tardes suele visitar a los Wilczewski una mujer joven, Ida Ivánovna Z., que por lo visto es alemana, de Riga, y que ha vivido mucho tiempo como refugiada en Moscú, luego en Berlín y en París, y todo en ella está tan mezclado que es difícil determinar su origen y la secuencia de sus sucesivas andanzas, como si careciera de nacionalidad, un caso que no es excepcional entre los rusos expatriados, en especial entre las mujeres. Tiene un taller de sombreros, abierto con sus últimos ahorros o con dinero prestado, que

le reporta beneficios, sobre lo cual los Wilczewski hablan con profundo respeto, e incluso el viejo Wilczewski mantiene con ella interminables conversaciones (como hace con todos los invitados que se dedican a los negocios) acerca de la manera de «ampliar el negocio» con ayuda de uno de los bancos donde él tiene «contactos», acerca de la participación de Zinka (en otros casos propone la participación de Bobka), pero Ida Ivánovna insiste con prudencia y delicadeza en que contribuyan con dinero en efectivo, un dinero que, por lo visto, los Wilczewski no tienen. Mientras tanto, la pobre Zinka aprende a confeccionar sombreros y se muestra agradecida con su padre por sus constantes preocupaciones.

Ida Ivánovna es tan discreta que pasa desapercibida, contesta a las preguntas con amabilidad y en voz muy baja, y nunca es la primera en hablar, lo cual no se corresponde demasiado con su apariencia, provocadora, fuerte y con un deje animal. Cuando entras en la pequeña sala de los Wilczewski, Ida Ivánovna siempre aparece sentada en una butaca en un rincón, con una postura forzada e incómoda: la cabeza inclinada hacia delante, las manos en el regazo, las piernas entrecruzadas, algo ensanchada la de encima, aplanada, la otra debajo doblada y redonda, y eso, como todo lo demás en ella, ofrece la impresión de una salud vigorosa, robusta, de algo opulento y tentador. Tiene unas manos masculinas y muy grandes, disimuladas por la manicura y por su palidez; me gusta la manera que tiene de estrechar la mano: suave, tranquila, honesta. Cuando Ida Ivánovna se pone de pie, erguida, se convierte enseguida en otra persona: como si se liberara de la obligación de comportarse en sociedad, como si algo la atrajera hacia delante, y resulta más alta de lo que uno podría pensar: todas las personas que tienen las piernas largas parecen más bajas de lo que realmente son cuando están sentadas. A mí, Ida Ivánovna no me parece más amable ni más atractiva que otras visitas habituales de los Wilczewski: no hay nada en ella que me pueda emocionar o perturbar, pero sin Liolia, después de Liolia, aunque no esté buscando a una sustituía capaz de emocionarme, de perturbarme, siempre estoy dispuesto a emocionarme con los encantos de una mujer, especialmente si se parece a Liolia y prolonga el encanto de esta, refrescándolo, conservándolo en mi memoria. En esa mujer esbelta, pesada y torpe parecen combinarse los contrarios: tiene una nariz ancha, con un ángulo enérgico, unos labios suaves, gruesos, algo hinchados, un rostro ancho y simple de pómulos marcados y una tez clara y agradable, muy blanca y tan suave como si acabara de salir del baño. Pero no encuentro en Ida Ivánovna nada «para mí», no le dedico ni un pensamiento, después de nuestros encuentros casuales en casa de los Wilczewski no permanece en mi recuerdo, aunque me doy cuenta de que esos encuentros esporádicos me alegran, los destaco y a

menudo —en medio del silencio o en plena conversación con cualquiera— examino sus encantos, que poseen cierta fuerza, con esa desvergonzada impudicia sin ceremonia capaz de penetrar en cualquier hombre que haya vivido mucho tiempo en París y que a ninguna parisina ofende.

Lo mejor de todo fue —como es habitual en mí— la ausencia de toda obligación de actuar, la tibieza de la situación, el hecho de que Ida Ivánovna no podía dejar de notar y de sentir mi mirada insistente, aunque no lo manifestara, aunque no intentara eludirme y solo se ajustara cuidadosamente la falda, que ya estaba por debajo de la rodilla, una modestia rara en una mujer con unas piernas tan esbeltas y favorables como las suyas.

Esta relación no vinculante, agradable y que tanto me convenía se interrumpió de manera inesperada, pero no por mi culpa: hace unos días, Ida Ivánovna se había dirigido a mí por primera vez en casa de los Wilczewski (cuando habla lo hace sin cambiar su habitual pose forzada, limitándose a mirar directamente al interlocutor con esos ojos amarillentos y vacíos, que parecen inmóviles) y me empezó a preguntar sobre un asunto que, al parecer, le preocupaba:

—Dicen que es usted todo un hombre de negocios. Mi comptable es un simple incompetente y mis cuentas están hechas un desastre. ¿Cree que podría usted aconsejarme al respecto?

—Me resultaría difícil aconsejarle así de golpe, antes debería ver sus cuentas.

—Si encontrara usted, y por supuesto no ha de ser mañana ni tampoco esta semana, algún hueco en su tiempo libre, me haría un gran favor. Venga a verme, por favor. Le estaré muy agradecida. Simplemente, ya no sé qué hacer.

—¿Y por qué dejarlo para más adelante? Estaré encantado de ir a verla mañana mismo.

La invitación de Ida Ivánovna me puso en acción; como si le hubiera hecho una promesa, de pronto me pareció imposible dejarlo para el futuro. Es probable que nunca llegue a saber si aquello fue un pretexto por su parte, un «avance» (palabra habitual en mis días de estudiante), o si Ida Ivánovna realmente había oído hablar de mí y necesitaba mi ayuda (igual que muchas de esas personas que se observan constantemente a sí mismas, me olvido por completo de lo que puedan decir de mí en mi ausencia y de lo simples e insustanciales que pueden resultar las conclusiones extraíbles de esas conversaciones).

En cualquier caso, con tal de ayudarla, por un sencillo acto de cortesía, me preparé para algo alegre y ya desde la mañana, cuando me desperté y como siempre comprendí inequívocamente cuál era mi estado de ánimo y cuál era el principal acontecimiento del día que

tenía por delante, enseguida, sonriendo para mis adentros, pensé en Ida Ivánovna.

Escogí—no sin malicia— la hora aproximada en la que cierran todos los negocios, confiando en que los empleados y las sombrereras se marcharían cuando yo llegara, y pasaría a las habitaciones privadas de la dueña, situadas en el mismo taller (algo que los Wilczewski mencionaron en una ocasión y que yo había registrado de manera semiconsciente). Mi primera impresión del taller fueron los ágiles brazos desnudos de las jóvenes trabajadoras, elegantes, alegres y despreocupadas, al estilo de París, entre las cuales destacaba la dueña, que se imponía sobre ellas —uno diría que se trataba de una prima donna de ópera— debido a su altura y apariencia poderosa, y sin embargo permanecía (como en su modesto rincón en casa de los Wilczewski) callada y a la expectativa, algo desconcertada y turbada. También ella tenía los brazos descubiertos hasta los hombros: fuertes, esbeltos, tan suaves al tacto que deseé poder tocarlos y acariciarlos cuanto antes.

Sucedió exactamente lo que yo había esperado, mejor dicho, o que había calculado y planeado —por experiencia, hace tiempo que sé que no me está reservado el éxito fácil, que para ello debo propiciar los acontecimientos y manipular la suerte—, e Ida Ivánovna, como si estuviera ejecutando mis propios planes, me pidió que esperara a que las empleadas se marcharan, y luego me condujo a su pulcro comedor, donde, tras algunos discretos esfuerzos, me ofreció té con confitura —à la russe— acompañado de licores franceses de distintos colores en unas brillantes jarras de cristal.

Inmediatamente después del té nos pusimos a examinar los libros de contabilidad; una vez superada la pereza inicial, puedo transportarme al necesario estado de esfuerzo intenso que se requiere para el trabajo y permanecer así un buen rato, mientras reprimo el deseo impaciente de regresar a la anterior ociosidad perezosa, y entonces (en la medida en que esto es posible) me sumerjo en el trabajo que se me ha asignado, luego —por suerte, gracias a los elogios, como un alumno excelente y esforzado— me inspiro y, a menudo impaciente a la vez que concentrado, consigo más de lo que deseaba o cabía esperar. Con cierto orgullo y satisfacción descubrí en las cuentas unos errores evidentes, pero lo más importante es que pude cerrar el balance del año anterior. Ida Ivánovna trató de explicarme muchas cosas que al principio no comprendí, remontándose muy lejos y en un tono inseguro, pero con tanta sensatez, con una exposición tan ingenua de sus aventuras comerciales, sorprendentes a mi parecer, que sentí lástima por ella, por su escaso éxito, hasta tal punto que mis propios asuntos me parecieron de un amateurismo indigno. Tras una hora y media de

trabajo, Ida Ivánovna, agradecida y claramente envalentonada por mi exitosa colaboración, me propuso que siguiera trabajando yo solo mientras ella traía «algo de comer».

—Me sentiré ofendida si no se queda.

Trajo vodka, coñac, caviar caro y ensaladas, y al mirar la mesa, preparada con todos aquellos artículos tentadores, me quedé sorprendido, sentí un escalofrío, como si me despertara de un extenso letargo, de una larga tensión, y celebrando que el aburrimiento y el trabajo quedaban atrás, que ahora llegaba por fin la recompensa, merecida, alegre, las incontables posibilidades; la cena tuvo lugar y luego dichas posibilidades incontables, y empecé a sentirme la mar de bien, sentí que renacía de golpe, como si no hubiera existido nunca el abandono de las últimas semanas, aferrado al pasado, al espectro de Liolia, tampoco la constante melancolía de mirar al pasado, y me embargó esa inesperada alegría primaria e infantil que nos hace pegar un salto y salir corriendo, esa alegría que llamamos gratuita y cuya causa no es difícil descubrir: la llegada de alguien, la recuperación de la propia salud, una satisfacción inminente, el cálido sol de primavera. Ida Ivánovna se cambió de ropa inesperadamente y entró en la sala resplandeciente, fresca, con el pretexto alentador y poco sincero de haber tenido que dejar irse a la sirvienta y que, en lugar de la cena, habría «un modesto y frío refrigerio». Embriagado desde antes de beber el vodka, miraba a Ida Ivánovna, no como en casa de los Wilczewski, sino ya con la espera manifiesta y segura de su respuesta, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en que ella entraría en ese juego (reconozco que en casos así muestro una sonrisa odiosa y triunfal, que no sé reprimir). Para mi sorpresa, Ida Ivánovna mantenía una cierta discreción contemplativa, una cierta dignidad inoportuna; la verdad es que ya no había resistencia, pero esa dignidad intempestiva limitaba mi desenfreno, en definitiva, me impedía desprenderme de todo lo humano y escrupuloso, considerar que todos mis deseos —hasta el más increíblemente vergonzoso— eran inmediatamente realizables y serían bien recibidos; en pocas palabras, detuvo mi vehemente grosería, que siempre necesita de un consentimiento cómplice, como un ladrón, y animó mi alegre embriaguez, me ayudó, inspirándome. El vodka, el denso vino tinto, los licores, todo ello fue cobrándose su tributo poco a poco, pero en esa borrachera (que no era solitaria, en la que no había desesperación ni expectativa) había para mí una belleza que no es comparable con nada y, diría, una ventaja indudable: no solo ahuyentaba el recuerdo de mí mismo, la sensación constante de mi propia realidad, la desconfianza inquisitiva frente a todo, sino que también ahuyentaba la percepción de incomodidad de las situaciones externas así como de todas las intimidades, de toda proximidad molesta. De haber estado

sobrio no hubiera podido ignorar que Ida Ivánovna y yo hacemos una pareja absurda, que ella es alta, fuerte, ya no es joven y posee una cierta melancolía bovina, mientras que yo parezco un chiquillo y debo o quiero parecer ridículo y hosco, que somos irremediablemente extraños el uno para el otro, y que simplemente no podemos estar juntos; debería haberme avergonzado de mi tono de camaradería o de casi enamoramiento, pero —después de todo lo que había bebido— ya no me quedaba ni un atisbo de vergüenza, ningún impedimento, y no recuerdo cómo terminamos en el dormitorio, en una cama amplia de dos almohadas, y cómo yo, cálida y cómodamente acurrucado contra Ida Ivánovna, la rozaba con los labios entreabiertos y le besaba el hombro suave, que se iba revelando gradualmente y quedó de pronto liberado, como una concentración viva y aislada de luz cegadora y calor. Asiendo sus dedos obedientes, excesivamente grandes y fuertes, y su palma cuasi ingrávida, acariciaba cuidadosamente mis propias mejillas (contento de haber acertado a afeitarme) y me deleitaba con la seguridad de esas escasas horas y, de manera diferente —apenas perceptible y convincente—, con la posibilidad de tener un apoyo. Inesperadamente, Ida Ivánovna se liberó y, con una mirada especial —de ojos turbios y húmedos, voluptuosa, cruel casi—, finalmente convertida toda ella en mi cómplice descarada, dijo con voz insinuante y calmada: «Un momento, por favor», y salió sin ninguna prisa.

Al cabo de unos minutos abandonó la sala de baño (evitando cuidadosamente las otras habitaciones), corrió las cortinas con lentitud, y adoptó una actitud conmovedora, casi teatral, con la que se inclinó hacia delante, ocultando por alguna razón la cara entre las manos, completamente desnuda, más esbelta y delgada de lo que yo la suponía, fausse fort, por ponerle un nombre. Luego, con un movimiento extrañamente solemne, giró el interruptor, dejando apenas el reflejo de la luz del baño, y vino hacia mí, callada, sin rastro de su sonrisa, de un modo inexplicable. Fue la primera en abrazarme con fuerza —casi no me dejaba respirar—, pero yo (por intuición masculina o experiencia) intenté apartarla, dominarla, rendirla y, una vez demostrada mi fría superioridad, la abracé tierna y fuertemente, sin moverme, como si estuviese descansando, como si me compadeciera de su cansancio, disfrutando de la prodigiosa unión, del evidente poder mágico del abrazo, que siempre me atrapa hasta sobresaltarme.

Como suele pasar en momentos semejantes, pude pensar con libertad, aunque confusamente, y por mi cabeza cruzó un relámpago de desconcierto: ¿por qué con Liolia no me había sentido seguro de un modo así de impecable? Igual de sorprendente me parecía la conclusión lógica de que el amor no se encuentra en una mera «unión»

carnal o sentimental, que incluso a menudo es incompatible con ella. Perturbado por el recuerdo de Liolia, sucumbiendo a viejos agravios, pensé (como pensaba antes) que la fuente de mi constante y comprensible amargura era su rechazo, y fue en ese preciso momento cuando Ida Ivánovna mencionó a Liolia por primera vez, algo celosa, y entonces pu-de advertir el peligro del desinhibido retorno de mi dolor constante por ella, así que descarté de inmediato esos pensamientos nítidos y dolorosos y la correspondiente conversación innecesaria, como si me encogiera de hombros enfadado. No obstante, vino a mezclarse con mi satisfacción una ligera amargura, demasiado insignificante para estropearla, pero suficiente para intensificarla, y el placer, complicado por la amargura, se tornó sutil y cruelmente encantador. Sin embargo, una vez recobrado el control y ya recuperado de la borrachera, me entraron ganas de salir corriendo (no como hacía con Liolia): la huida después de la intimidad es una prueba inequívoca de la ausencia de amor, y empecé a convencer a Ida Ivánovna de que no podría levantarme por la mañana, que temía «comprometerla», y que los Wilczewski podrían mostrar algún recelo, y la pobre Ida Ivánovna, asustada, aturdida, terminó por echarme ella misma.

—Lástima, pensé que se quedaría hasta la mañana. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Verá…, la llamaré por teléfono, si me lo permite.

23 de junio

Ayer no tuve la suficiente fortaleza mental, simplemente fui demasiado perezoso para hacer el esfuerzo necesario para describir todo lo que había sucedido, lo que había sentido después de la noche con Ida Ivánovna. Salí de su casa y la olvidé en el acto, vagamente consciente de cierto triunfo engreído y alegrándome de no haber optado por comprometerme, de no haberme expuesto a un nuevo encuentro con ella, alegre por la libertad y el inminente sueño sin trabas que tenía por delante. Aún era temprano, el calor era balsámico, como en verano; había gente que caminaba sin prisa, disfrutando del tiempo libre en su humilde paseo por la ciudad, solitarios y trasnochadores como yo, y de los bancos escondidos en la oscuridad surgían parejas de enamorados, congelados en un feliz éxtasis (siempre me sorprendo de cuántas parejas felizmente enamoradas hay, cuántas manifestaciones evidentes de amor cumplido, hasta qué punto eso a mí me ocurre poco y hasta qué punto mis experiencias, aunque sean escasas, me parecen incomparablemente más elevadas y proyectan un resplandor sobre mis otros días, normales, sin lustre). Mientras seguía maravillándome con

la alegría de las parejas nocturnas, sin sentir ninguna envidia, no podía evitar pensar en Liolia y forzosamente me imaginaba con ella, y ese pedacito de naturaleza que se muestra y se distingue en París —una vegetación oscura y frondosa, algunas franjas de cielo entre tejados y árboles, un espacio deslucido, benefactor, tal vez lejano y temible, y un calor casi vivo, acariciante, que nos envolvía con suavidad—, ese pedacito de naturaleza recreaba otra naturaleza real, desbordante de amor y tan poderosa que era imposible no someterse a ella y necesariamente te obligaba, con sumisión y docilidad, a amar y ser amado tiernamente. Mis sentimientos por Liolia se inflamaron al instante hasta el infinito y me obligaron, sin considerar siquiera una negativa, a desear ardientemente la única encarnación posible: una carta. Fue pensar en ello y trasladarme en el acto a un ámbito de sobras conocido (la angustiosa espera de la correspondencia), lo reconocí inmediatamente por las viejas huellas y me puse a recrearlo, hasta que tropecé con algo nuevo, una situación en la que no me había encontrado antes: por primera vez no había ido a casa en todo un día, es decir, se habían producido tres entregas y, por tanto, el triple de las oportunidades habituales de recibir una carta, pero, además, había «traicionado» a Liolia con alguien, igual que ella me había traicionado a mí, estábamos «en paz», y hoy por fin leería la esperada y necesaria carta de Liolia en igualdad de condiciones.

Ha ocurrido el milagro de la coincidencia, como si el destino hubiera empezado a empujarme hacia el éxito y la acción, a demostrar que sí es posible lograr algo, y no me sorprendió tanto la llegada de la carta como otra coincidencia anterior: que Ida Ivánovna, como si se tratara de una respuesta a mis pensamientos fugaces sobre Liolia, la mencionara de repente.

Estuve examinando el sobre y el remitente, como si se tratara de un regalo precioso (por fin recibido y por ello menos valorado), y como un niño mimado me compadecí de mí mismo y de mis regresos a casa —de los que habían tenido lugar y de los muchos que les seguirían—, cuando no habría una carta esperándome, y por eso, sin prisas, sin hacer conjeturas sobre el contenido y el tono, reprimiendo la emoción, rasgué el sobre: Liolia escribía con franqueza, un poco exaltada, y enseguida comprendí que no lo hacía por obligación, sino porque quería decir muchas cosas, como si quisiera contar conmigo de nuevo. Contra todo pronóstico, la carta no procedía de Berlín. Serguéi N. había invitado a Liolia y a Katerina Viktórovna a W., cerca de Dresde, y las había instalado en una pequeña villa, mientras que él se alojaba en una pensión. Liolia no ocultaba su decepción. Siempre he admirado la valentía de sus confesiones, la capacidad de dominar, de vencer, la autoestima, y, sin un excesivo u ostentoso acto de autohumillación, contar la verdad. Estas eran sus palabras: «Serguéi y

yo no podemos estar a solas, la tía Katia está con nosotros constantemente, y por la noche, después de algo de música, Serguéi me envía a casa, para evitar cualquier malentendido delante de ella. Me parece que lo ha organizado así a propósito. De hecho, me trata como el día que rompimos, pero ni entonces ni ahora estoy segura de que no me ame. Imagínese, le pregunté por qué nos separamos e incluso intenté incitarle a sincerarse hablando de arte, de la necesidad de libertad y su sacrificio de entonces, pero cambió de tema disgustado. ¿Es posible que nunca llegue a saberlo?». En la carta de Liolia no solo capté decepción por la actitud de Serguéi N. con ella, sino también por él, y, debido a mi costumbre de hacer conjeturas y generalizaciones frívolas sobre cualquier cosa, concluí de inmediato que Serguéi N. lamentaba el fracaso con Liolia y que con la ayuda de Katerina Viktórovna intentaba protegerse de toda preocupación o tentación. Tan pronto como llegué a la conclusión de que de alguna manera Liolia quería «contar» conmigo, y que Serguéi N. «había fracasado», recuperé una calma inmóvil, y nada de lo que esta pudiera decir o hacer me causaría en adelante dolor, ningún recuerdo hiriente, artificialmente convocado, exagerado, doloroso para mí. Este contradictorio rasgo humano, extraño, que hace tiempo había advertido —atraer la atención por medio de la indiferencia y repelerla con muestras de amabilidad y ardor—, existe no solo en el amor, donde resulta indiscutible, sino también en las demás relaciones humanas, y a menudo en la política, en el arte, incluso en los negocios, la gente próspera es aquella que es indiferente o finge indiferencia por su oficio. Esta característica general e incomprensible ofende —sobre todo en los asuntos amorosos— mi, quizá, ingenua tendencia a la perfección, a la amabilidad incorruptible y transparente, a la reticencia a jugar, y me consuelo con la idea de que existe un grado de amor superior, donde esta característica desaparece; nosotros, gente sin Dios y sin fe, necesitamos imaginar algo visiblemente vivo para poder investirlo de divinidad, de suma perfección, y así consagramos inconscientemente esos escasos días y horas de separación amorosa, sobre los que escribimos y hablamos como suelen hacer los creyentes en sus horas de plegaria. Sin embargo, al recordar con toda la escrupulosidad posible mi experiencia de esos días, sorprendentes e irrepetibles, no me parece captar en ellos esa extraña característica, no percibo ese tira y afloja de lo contradictorio —que, efectivamente, sigue su curso y desaparece —, y tal vez no me imagino ese grado superior del amor —desprovisto de humillantes debilidades humanas— ni me consuela, y hablo de consuelo con relación a la habitual desconfianza que siento por mis exaltaciones.

No quise seguir pensando en Liolia, y así mi atención obsesiva se

trasladó a Serguéi N., cuyo destino se parecía al mío y de pronto me pareció más cercano que mis sentimientos desperdiciados por Liolia, que habían cedido terreno y perdido coloración. Siempre me asombran semejantes milagros de pérdida temporal o final definitivo de un sentimiento verdadero aparentemente fuerte, como si fuera un tipo de imperfección especialmente trágico, como si se tratara de una nueva demostración de nuestra cruel inestabilidad. Intento desentrañar su sentido y explicármelo, pero me temo que mi comprensión es simplista y demasiado arbitraria: imagino el amor como el desarrollo de una ambición terca, básica y necesariamente conmovedora, que constituye la esencia, el sentido absoluto, la «idea» de una determinada relación amorosa, que se destruye cuando esa misma ambición desaparece: la ambición, la «idea», el sentido de mi primer amor por Liolia era la firme convicción en su apoyo benévolo, en nuestro refuerzo mutuo, natural en las personas que han sufrido mucho y por ello se comprenden; luego surgió otra «idea» (muy diferente a la anterior), que se volvió habitual en mí y cómoda sin advertirlo, un particular abandono voluptuoso, un resentimiento por la preferencia por Serguéi N., pero ahora mi habitual y dulce resentimiento se ha visto interrumpido por la inesperada y amable carta de Liolia, sin que nada haya sabido reemplazarlo. Aún he de encontrar dentro de mí el eco espiritual de esos pensamientos artificiales por Liolia; sin embargo, he comprendido, he reconocido sencillamente en Serguéi N. mis largas e inmerecidamente defraudadas expectativas: nunca antes había vivido una situación tan similar; en algún momento había envidiado la intimidad que durante cinco años este había tenido con Liolia, luego —no sin condescendencia— me consideré su feliz heredero, pero solo ahora, después de esta carta, me domina la compasión, una curiosidad ardiente que surge por una especie de diabólica afinidad para con el rival, la posibilidad de ponerme de acuerdo con él como con nadie más lo he hecho. Durante mucho tiempo no vi en Serguéi N. a un rival por quien sentir curiosidad y compartir una cierta afinidad porque no lo había conocido y no hubo con él una confrontación evidente, porque no me ataban a él unos celos odiosos y puntillosos o el perdón posterior y la calma de la victoria, pero ayer de golpe se me reveló nuestra afinidad triste y cercana, y enseguida, tras ese momento de cercanía, surgió la compasión (la misma que sentí por mí): desenfrenado e incontinente, me inventaba conversaciones interminables llenas de admiración mutua, cuya base era la desesperación, mitigada por una profundidad espiritual, idéntica en cada uno de nosotros.

Estas conversaciones imaginarias, la posibilidad de ese encuentro, me parecían muy agradables, puesto que con Serguéi N. había tenido

siempre una relación completamente singular (todo lo que había oído o conocía de él me llegaba por Liolia): la devoción medio enamorada, que tan fácilmente experimentamos por aquellos a quienes obedecemos o estamos obligados a obedecer (o a los que quisiéramos obedecer), y que normalmente no nos tienen en cuenta. Por supuesto, esta devoción ilimitada no es en absoluto obligatoria (suele ser lo contrario), pero precisamente sirve como pretexto, mejor dicho, como base de muchos de nuestros movimientos anímicos, que nos dirigen hacia alguien fuerte y en cierto modo indiscutiblemente homogéneo: una lealtad perruna hacia la mano que nos rechaza, la bendición de un verdugo que no se preocupa por nosotros, la confesión (imaginaria) del delincuente ante el juez, que es justo y «lo entiende todo», la despersonalización de los buenos soldados (que parecen disolverse en el «padre-comandante»), la confianza de los estudiantes en la sabiduría del maestro predilecto, la adoración al soberano, a veces incluso a aristócratas y potentados, de donde proceden la lealtad abnegada y el esnobismo: ejemplos al azar de la encarnación de una devoción ciega, y es incomparablemente cautivador para cualquiera de nosotros imaginar una recompensa y alabanza dignas por tanta devoción desmedida, por todos nuestros esfuerzos y penurias. En mí se unen este seudoamor entregado —nacido de una descarada presunción latente—y la esperanza loca de que finalmente se reconozca mi exaltada igualdad con un gran ser humano, de quien soy devoto, mi merecida y justa superioridad: cuando solía imaginarme conversando con Serguéi N., precisamente tenía que enfrentarme a la presencia sin vida del triunfo, por no haberlo jamás alcanzado, pero ahora esa equiparación me resulta procedente de un modo trepidante (es probable que sea así la emoción que experimenta un comandante militar en la víspera de una batalla que sabe que tiene ganada: nada por ahora, y en breve, la gloria). La semejanza inequívoca con Serguéi N. se me hace más clara y evidente: ambos hemos elegido a Liolia, ambos la hemos perdido y con idéntica resignación hemos sufrido esa pérdida irreparable, poseemos la misma experiencia y hemos sacado las mismas conclusiones, ocultas a ojos de los demás, comprensibles para ambos, igualmente heroicas.

Aún hay otro rasgo destacado (al menos en mi imaginación) que nos une a los dos: me conmueven, en mí y en los demás, los sentimientos inquebrantables, duraderos, todo aquello que ilumina el paso de los años, y cuán placentero es que todas las cosas que considero importantes se consuman lentamente y duren tanto: es el caso de mi novela imaginada desde la infancia, con los mismos personajes y relaciones, mi interminable y paciente espera por Liolia, finalmente coronada por el amor (no al mismo nivel del amor obstinado de Serguéi N. por ella, que se mantiene después de su

ruptura, después del matrimonio de Liolia, después de haber pasado del anonimato a la fama y el reconocimiento, algo que en un individuo puede alterarlo todo). Su amor era tan perfecto que, por lo visto, el rechazo actual (firmemente instituido por mí) no ha conseguido mermarlo, pero ese rechazo de pronto me parece —por supuesto, desde aquí, desde lejos— no como el mío, que siempre fue cobarde, regido por el dolor de la humillación, sino sublime y trágico de algún modo —cosa que a mí me hubiera venido maravillosamente bien—, y ahora, con mayor dignidad y más tranquilo, veo de nuevo mi pasado reciente y me siento abocado a un futuro valioso y experimentado. De este modo, de Serguéi N. paso a Liolia, a nosotros dos, y de nuevo solamente albergo un deseo, apasionado, inalcanzable y modesto: contemplarla a ella de inmediato, saciarme con su presencia.

26 de junio

Hasta recibir la carta de Liolia pensaba, después de todas mis interpelaciones a un vacío sin respuesta, que sería para mí una fiesta el contestarle. Pero inesperadamente me ha quedado claro que también me da pereza completar las cuatro hojas obligatorias, que también debo esforzarme, como ante cualquier otro trabajo que forzosamente me salga al paso: está claro que hay algo persistente en la redescubierta, desalentadora semiconfianza en Liolia, pero lo más importante es que el día entero está repleto de pequeños acontecimientos bastante agradables que me distraen: ayer concluí con relativa facilidad un asunto complejo y relevante y aún sigo asombrado por el dinero, las adquisiciones, la garantía de un bienestar material, las jugosas expectativas de futuro. Extrañamente, en una época como esta, que exige franqueza, amistosa sinceridad efusiva, puedo darme por satisfecho conmigo mismo y con mis interlocutores casuales y compañeros de botella. De esta manera, no hago ninguna exhibición de vanidad, ni adopto la pose habitual de triunfo brillante o triste resignación: seguramente, mi base espiritual está por encima de eso, más allá del éxito o el fracaso en los negocios.

Ayer mismo, poco antes de la noche —después de dos días solitarios sin obligaciones que justificaran mi pereza—, comprendí de pronto que ya no podía seguir posponiendo la respuesta, y me obligué a escribir una carta lo más detallada posible. Sin embargo, enseguida me dejé llevar y la misiva se convirtió en un texto emotivo: finalmente pude satisfacer los agravios no olvidados, trasladando a la realidad la larga querella con Liolia, hasta entonces imaginada y sin propósito. Lo que quería en realidad (descaradamente, digamos) era herir a Liolia, acabar mi escrito con una advertencia implacable, de forma amistosa,

por supuesto: que, en una situación como la suya con Serguéi N., tan patentemente absurda y desesperada, no se puede permanecer ligado a la fuerza, no se puede ser económicamente dependiente y no buscar una salida. En esencia, me enfurecía pensar que Liolia me había sacrificado a causa de esta situación, y a mí me correspondía contraatacar con palabras honradas y valerosas, luchar, asumiendo yo solo toda la responsabilidad por los reproches, pero, por cautela, o por una delicadeza fingida, preferí valerme de otra estratagema, muy típica, que consiste en apoyarse en una opinión ajena, supuesta o inventada y, bajo su protección, expresar todo lo ponzoñoso, peligroso y malicioso que, de otra manera, no podría ni decir ni escribir (una fórmula habitual: soy una persona tolerante, paciente y con amplitud de miras, pero pensad en vuestros padres —o, según el caso, en amigos, críticos o jurados—: no estarán de acuerdo y objetarán que…). Invoqué la indudable objeción de Katerina Viktórovna: «Pobre mujer, me imagino cuán incómoda debe de sentirse y qué desagradable le debe de resultar ser testigo de vuestras relaciones y participar involuntariamente en ellas, con su sentido de independencia y sus conceptos anticuados». Escribí comedidamente sobre mi insatisfacción —que no puedo juzgar a distancia, que había decidido desde el mismo día de su partida no interferir, que confío en las decisiones afortunadas de su mente sensata en los momentos difíciles — y en pocas palabras describí mi rutina; de hecho, como suele suceder, solamente le recordé lo más destacado, los últimos sucesos: «No veo a nadie y no quiero ver a nadie, nunca me aburro estando solo. Los Wilczewski, a quienes hace mucho que no he visitado, han sido en todo momento muy buenos y amables. ¿Cree usted que debería cortejar a Zinka? Es muy atenta conmigo y ella sí se aburre sola».

No comprendo por qué hice esa insinuación algo vanidosa y falsa, para fastidiar a Liolia o por cualquier otra causa oculta: tengo la extraña costumbre, por lo que se refiere a mis afirmaciones, de no «inventar» nunca (a no ser, por supuesto, que estas afirmaciones sean una mentira deliberada); cada «invención», cada afirmación desesperadamente arrojada sobre uno mismo, hay que lamentarla después, y quisiera uno destruirla y retirarla, pero finalmente se convierte en verdad, como si la vida le proporcionase el material que le falta, salvando mi precaria honestidad, o como si pudiera ver mucho de lo que no alcanza mi insuficientemente atenta conciencia, como si se me negara con la sola intención de revelarlo después en mis propias palabras, aparentemente tan ajenas. Todo esto lo recordé a raíz de la mención de Zinka, una alusión arbitraria y que, como siempre, demostró ser cierta.

Últimamente (como le escribí a Liolia) no he ido ni un solo día a

visitar a los Wilczewski, por temor a encontrarme con Ida Ivánovna: mi relación con ella no es nada honorable ni caballerosa, como lo fue mi relación con Liolia, por lo menos en mis ingenuas fantasías, como lo es con cualquier otra mujer. Es cierto que a veces —en especial de noche, cuando lamento mi soledad y me persiguen las visiones de Ida Ivánovna tal y como la viera en aquella noche de ebriedad— quiero estar con ella, de nuevo sumisa y entregada, solos los dos, pero por la mañana ese deseo desaparece sin dejar huella: a la luz del día, en público y en medio del trabajo invariablemente debe imponerse la conciencia sobria, ya adivinada, de nuestra incompatibilidad, la necesidad de esconder nuestra intimidad vergonzosa; si pudiéramos encontrarnos para una gratificación inmediata, sin prolegómenos aburridos y poco sinceros («cual animales», como despectivamente lo tildan las madres, cuando por primera vez sus hijos sienten curiosidad por el amor), cuántas relaciones largas y firmes habría, y cuánta dignidad femenina sería respetada. Pero estos obligados prolegómenos y demostraciones de intimidad sencillamente me resultan insoportables (o bien busco en vano esa intimidad por algún innato sentido de la caballerosidad) con una mujer de la que me siento emocionalmente alejado, pospongo la prometida llamada telefónica y el calculado encuentro casual, llevando mi evasión al desafío, hasta el punto de que sea imposible remediar un poco la situación y emprender algo sin una irrupción accidental. Una irrupción accidental necesaria que, inesperadamente, resultó ser la de Bobka.

Llegó en el momento en que yo releía mi (por lo menos en apariencia) escrupulosamente honesta y (esencialmente) vindicativa carta a Liolia. Mientras yo asentía manifestando mi aprobación de la misiva, él empezó a reconvenirme de manera amistosa por la poca atención que les había dedicado últimamente.

—Es un poco raro de tu parte que no te dejes ver. Zinka está enfadada y me ha pedido que te haga venir sin falta. ¿Qué tal por aquí, por cierto? ¿Has estado trabajando todo este tiempo?

Distraídamente, examiné su corbata veraniega, ligera, anudada de cualquier manera, pero sin ninguna arruga, la camisa de seda de color pastel y el traje holgado, deliberadamente mal combinado, todo de colores claros y muy caro, como siempre; sorprendido y con algo de envidia, me pregunté de dónde sacaba el dinero. Bobka examinó detenidamente los pocos libros que tenía y, atraído por algo que llamó su atención, me dijo en tono reverencial:

—Qué afortunado eres, tienes todo Pushkin. Me gusta Pushkin. Qué versos tan «lapidarios». Acuérdate de Noches egipcias. Debo presentarte a L., no te imaginas qué erudición la suya.

Bobka quedó complacido y satisfecho de la rara delicadeza de sus expresiones (además, «erudición» es una palabra que le gusta y repite

a menudo) y, pensando que ya había presumido lo suficiente, pasó a hablar de una forma más corriente:

—De todas maneras, no entiendo cómo puedes vivir en una habitación tan vacía y lúgubre —quería decir «miserable»—. Alguien con tus medios debería instalarse en un lugar mucho mejor. En cualquier caso, coge el sombrero, que no te voy a dejar escapar.

Nos fuimos agarrados del brazo (no sin artimañas Bobka se ha convertido en mi amigo: nos tuteamos y es muy sincero) y hablamos de mujeres por el camino.

—¡Qué ejemplar tan maravilloso es esa Ida Ivánovna! La pobre se enfrió y ya no sale. ¿Crees que se ve con alguien?

Me sentí aliviado de saber que no la vería en casa de los Wilczewski, que esa noche estaría libre de reproches, aunque fueran tácitos. Me alegré inmensamente, empecé a señalarle a Bobka las mujeres jóvenes que nos íbamos encontrando y discutimos como escolares arrogantes sus cualidades y defectos externos, y lo más importante, intentamos adivinar lo que escondía su aspecto: mira, esa tiene bigotillo, mejor no verla sin medias o con los brazos al descubierto; a esa se le mueve la blusa al andar, seguro que tiene un pecho más pequeño que el otro; y mira esa con el vestido plano, parece que tenga la cintura en los pies, o al contrario, esa usa tacones bajos, debe de tener unas piernas largas de cuidado… No se pueden enumerar tantos rasgos absurdos, y me resulta hasta extraño haberme fijado en ellos y haberlos mencionado después de negligirlos largo tiempo durante mi relación con Liolia. Algo cambió en mí a raíz de mi relación con Ida Ivánovna, como si de pronto hubiera empezado a ver con mayor claridad: a veces es suficiente una experiencia nueva, por insignificante que sea, para restaurar lo que se ha olvidado y aquello que guarda un parecido, y todo ello enseguida nos enriquece. Ida Ivánovna me ha legado una cosa más: ahora me resulta sencillo juzgar y pensar en distintas mujeres, puesto que redujo, casi hizo desaparecer, una antigua barrera que había entre ellas y yo, y ahora me resultan más inteligibles, más accesibles, más cercanas, como si conservara la mágica y triunfal ligereza que surgió en casa de Ida Ivánovna después del vino y se hubiera extendido a todas las demás mujeres, como si esa ligereza no solo me otorgara confianza en mi éxito —a cuenta de la vanidad del recuerdo—, sino incluso en el éxito en sí, esa enigmática capacidad de emocionar, que anteriormente solo encontré, impotente y tristemente, en los demás y que, en época de Liolia, seguramente, aún era un obstáculo de mi constante falta de libertad. Con esta nueva confianza, con una esperanza vaga, me dirigí a casa de los Wilczewski, donde Zinka me recibió con una lánguida frase ceremonial: «¿Qué tiene que decir para justificarse?» y alguien (creo que el erudito L.) respondió ingeniosamente por mí: «Culpable,

pero merece indulgencia».

En casa de los Wilczewski había, como siempre, un ruido disperso y caótico (a pesar de las pretensiones mundanas); los invitados, distribuidos en grupos separados, aislados y absortos en sus asuntos, parecían molestarse entre sí. De alguna manera enseguida vi que podía formar fácilmente un grupo aparte con Zinka, alentado por su consentimiento tácito, y esa determinación inmediata —sin esfuerzos agotadores y aburridos— se añadió a la alegre seguridad que me había traído hasta aquí y que gradualmente prosperaba gracias a las sucesivas circunstancias favorables: el aplazamiento de mi cita con Ida Ivánovna, el alarmante, medio alentador, «consentimiento» de Zinka, la libertad recuperada en lo tocante a Liolia, una libertad no definitiva, parecida más bien a un respiro y que empezó en el mismo momento en que Ida Ivánovna se encaprichó de mí y yo comencé a esperar algo de ella (una demostración más de mis celos, correctos y justificados, del éxito de Liolia, de su deseo de gustar: un pensamiento casual, fugaz, que gota a gota envenenaba mi alegre inspiración, el único recuerdo de una época larga y vergonzosa, en la que estuve obsesionado por Liolia, lleno de resentimiento y de una incesante y temerosa devoción por ella).

Me pareció que Zinka estaba cambiada; no tenía su habitual color gris pálido y un poco desmañado, sino una tez sonrosada, una postura erguida y esbelta sobre unos zapatos de charol de tacones altos y que le afinaban las piernas. Sin motivo, se acercó con ánimo alegre y —al contrario de lo sucedido con Ida Ivánovna, seguramente por la apariencia y la edad— me resultó agradable estar a su lado y retuve en mi mano, envolviéndola con fuerza, su palma cálida. Nos sentamos juntos en un rincón y nos pusimos a hablar de cualquier cosa —precisamente, con mujeres como Zinka (mujeres sin brillo y sin misterio), hablo con un cierto desprecio interior, sin contar con ellas y sin responder con mis propias palabras—. Por lo visto Zinka no me escuchaba, sonreía con una mirada embriagada, distante, sugerente, mientras sus maravillosos y fuertes dedos acariciaban (como mimándolas) sus piernas esbeltas con una excitación que me contagió al instante. En esa manera femenina de comportarse, aparentemente distraída, en el gesto mismo de cruzar una pierna sobre la otra, fuertemente, apretándola como en un abrazo, hay una invitación y una esperanza peligrosa y atractiva. Yo estaba sentado al lado de Zinka, amable y lacónica (como antes), y sabía que no debía alejarme del todo de ella, sabía que, si hoy no me quedaba, perdería una oportunidad irrepetible de tener una pizca de suerte masculina, como cuando a veces en el metro o el tranvía descubres en los ojos de una vecina una promesa seductora, que no engaña, y por vergüenza, por miedo a que otros se den cuenta, decepcionado y avergonzado,

inesperadamente te bajas en la estación prevista, que llega fatalmente temprano. Pero quizá ahora mi destino no sea rendirme, sino continuar —con terquedad, grosera, primitivamente (cada vez estoy más libre de delicadeza y complejos)—, así que cuando los invitados comenzaron a levantarse y despedirse, sin ninguna vergüenza, presa de una sola inquietud, ganar, intentando ser lo más natural y convincente posible, le propuse con desenvoltura:

—Usted no tiene ganas de irse a dormir y yo tampoco, quedémonos un rato más charlando.

Con una sonrisa apenas perceptible respondió:

—Bien, pero déjeme que me ocupe primero de mi padre y ponga un poco de orden.

Bobka se retiró a su habitación —los hermanos nunca se importunan— y Zinka y yo nos quedamos en la salita. Se acostó en el diván, y el momento decisivo fue cuando yo, con un movimiento audaz y sin pretexto, me instalé en ese mismo sitio. Después —intuitivamente, sin planearlo—, recurriendo a algunas fórmulas apropiadas y familiares, envolví con las mías sus manos (como si tomara posesión de ellas), le hice cosquillas en la media de seda, me incliné y le besé el cuello, rozándole la barbilla suave y delicada, y de pronto —sorprendiéndome a mí mismo— me dejé caer, abrumándola con la crueldad de mi peso y la imposibilidad de liberarse y rechazarme. Entonces susurró: «¡Cuidado, es papá!». (Las mujeres están más acostumbradas al miedo y tienen una intuición para nosotros inalcanzable.) Apenas tuve tiempo de hacerme a un lado y sentarme cuando en la puerta apareció el viejo Wilczewski, sin afeitar, con unas zapatillas baratas desgastadas (que no estaban destinadas a ser vistas por ningún invitado) y un periódico francés en la mano, y dijo cariñosamente:

—Hora de irse a dormir, Zinka, querida, seguramente estés cansada.

Al irme, me lamenté un poco —como varón vanidoso— de mi suerte frustrada, aunque consideraba que era algo garantizado y solamente pospuesto: me había vuelto tan vulgar que ya no me avergonzaba de mí mismo y no me sentía culpable ante Zinka y su padre, quien seguramente lo había adivinado todo y que (precisamente como padre, como hombre de otra generación) debió de sentirse ofendido, además de afrentado y alarmado por su hija. Me consolé con un argumento simple y convincente, muy propio de mi generación: «Es una mujer adulta, sabe lo que quiere y es libre de actuar a su antojo», tras lo cual me quedé tranquilo y me olvidé de ella en el acto.

Pensé, además —con suficiencia y sorpresa—, que mi vida, tan inalcanzable como me había parecido, ahora era diversa y activa: el

éxito fácil en los negocios, dos mujeres que se desvelaban por mí, por no hablar de la necesidad de ser astuto y esquivo, que mi sentido de la indiferencia encontraba agradable. Indiferencia es justamente lo que me domina ahora, y, tal vez, la conciencia de novedad: el pasado reciente parece ser algo exclusivamente cercano, enteramente mío, por más que haya sido débil, sordo, pobre y a veces devastadoramente ofensivo.

5 de julio

Mi vida «activa» continúa, pero sigue otro curso, no el que ingenuamente imaginé: carece de la emoción anticipada del movimiento, del éxito, de la posibilidad de dar órdenes y discutir a mis anchas, sin apresurarme, lo que efectivamente cambia con semejantes discusiones; carece de esos placeres emocionantes, deliberadamente retenidos, que los sentimientos y las insinuaciones de sentimientos comportan (tanto da si son tristes o alegres): de un modo u otro debo ver cómo el día se abre paso hasta la noche, procurando esquivar a tanta gente tediosa o irrelevante, y dar esquinazo o fabular pretextos para evitar ver a esas dos mujeres (que, dicho sea sin presunción, podrían ser más), para postergar el encuentro de turno y quedarme una hora más a solas; todavía no tengo fuerzas para eludir todo eso, romper con todo de una vez por todas, o mejor dicho, aún no he decidido nada: me resultará fácil actuar de acuerdo con mi decisión, pero hasta el momento no me he sentido atraído por la vida actual, como si fuera ajena, y no hay nadie que me una a ella inextricablemente. De todas maneras, la vida continúa, roba mi tiempo, y no tengo con qué reemplazarla: si a algo le temo es a un día vacío, sin obligaciones.

En esencia, sigo atado a Liolia, y todo aquello que hace referencia a ella —las esperanzas, los reproches y los desaires imaginados— permanece, pero algo silenciado, congelado por la calma fría y excesiva de dicha «vida activa» interior estática, desprovista de la habitual animosidad infatigable, y a menudo debo convocar artificialmente la indignación o la ternura para escapar del aburrimiento y cerciorarme de que no me he aletargado ni vuelto demasiado insensible. Recibo con frecuencia cartas de Liolia, amables, consideradas, pidiéndome consejo —eso forma parte de mis relaciones activas, verdaderas, no imaginarias—, y, como antes, las sigo esperando con impaciencia, pero con una nueva y calculada serenidad: es decir, si escribo una carta especialmente conmovedora o acertada, enseguida preveo la reacción de agradecimiento de Liolia, que anhelo saber con evidente precisión, y en el intervalo —mientras la respuesta resulta imposible— prefiero no encontrarme encima de la

mesa el familiar sobre blanco.

Liolia sigue sin estar bien con Serguéi N., y sigue sin decidirse a dejarlo. Tampoco han cambiado mis circunstancias; como si estuviera saturado de ambas mujeres, por aburrimiento, a veces con un presagio depredador, que se desvanece al instante, espero a Zinka o bien a Ida Ivánovna, e incluso me he acostumbrado —en casa de los Wilczewski, cuando están juntas— a sus disputas mezquinas y agrias, a los constantes reproches femeninos, a las seudoconfesiones súbitas y escandalosas —hechas por despecho— y a mi propia cortesía neutral y cobarde, fingiendo no comprender nada. Demasiado a menudo, cuando la velada está a punto de terminar —después de las obligadas y aburridas despedidas—, sin querer acabo en casa de Ida Ivánovna. Está decepcionada conmigo y, en su ingenuidad, me ha revelado sus planes iniciales: «Ya sabe que en todo negocio se necesita a un hombre». Finalmente ha comprendido que no voy a ser «el hombre de su negocio», que mi ayuda ha sido ocasional, desinteresada económicamente y también impuesta; no insiste y solo de vez en cuando me pide consejo o, en actitud suplicante, me trae los libros de contabilidad llenos de errores, pero no entiende mi apatía; todo ello (sumado a unos celos desdeñosos hacia Zinka) la hiere por fuerza, pero lo importante es que ha aceptado los términos de nuestro vínculo —de forma varonil, sin arrepentimiento y como «habiendo capeado el temporal»— y sospecho que ha decidido, mediante una perspectiva masculina, no dejarme ir, no quiere molestarse en buscarme un sustituto y, mucho menos, dar con un hombre de mala reputación. Me parece que Ida Ivánovna es una de esas mujeres que «trabajan para el amante» con entrega si lo consideran superior a sí mismas, y en ese caso se enorgullecen de la ternura adquirida, que les parece merecida. Sus demandas se limitan a una pequeña ayuda con el negocio, que encuentran conmovedora y que ata al amante un poco más, pero, en cualquier caso, esa clase de mujeres suele dejarse engañar más a menudo que las otras: los holgazanes aviesos y los hombres de dudosa reputación, e incluso los delincuentes peligrosos, las enredan con una astuta insistencia, de modo que la dura experiencia —la propia y la ajena— las expone a un temor constante. Yo no respondo a las expectativas sentimentales de Ida Ivánovna, y es por eso por lo que conmigo se siente segura.

No ha surgido entre nosotros una intimidad emocional: ni escucho ni recuerdo sus relatos —con frecuencia llenos de resentimiento y lamentos— por su desgarrador infortunio, por su estúpida franqueza y, además, por la ausencia de jerga rusa de Ida Ivánovna; a menudo la interrumpo con un movimiento descarado, grosero y taxativo, al que no se opone, sus ojos sonríen dócilmente y al instante se humedecen.

Mi relación con Zinka es mucho más compleja y en cierta manera

me importa más. El agradable juego sensual, que sí se estableció con Ida Ivánovna, aquí no estuvo presente casi desde el principio, y de todas maneras yo (para nada ofendido, aunque Zinka me irrita más que Ida Ivánovna, y a pesar de que Zinka conmigo —con todo el mundo— es una ingenua) sopeso mis palabras, considero necesario ser compasivo y mostrarme clemente y me contengo de muchas cosas. Esta solicitud exagerada, que claramente no se corresponde con mi indiferencia real hacia Zinka, surgió de una nimiedad, cuyo recuerdo es más doloroso que el hecho mismo que la provocó, y que enseguida ocupó su lugar. Poco después de la memorable velada en casa de los Wilczewski (la de mi fracaso torpe y degradante), Zinka se presentó en mi casa de improviso una noche, estuvo esperando un buen rato en el «salón» de la pensión (regresé a casa más tarde de lo que ella había calculado) y luego arriba, ya en mi habitación —sin resistencia, sin fingimiento—, fue como si se ofreciera, se apretó silenciosamente contra mí, y al parecer se sorprendió de mi reacción impetuosa. No había tenido tiempo de despertar de la somnolencia fatigada del día, estaba encantado y excitado, como nunca antes, por la repentina transición, pero me enfrié de forma incomprensiblemente rápida, recuperé el control y con una excusa cualquiera me apresuré a acompañar a Zinka a su casa. Sin embargo, ella, enardecida, avergonzada, escondiendo y acariciándose el hombro desnudo, que parecía cubierto de rayas (donde un minuto antes, apartando la blusa, había hundido mi rostro groseramente), con la firmeza de un niño enfurruñado me gritó a la cara, como siempre, unas palabras prestadas, de otros:

—¡Qué malo eres! ¡Malvado, más que malvado!

Sin embargo, yo sentía que esas palabras prestadas expresaban su justa indignación y constituían una acusación (merecida, debido a mi frívola avidez) y despertaban en mí un sentimiento de repulsión hacia mí mismo: no podía dejar ir a Zinka sin justificarme, sin convencerme (aunque me vi forzado a exagerar) de que ella me había perdonado o tratado injustamente.

—¿Malvado, por qué malvado? No quisiera correr el riesgo de irritarla o entristecerla, pero usted no me quiere más de lo que yo la quiero. Nuestras relaciones son cordiales, sin orgullo ni rencor. ¿Por qué tiene la necesidad de complicarlas?

—¿Cordiales? Si quiere llamarlas así… No hubiera venido a su casa si no le quisiera. Lo sabe muy bien. De hecho, esperaba más de usted y, ciertamente, tenía derecho a esperarlo.

Entonces, tratando de imaginar claramente nuestras conversaciones recientes en público, recordé mis miradas completamente irresponsables, tranquilizadoras y amables, un suave y lento apretón de manos o un significativo beso en la mano, una

sorpresa dolorosa ante sus palabras frías y tristes, mis rápidas intercesiones en las discusiones para ganarme su cálida y confiada gratitud: todo eso que cada uno de nosotros tan fácil e imperceptiblemente derrocha (ya sea por soledad, por insatisfacción espiritual o por el acostumbrado deseo de agradar o de ser inevitablemente amable) y que una mujer honesta y soñadora, dada a la exageración, como Zinka, puede tomar —y está en su derecho de hacerlo— por otra cosa. Por mucho que lo intenté no se me ocurrió —ni siquiera por un momento— ninguna artimaña que resultara reconfortante (suelo padecer estos ataques de rara sinceridad conmigo mismo) y, mientras me despedía, con ánimo de hacer las paces me apreté contra la mejilla de Zinka, humedecida por las lágrimas, con la mayor naturalidad que pude, sabiendo que era necesario cumplir con un deber absurdo, y esa conciencia moral permaneció conmigo para siempre.

Lo cierto es que a menudo me rebelo y me convenzo de lo contrario: fue Zinka la que vino a mí, yo no le había prometido nada y le confesé francamente que no la amaba. Zinka haría bien en acordarse de nuestros encuentros breves y ambiguos, de su rechazo a las efusiones, pero no logro deshacerme de cierto sentimiento de culpabilidad, de insatisfacción conmigo mismo. Yo nunca llamo a Zinka; ella viene a visitarme en contadas ocasiones y, como antes, lo hace sin previo aviso, de cinq à sept, como reza esa socarrona expresión parisina (en esas mis horas de reclusión, estoy acostado en casa, holgazaneando), y cada uno de nuestros encuentros se parece al primero: igualmente inesperado y repleto de nerviosismo. Pero a mí no me hacen falta para nada esos encuentros, por poco frecuentes, aturdidores y estimulantes que sean: me privan de mi único refugio (ni siquiera mis noches son siempre tranquilas, Zinka es temeraria y sabe bien cómo llegar a mí) y encima son la razón, lamentablemente, de que no me sienta libre en casa de los Wilczewski, adonde me veo insistentemente atraído por un deber impreciso: la casa, Ida Ivánovna, Zinka. Me imagino con ansiedad la inminente ruptura con Zinka (cada vez que se dispone a ponerle pegas a la relación) y veo cuánto más tranquilas y fáciles me resultarían las cosas, cuánto más conveniente sería distribuir el tiempo ordenadamente, tener una sola mujer, la ausencia de compasión sin paliativos y de reproches justificados. Releo las entradas del diario asombrado por el cambio que detecto en mí mismo, un cambio incomprensible pero aparentemente nada casual —escojo los negocios, las mujeres, incluso mi estado de ánimo—, pero me parece que estoy en lo cierto tan solo en apariencia, en esencia no ha habido cambios, y mi identidad actual (enterrada bajo distintas capas de mujeres, libros o cafés) no la he escogido yo. Esta identidad actual no es más que la resurrección de mi completa soledad de antes,

y debo dirigirme a Zinka (a veces enfadado, con una irresponsabilidad furiosa) a fin de recrear —en un orden contrario— el delicioso tiempo pasado con Liolia, que destruyó brevemente ese letal abandono. Me sentía tan cautivado por Liolia (no encuentro una palabra mejor) que ahora, a pesar de mí mismo, intento encontrar esa persistente llama en los sentimientos de Zinka hacia mí, pero el distanciamiento y la insatisfacción de Liolia permanecen en mi manera de enfadarme con Zinka, y de ahí también que las traiciones evidentes con Ida Ivánovna, la suspicacia de Zinka y los justificados celos provocados por mi crueldad —en su nombre, en nombre de la persona que fui antes de Liolia, antes de la posibilidad de sus «traiciones»— no me llenen de un dolor desagradable, real e inusualmente estimulante. Esta incursión de un dolor capaz de unir mis dos opuestos —el dolor sufrido y el dolor causado— conduce a una cierta reconciliación con el destino y con mis fracasos (hasta ahora aparentemente únicos o únicamente inmerecidos), más evidentes por cuanto no escapan a las comparaciones más especulativas y nada convincentes: ahora que poseo el oscuro poder de ofender innecesariamente a alguien, como lo tuvo Liolia sobre mí, esa crueldad obsesiva nacida del rencor, consciente y recordando el dolor recibido, me siento capaz e incluso impelido a infligirlo a mi vez, es decir, en ello residen una inevitabilidad y un eterno intercambio de papeles que nos aporta esperanza y consuelo en los días malos. Ayer, en casa de los Wilczewski, algo extraño, apenas perceptible, me hizo pensar en mi innecesaria e inevitable crueldad: se estaba hablando de una novela francesa, un reciente succés de scandale, demasiado arriesgada y explícita, y en ese momento Zinka, con una divertida espontaneidad, se acercó a mí de golpe (yo estaba sentado junto a una mesa con frutas decorativas) y, apoyándose con la mano en mi hombro, doblando sus largas piernas, alargó por encima de mí la mano para coger una manzana —estuvo seleccionándola durante un rato desagradablemente prolongado— y, de pronto, me miró a los ojos de forma tan expresiva y descarada que sentí cómo su pasión encendida se transmitía involuntariamente, su falta de voluntad para contenerse y someterse a mi capricho, un comportamiento tan indignante, y tan comprensible, que mi habitual desdén hacia Zinka, algo burlón y crítico, se desvaneció enseguida. Debería haberle dicho en voz baja: «Venga hoy sin falta», o en voz alta —para convencerla y tranquilizarla—: «Qué maravillosa velada, ¿por qué no despide a los invitados? La acompañaré de vuelta a casa» (hubiera sido sencillo y, en aquel momento, perfectamente justificable por nuestro deseo mutuo). Sin embargo, quedaba un obstáculo —irremediable, absurdo, aburrido—, y era Ida Ivánovna, en cuya presencia no solo no podía prometer o proponerle nada a Zinka, sino que me había puesto

tácitamente de acuerdo para engañar a Zinka esa misma noche. Me quedé callado y, descontento conmigo mismo, trasladé el disgusto a ambas mujeres; mientras tanto, Zinka se mordía los labios de forma teatral, pero arañó la piel de la manzana con la uña y se alejó de mí lentamente, sinceramente perpleja y conmocionada. Pensé con cierto estupor en lo angustioso que es reconocer en cada cosa la desigualdad que hemos fraguado, aunque sea en mi favor: porque gracias a Ida Ivánovna tengo con quien desviar la peligrosa sensualidad que enreda tantas relaciones inestables; Zinka no tiene a nadie, y de ahí la disposición constante a humillarse y someterse, a sufrir repetidas decepciones. He empezado a perdonar casos parecidos de grosería, crueldad o fingida ceguera evasiva —que voy expulsando gradualmente de mi memoria—, momentos de irritación de Liolia, palabras injustas, su terca negativa a comprender que necesito consuelo, y qué fácil hubiera sido darme ese consuelo; sin embargo, en comparación conmigo, Liolia resulta heroicamente desdeñosa y paciente: de hecho, al menos para mí, era dolorosamente dulce soportar esa ponzoña (debido a la seguridad de los encuentros constantes, una confianza de la que Zinka carece por culpa de mi ceguera elusiva), porque era un signo de vida, porque procedía de Liolia, y de ahí que no intentara evitarla y a veces, incluso, pareciera provocarla. Cada vez me resulta más claro que era inevitable que se aburriera conmigo, pero creo que ahora sería de otro modo: sé que el aburrimiento de Liolia lo causaron mis eternos y confusos intentos de imponerle mi amor, un amor insoportable, porque no había sido solicitado, pero compartíamos otras cosas: el intercambio de observaciones, bromas, objetivos (que se podría resumir bajo la denominación de «amistad» y que solo en nuestras conversaciones Liolia encontró íntima e interesante), todo esto lo ocultaba yo siempre que adivinaba en sus palabras una precipitación irritada como respuesta al tono amoroso de mis palabras, por más que fueran sensatas y no tuvieran ninguna relación con el amor. A Liolia le dolía que yo ignorara la esencia de nuestras conversaciones amistosas, que no comprendiera nada y no hiciera ese esfuerzo, seguramente vano, que en el futuro haré sin falta y que cambiará nuestra complicada relación, deteriorada por la insensatez. Es posible, por supuesto, que no me mantenga firme y, como de costumbre, aparezca algún rival, asistido por los celos, que atacan por completo la resistencia humana, pero me parece que, después de Serguéi N., Liolia se encuentra, si cabe, más débil que antes, más necesitada de un descanso tranquilo y sin sobresaltos.

Por enésima vez me convenzo de que este cambio en mí (en especial si no es imaginario o deliberado, sino surgido de mi experiencia real) se convierte en una lección de paciencia, justicia y

bondad, pero no es la primera vez que intento adoptar este método de naturaleza teórica (seguramente, tomado prestado de algún lugar), y hasta el momento su éxito ha dependido del grado de dolor, habida cuenta de que las circunstancias más dolorosas —por ejemplo, en casos de rivalidad o de celos, como he descrito— impiden la toma de decisiones, y la imposibilidad de conseguir, de predeterminar, de calcular nos conduce al desconocimiento, a una lucha en la que solo contamos como guía con nuestra inerme intuición, vencida de antemano, pero entonces, y solo tal vez, imbuye en nuestra vida algo de esperanza y humilde sentido de la dignidad, que no existirían si no fuera por dichos fracasos o, sobre todo, por el dolor del desconocimiento.

En este presente insulso (sin la necesidad de someterme al deber diario que imponen las pequeñas obligaciones y sin estar sometido al amor ciego) percibo con mayor sensatez la debilidad y el peligro de uno u otro tipo de sometimiento —la limitación fatal de nuestras vidas —, y puedo comparar, y, tal vez entonces, lo que queda del amor, consumido pero aún ennoblecido, me revela cuánta imperfección y trivialidad hay en mi rutinario día a día, en la «eficiencia» que finalmente he conseguido, y me impulsa una vez más —si bien con cierta dosis de azar— a no ser cruel e indiferente, sino sufrido y escrupuloso.

7 de julio

Hoy he recibido una carta inesperada de Katerina Viktórovna. Liolia se ha marchado a Berlín por unos días con Serguéi N. y le ha pedido que me envíe la vieja fotografía con las manos entrelazadas, esa que a menudo yo mismo le he mencionado; al mismo tiempo, envalentonada y aprovechando la oportunidad que le brinda la ausencia de Liolia, Katerina Viktórovna me comunica todo lo que poco a poco ha ido acumulando y me habla de Liolia en ese tono conspiratorio propio de la devoción y una atención muy entusiasta por los detalles más insignificantes y su constante interpretación, que no admite reproches y quizá solo pueda merecer una sonrisa indulgente, cariñosa, o un susurro gozosamente escandalizado, en un tono algo servil e imbuido de vida ajena, como el que usan las tías ancianas al referirse a su sobrino mimado o los criados fieles a su señor. En la carta, naturalmente, se sobreentiende la difícil situación de Liolia: «Serguéi Nikoláyevich es un hombre excelente y quiere mucho a Liolia, pero no sabe tratarla». Pensé que Katerina Viktórovna aún no se había dado cuenta de que yo tampoco la sabía tratar. «Serguéi Nikoláyevich tiene un carácter fuerte, se enfada fácilmente y se queda callado durante días enteros si Liolia no está de acuerdo en algo, y

usted ya sabe que Liolia es muy sincera y terca. Además, Serguéi Nikoláyevich es extremadamente celoso y apenas esconde sus celos.» Es la única crítica que hay en la carta, la insinuación de algo que yo desconocía, pero enseguida prosigue en un tono más tranquilizador: «Hablamos constantemente de usted, y Liolia asegura que es el único que siempre sabe ponerla de buen humor». Yo mismo empiezo a creérmelo: después de seis meses de «amistad» han ocurrido muchas cosas, y soy capaz de convocar un recuerdo, alguna broma de las mías que acaso haya tenido un éxito especial, la alegre risa de aprobación de Liolia. Esa risa suya, especialmente maliciosa, ha revivido ahora en mi memoria; es como si de pronto la amable carta de Katerina Viktórovna hubiera suprimido las distancias y la inaccesibilidad de Liolia, y me la ha revelado de nuevo cercana, preocupada por mí: sonreí al adivinar el motivo por el que me había enviado la fotografía; Liolia, sensible, buena, que no se olvidaba de los pequeños detalles los días en que estaba de buen humor conmigo, ahora pensaba que posiblemente yo estaría preocupado, que tendría sospechas de su viaje con Serguéi N., y así, desde la distancia, de algún modo, me guiñaba un ojo para tranquilizarme. Yo miraba la foto de Liolia embelesado, como si se tratara de algo raro y precioso, aunque había visto esa fotografía solo en Berlín —en casa de Katerina Viktórovna—, pero nunca en posesión de Liolia, y aunque después de Berlín había experimentado otro sentimiento prolongado, el mismo que había iluminado mi reciente aburrimiento y había quedado destruido para siempre con la abrumadora llegada de Liolia. Sin embargo, desde que llegara, he recordado siempre con cierta sorpresa los años en Berlín y los primeros años en París; para mi yo actual ambos están conmovedora y tiernamente conectados, precisamente, con Liolia, que en aquella época no era más que un nombre, mientras que a los sentimientos que tanto me llenaban entonces parece ahora que les falte el alma, como si fueran una lista vacía de acontecimientos, expectativas y resultados que solo me afectan si se asocian con Liolia. Evidentemente, aquellos a quienes en un momento dado amamos aparecen evocados poéticamente, cercanos, incluso en los recuerdos anteriores a nuestro amor (si es que tales recuerdos les afectan de alguna u otra manera); mientras que aquellos a quienes hemos dejado de amar, a quienes hemos reemplazado —al menos durante el periodo del reemplazo— se nos aparecen en la sombra y carecen de toda poesía no solo ahora, sino incluso en el pasado en que compartimos con ellos nuestro amor, y arrojan una luz distinta no sobre las relaciones de aquel entonces (a pesar de que la verdad reside en nuestra mente), sino sobre las nuevas, las actuales. La fotografía, las conversaciones en Berlín sobre Liolia son aún más aceradas que su risa revivida de repente, y sin embargo pálida; me han llevado a ella sin

que yo me lo esperara y me han hecho desear —apasionadamente, caprichosamente, con arrogancia— algún tipo de plenitud al alcance, una encarnación real, de carne y hueso, y me he puesto a buscar con impaciencia, a seleccionar mis —limitadas, por desgracia— posibilidades: una carta es una satisfacción garantizada, pero conlleva una respuesta ni mucho menos inmediata; podría haberlo intentado preguntando a Bobka y Zinka, aunque recuerdo lo que me habían contado de Liolia, y no era algo que mereciera demasiada atención. ¿Quién más me queda? ¿Derwall?

No podía postergar el encuentro, y tan pronto como consideré esa posibilidad, ya me encontraba de camino en un taxi, tan sorprendido de mi imprudencia como de mis infundadas expectativas; pero en ese comportamiento absurdo y precipitado había, como se vio enseguida, una cierta lógica y un sentido. Derwall, aburrido en pleno trabajo, siempre dispuesto a distraerse, me sonrió encantado —le gusta conversar conmigo de otros temas, ya sea la Revolución rusa o mis supuestos amoríos— y, como si adivinara mis intenciones, después de hacerme algunas preguntas protocolarias sobre asuntos rutinarios para guardar las apariencias y disimular mi destrozada dignidad, de pronto, con la misma expresión tensa en la frente y en los ojos con la que inquiría sobre los negocios, como si se acabara de acordar de algo imprescindible para ambos, me dijo de la forma más natural: «Et votre amie, qu'est-ce qu’elle est devenue?».[8]

Después de algunas preguntas insistentes, se formó una adecuada composición del asunto y me pareció que la satisfacción mostrada era más bien la propia de un rival, comprensible en un anciano que en algún momento de su vida ha sido muy amado, se compadeció de mí y empezó a consolarme diciéndome que Liolia pese a todo volvería «con nosotros» y que ahora «nosotros» ya sabíamos cómo actuar y no la dejaríamos marchar. Una respuesta tan excesiva a mis expectativas (charlar sobre Liolia, escuchar a una especie de oráculo, para que me leyera el futuro) incluso me irritó un poco —era una demostración más de ese comportamiento omnisciente, de esa perspicacia ajena que menosprecia la mía—, pero en esencia la conversación me reconfortó, y aunque por una costumbre de «caballerosidad» guardé silencio, tuve al menos la sensatez de corresponderle con una sonrisa. Me atrevería a decir que Derwall malinterpretó mi silencio, pensando que había ido demasiado lejos en quebrantar las normas del decoro, y se quedó obstinadamente callado, como solía hacer cuando la charla le resultaba imprudente y molesta.

Mi presentimiento sobre la visita a Derwall, repito, no fue para nada irreflexivo: la revisión del pasado, la precisión y la intensidad de los recuerdos dependen en alguna medida de una encantadora casualidad, cercana al milagro, un regalo que nos sobreviene de

repente, y no existe esfuerzo artificial alguno que pueda restablecer el pasado de nuevo, siendo cada repetido intento de resucitarlo —siempre de naturaleza artificial— inevitablemente más endeble que su original (el ejemplo de hoy: la fotografía recibida inesperadamente, la carta imprevista de Katerina Viktórovna y no de la propia Liolia; sus cartas se han vuelto habituales y apenas me emocionan), y, si tuviera que encontrar la manera de revivir el pasado, o de mantenerlo con vida, tendría que dirigirme, igual que lo hice con Derwall, a gente y a oportunidades aún por descubrir.

En esencia, el milagro de hoy sobre la seudopresencia de Liolia fue sostenido y reforzado, no por las palabras de aliento de Derwall, sino por un detalle sorprendente, que al principio casi se me había escapado y luego, durante el resto del día, relacioné con Liolia, y con algo compartido entre ella y yo que me resultaba tranquilizador, agradable y entrañable: Liolia tiene la capacidad encantadora de captar las expresiones de los otros, los giros, incluso las entonaciones, y puede transmitirlos con una precisión contagiosa, de manera que se convierte en un modelo comprensible para todos e inseparable de la persona a la que imita, y hoy, gracias a Derwall, he recordado que Liolia lo ridiculizaba y la suya era algo así como «la imitación de las imitaciones». Efectivamente, solíamos reírnos y bromear sobre aquel «vejete», repitiendo algunas de sus frases más habituales (mon cher, voilá), emulando el tono teatral de ese hombre de negocios, cortante e imperioso, antes de realizar una declaración decisiva (aunque la solemnidad de sus órdenes nunca duraba mucho rato), y los extraños golpes de pecho casi románticos que tenían la intención de asegurarte su amistad y el provecho de algún negocio con tal o cual individuo especialmente significativo. Con su voz, Derwall me recordaba a Liolia —en una secuencia insólitamente inversa— y a cómo ella lo ridiculizaba; me la recordaba con una frescura conmovedora, tan inesperadamente alegre, como en los viejos tiempos, que el sentimiento me duró todo el día: yo no tenía más que fruncir el ceño como Derwall, mirar triunfalmente hacia delante y decir «mon cher, voilá» para ver enseguida y por arte de magia a Liolia, fingiendo seriedad, satisfecha con mi risa y riéndose conmigo, benévolamente, como pocas veces en los últimos meses y, tal vez, a pesar de sí misma.

Seguramente con el deseo de afianzar aún más sólidamente todo esto, me acerqué casi por primera vez de forma irresistible a la música; las sensaciones musicales están especialmente relacionadas con los sentimientos amorosos, y los reemplazan en parte, pero añadiéndose a ellos, mezclándose con ellos, hasta el punto de que los exacerban: tanto la música como el amor implican esa noble disociación de toda codicia o vanidad, esa indómita elevación del sacrificio. Lo que me empujó hacia la música fue un cartel que vi por

casualidad, sobre la sinfonía «Patética» de Chaikovski, y no quise seguir posponiendo escuchar precisamente esa sinfonía, como una suerte de venganza de una antigua broma que Liolia había hecho a mi costa. No entiendo nada de música, soy incapaz de comprenderla sin la ayuda de los otros y, sin embargo —aunque dependa y me base en el veredicto de los demás—, me gusta, si bien me canso pronto y enseguida empiezo a aburrirme. Ya la he oído varias veces, la sexta sinfonía, he leído todo tipo de explicaciones poéticas que excitan la percepción de esta misma, y he comprendido parte de su espíritu independiente: para mí han desaparecido los pasajes largos y la novedad, siempre peligrosamente desalentadora, y puedo seguir el familiar flujo sonoro y relacionarlo conmigo como yo quiera. El segundo y tercer movimientos de la sinfonía me parecen perfectos, un poco ligeros, veleidosos, aunque el primero y el último (puede que utilice palabras ajenas, pero me causaron una impresión duradera) me sorprenden, como el eco de algo, diría que personal y terrible. Temiendo el cansancio y el aburrimiento, y con ello la pérdida de la presente aparición de Liolia, decidí no escuchar nada más que la sinfonía «Patética», y, efectivamente, me emocionó y me elevó, como nunca me había emocionado la presencia de Liolia, ni siquiera cuando esta era inesperada, afortunada y llena de buena intención. Nunca he dejado de saber —en el fondo, de forma clarividente— que Liolia está conmigo o seguirá conmigo, que estamos destinados a estar juntos, tan seguro como que estoy escuchando ahora esta sinfonía, que se lo explicaré alguna vez y que ella comprenderá (a través de la conexión musical) que nuestra amistad es un vínculo estrecho. Me parece que la única salvación frente a mi visión —temerosa y desesperada— del lugar y el destino del hombre la encontraré con el apoyo de Liolia. Tengo, como todo el mundo, una visión, quizá obsesiva y vacía, quizá una visión auténtica: de pronto me imagino un mundo homogéneo que se nos revela: calles, ciudades, habitaciones, esas fieras inteligentes de una naturaleza depredadora y triste, esas que han aprendido a caminar sobre sus cuartos traseros y han construido todo esto, pero están abocadas a desaparecer y, a pesar de ello, intentan aferrarse a algo sólido y duradero y zafarse de la muerte inevitable, esas que han imaginado cuentos fantásticos y ahora, cuando dichos cuentos han sido refutados, andan desconsoladas; y el único modo que yo concibo para defenderme de nuestro destino terrible es el amor, mi amor; Liolia. Sin amor, caemos en el estupor o en la desesperación, el amor cubre nuestra desnuda esencia animal y nuestro miedo a la muerte mediante los vanos intentos de aferrarnos a una eternidad que nos resulta, a la vez, desconocida e imaginada; incluso los restos del amor, incluso ese eco musical le añade un semblante intrépido, dignidad y rango espiritual a la muerte. Solamente amando,

conociendo el amor, esperando amar, nos inspiramos y permanecemos significativamente involucrados en la vida y podemos desterrar el reinado de las pequeñas preocupaciones diarias para esperar la llegada del final; y esa es mi conclusión, mi esperanza, a pesar de todas las dudas, a pesar de la experiencia, a pesar de la paciencia habitual, fácilmente conciliadora: Liolia debe amar; por mi bien (afortunadamente me he ablandado y, por primera vez, me sobresalta pensar: por su propio bien, incluso); ella no puede abandonarme, de otro modo sabrá cuán débilmente actúan, cuán insuficientes y esquivos son los rescoldos de mi amor, y cuán pronto, antes de que nos demos cuenta, será demasiado tarde. Por la enorme y triple tensión —la presencia tangible de Liolia el día entero, la desesperada agonía musical de alguien y mi propio delirio estúpido— he dejado de dudar y empiezo a considerar, con alegría y alivio, que la intervención de Liolia ya ha ocurrido.

*

Mi delirio estúpido aún continúa: ciertas observaciones obsesivas, nocturnas y urgentes me han hecho saltar de la cama y ahora escribo deprisa y a lápiz. Seguramente, mañana lamentaré lo escrito —por la mañana, aquello que uno ha escrito siempre resulta innecesario y de dudosa importancia—, pero incluso así no puedo reprimirme. La primera observación: estaba acostado sobre la colcha debido al calor, cuando sentí inopinadamente —la una contra la otra— el calor de mis piernas, y de pronto recordé que en invierno me había desvestido a oscuras en casa de Liolia, avergonzado de mis piernas congeladas; las estuve frotando un buen rato, temiendo rozar a Liolia, y ahora me duele reconocer que la noche pasará y toda esta viva calidez, destinada a Liolia, se perderá en vano. Sentí algo vagamente parecido cuando era pequeño, cuando el perro, amado y mimado por la familia, desapareció durante un paseo, y a partir de entonces en cada cena me ponía triste y, como ahora, me asaltaba un sentimiento de inutilidad y codicia por los sabrosos huesos destinados a nuestro querido perro que se perderían en vano, sin que nadie los reclamara.

No, mis observaciones comenzaron por otra cosa: entré en la habitación y vi sobre la mesa una tableta de chocolate en su envoltorio: habitualmente, una cosa así hubiera supuesto un toque de confort, de prosperidad, «cada cosa en su sitio», un atisbo de esperanza en medio de la soledad, pero hoy simbolizaba algo más, algo tan vergonzoso que me niego a escribir sobre ello. Y no voy a hacerlo, por supuesto; tampoco quiero dramatizar, pero, vaya, que ya estoy convencido de que voy a tachar unas palabras lamentables y degradantes que solo arruinarían estas páginas que han resucitado a

Liolia y son particularmente agradables de releer.

TERCERA PARTE

15 de septiembre

El tren se retrasó y Liolia, rozándome apenas el mentón con la mejilla (un roce indescriptiblemente tierno y fresco), se puso a contarme con alborozo que habían detenido el tren justo antes de llegar a la estación y obligado a todos los pasajeros a mostrar la documentación (por lo visto estaban buscando a un delincuente a la fuga), que el viaje había transcurrido de forma amena y fácil, que de noche alguien —en un intento de coquetear con ella— le cedió el asiento contiguo y así pudo descansar y dormir «mejor y más cómoda que en su propia casa». ¿Por qué será que la gente que lleva tiempo sin verse, dispuesta a escuchar y hablar de todo lo asombroso, importante y nuevo que les ha sucedido, se involucra sin más en una conversación acerca de algo fútil o de poca importancia que haya precedido justamente a su encuentro? Tal vez ese algo secundario o de poca importancia está simplemente más vivo en el recuerdo que lo otro, lo antiguo e importante, aquello que pocas veces recordamos, habitualmente cuando no nos aleja una larga separación, cuando el tiempo pasa monótona e imperceptiblemente; pero es más probable que procuremos adaptarnos de forma inconsciente a la circunstancia más reciente del amigo que acabamos de reencontrar, y de la misma manera inconsciente adaptamos al amigo a nosotros mismos. Efectivamente, Liolia (tras las primeras frases insustanciales, al tiempo que se afanaba con el equipaje), ya en el taxi, cuando nos acercábamos a su nuevo hotel —más caro—, como si acabara de encontrarse conmigo, dijo de pronto, algo emocionada y con convicción:

—Es usted muy amable.

Al instante me quedé mucho más tranquilo. Liolia estaba conmigo y por el momento no había que temer cada una de sus palabras, cada sonrisa, las largas pausas, ni interpretarlo todo de manera diferente, como solía hacerlo antes, preocupado por que estuviera irritada, aunque escondiera su irritación, o por que se hubiera calmado ya, pero solo por un momento. Al parecer, había llegado el bendito día de la recompensa, una recompensa otorgada simplemente durante el periodo de duración de la amistad, por la tortura y las alegrías de un intervalo de tiempo arbitrario, por los buenos y los malos días que habíamos compartido, por el hecho de que durante meses la había esperado fielmente, por haber sido infieles los dos, porque compartíamos una «historia» respetable, diversa, genuinamente

propia. En esta camaradería nuestra poco habitual y encantadora hay muchas cosas conectadas entre sí: el orgullo del pasado, la facilidad de nuestra comprensión mutua, la amistosa igualdad, y algo completamente distinto: el estimado reposo neurasténico que sucede a aquello que se ha deseado largamente y al final se ha conseguido.

Cuando una relación así se establece —una relación que exige reflexión y cabeza fría—, una relación verdaderamente tranquila, sin caprichos, sencillamente aceptamos con mayor benevolencia aquello que en circunstancias distintas nos molestaría y originaría una discusión: apenas percibí la confesión de Liolia sobre el dinero que le había ofrecido Serguéi N. (quien se había marchado a Estados Unidos para filmar una película), o el imperceptible cambio que este inesperado bienestar le proporcionaba —planes de futuro, de negocios o viajes, explicados en un nuevo tono de seguridad—, acepté sin la menor crítica que Liolia no se arrepintiera de la generosidad de Serguéi N. y estuviera contenta por la ausencia de preocupaciones, encantada con la futura compra de vestidos caros, con ese pulcro hotel, casi de lujo. Con extraña incoherencia —quizá por ese pronunciado candor tan suyo—, Liolia me informó, con una sonrisa tranquilizadora, de lo duro que había sido estar con Serguéi cuando había quedado finalmente claro que ya no se podían arreglar las cosas, que era necesario separarse, y que Serguéi —«después de todo lo ocurrido»— por supuesto no la dejaría «en la miseria». Sin reproche alguno que sonara cierto, no solo no llegué a percibir ninguna promiscuidad descuidada por parte de Liolia, sino tampoco cobardía alguna por mi parte: al fin y al cabo aceptaba que, en cierto modo, la generosidad de otro hombre —en esencia, un amante— se preocupara de Liolia. Sin embargo, mi rápido consentimiento no se explica por una indolencia egoísta (no tengo que ocuparme de Liolia, y lo escribo con total sinceridad, ahora ya no necesito dármelas de nada, ni justificarme), simplemente decliné entregarme a todo lo secundario que se iba revelando poco a poco, y que de pronto me llenó de evidencias: Liolia está aquí conmigo, en la misma ciudad, y es accesible en cualquier momento: para procurarme respuestas en persona, para besar sus manos o para una dulce, supuestamente accidental, carantoña, para admirar constantemente su voz, su elección de las palabras, su complicidad en mis momentos internos de tensión, para todo lo que tenga que ver con nuestra intimidad, que cada vez es más cercana. En un sentido, he cambiado —instantánea e inconscientemente—: mi capacidad para manejar mis asuntos internos, para dirigir a voluntad los distintos esfuerzos diarios; justamente ayer pude ordenar las cosas del modo más deslumbrante que se me antojara (de ahí mi eficacia, un éxito moderado y un tedio insólito); con qué poco esfuerzo me induje a soñar con Liolia con los

ojos abiertos hasta tal o cual hora (esa ha sido siempre mi manera de descansar y relajarme), y solo así prepararme para una conversación de negocios o planear (cosa que se reveló como un gran esfuerzo) la escritura de aquella noche, extraer las palabras, encontrar su adecuado orden rítmico y semántico; hoy en día me absorbe y estimula de nuevo la presencia embriagadora de Liolia, y privarme de ella —por el motivo que sea— sería antinatural, una forma de tortura sin sentido.

A veces intento comprender en qué consiste la desvergonzada naturaleza de esta obsesión que me consume entero. Los muchos intentos de explicarla (llamémosla atracción, conflicto inevitable, miedo a la pérdida) solo se refieren al detonante, a aquello que una obsesión semejante puede precisamente suscitar, apoyar, intensificar, pero su esencia, su alma por así decirlo, es otra: la mujer que nos fascina de forma tan desmesurada, tan confiada, se vuelve invisible, inconsciente de su papel de árbitro de nuestras acciones, conversaciones e incluso secretos, de las decisiones que no le confiamos a nadie, y aceptamos ciegamente su opinión (real o atribuida por nosotros), mejor dicho, sus gustos —todo lo que ella aprueba o elogia con una convicción inconsciente—, y a partir de esta opinión, de estos gustos, cambiamos persistentemente, porque necesitamos una aprobación incondicional, en todo momento, ininterrumpidamente, y nosotros, como seres salvajes ante su propio dios, constantemente (y, por supuesto, en pensamiento) preguntamos a la mujer que nos ha seducido a nuestro pesar cada tontería —aun la más insignificante—, de manera que dicha mujer se vuelve imperceptiblemente casi una abstracción de nuestra conciencia, y por eso nuestra obsesión romántica está inspirada y animada por una conciencia especial, hipervulnerable (como la ingenua conciencia del cuerpo por parte del alma), que suscita una inusitada exigencia en nosotros mismos, de modo que nos resulta imprescindible, incluso muy imprescindible, ser aceptados, poseer una conciencia inmaculada, cuanto más fuerte y agudo es el detonante que lo ha provocado y avivado todo, sin que importe cuál —el desconocimiento, el miedo a la pérdida, un conflicto—, uno, varios, o todos a la vez. Y, ahora, habiendo llegado a las palabras que describen esta sorprendente conciencia amatoria, que se ha convertido simplemente en conciencia, de nuevo tropiezo con una suposición, que para una persona creyente resulta arbitraria y blasfema, sobre la posibilidad de reemplazar algo, procedente de otro mundo supuestamente irreemplazable, por un amor humano originado aquí y que lo penetra todo.

Este estado de ánimo espiritual inusualmente elevado en el que me encuentro, al parecer depende en alguna medida de una cierta relación exaltada que ahora está emergiendo entre Liolia y yo; no

deseo nada para mí, no pregunto, no hago acusaciones (para lo cual me había preparado durante tanto tiempo y con tanto rencor), y me resulta fácil y extraño a la vez permanecer indiferente, paciente y sin curiosidad. La bendita claridad del primer día se ha interrumpido de forma completamente inesperada.

Estábamos sentados en un café, desde donde Liolia (como siempre escrupulosa y puntual) se disponía a hacer una llamada de teléfono por encargo de alguien en Berlín. Cuando se levantó, la miré con una súplica fingida, como pidiéndole que me permitiera acompañarla a la cabina telefónica para no quedarme solo; antes, este tipo de «cosas innecesarias» no estaban permitidas, pero ahora que la relación se ha vuelto menos vinculante y responsable, ahora que posee un aire cordial, ya no hay lugar para que Liolia se moleste por estas exigencias mías, supuestamente románticas, así que, riendo, asintió con la cabeza. Nos encontrábamos —como atrapados— en la minúscula cabina oscura, me ofrecí a marcar el número que necesitaba y me ocupé de esa tarea aburrida; después, una vez establecida la conexión, liberado, de pronto la vi: una tierna sombra blanca en la oscuridad, muy cerca de mí—prácticamente encima, escalofriantemente al alcance—, y sentí ese misterioso miedo atenazante y que todo lo despierta en nuestro interior, aquello que alguna vez hemos querido y hemos suprimido o apartado cobardemente por un plazo indefinido; entonces, lo que antes había sido suprimido revivió en mí: la ternura de nuestros abrazos, la posibilidad de no decirnos adiós, la fidelidad, la esperanza de un acuerdo duradero, algún tipo de justicia ganada con el esfuerzo de mi amor mortal. Simplemente me pareció ridículo no acariciar a Liolia, no rozarla con la mano, no besarla mientras el tono bajo y melodioso de su voz parecía derramarse tan solo para mí y era más profundo, estaba más lleno de significado que esas frases de cortesía impersonal que tenía que gritar a través del teléfono. Mi paciencia llegó a su fin, Liolia se dio inmediatamente cuenta de ello y, sin hacer un solo movimiento —mientras proseguía la conversación telefónica—, su irritación y su disgusto me hicieron reaccionar de un modo brusco. Entonces recuperé de inmediato mi medio olvidado estado de rechazo, amargura y dolor, y simplemente me maravillé de la precisión de esa coincidencia: qué cerca habían coincidido dos estados tan diferentes en el tiempo, dos sentimientos de rencor, el anterior, que ya había olvidado, y el nuevo, agudo, como si de pronto me hubieran librado de una máscara de cloroformo y tras unos segundos de aire fresco me la hubieran vuelto a colocar. No existe semejante coincidencia exacta en la transmisión oral, en el acto deliberado de recordar, algo que ya me había asombrado en más de una ocasión: vuelvo una y otra vez a lo mismo, doy vueltas a su alrededor, y no puedo salir de tal embrollo,

porque la recuperación artificial del pasado (a menos que esta sea insistente y escrupulosa) suele ser más intensa, más fuerte que aquello que reconstruimos, pero siempre es diferente. Podemos crear algo que no haya ocurrido jamás, que se asemeje a lo sucedido, que se muestre más delicado a nuestra conciencia crítica, consentida, pero no podemos recuperar el pasado, aunque la naturaleza a veces nos devuelva el pasado con toda su encantadora frescura y fragilidad. Observando la asombrosa diferencia —entre esta recreación inesperada, ajena a nosotros, y nuestros intentos de simular esa misma reconstrucción— pensé involuntariamente en una corriente de eternidad que fluyera a nuestro encuentro, que no se alejara de nosotros, porque lo que hemos construido es irrepetible, único, excepcional y, a pesar de ello, no será eterno, y ahí radica su patetismo y su incoherencia con la aburrida vida en general y su heroica futilidad.

Tuve que sufrir de lo lindo para que toda esta serie de pensamientos, confusos al principio, surgidos a raíz de una causa tan incidental —el fugaz sobresalto en la cabina telefónica—, pero aparentemente tan significativos, se postergaran hasta la noche; luego, ya en el camino de vuelta de casa de Liolia, los estuve recordando, reflexioné para ponerlos en orden y así entrada la noche —ahora mismo— poder escribir, habituándome (aunque en pequeña medida) a esa disciplina mental que en ausencia de Liolia —por la pobreza, por la falta de tentaciones y distracciones— obtenía con facilidad, y que ahora me resultaba casi imposible, sin la cual no puede haber creatividad. Aún albergo en mi interior una cierta resistencia —el resto de una prolongada indiferencia y una terquedad obtusa—, lo cual corresponde convenientemente a mi actual moderación y falta de curiosidad respecto a Liolia: de ahí que venciera de forma indolora y rápida el peligroso torrente de esperanza y el todavía más peligroso sentimiento de amargura por la decepción y el desapego. Si no tengo en cuenta esos minutos, el día pasó con bastante monotonía —con una claridad cordial conmovedora— y fue como si disipara la posibilidad de un amor recíproco para el que (secretamente para mí y felizmente confiado) me había preparado en especial. Por otro lado, esa posibilidad era completamente imaginaria y harto inverosímil después de tan lamentable experiencia con Liolia, lo cual confirmaba por enésima vez que el amor no se puede forzar. Estas esperanzas exageradas, sin sentido, surgieron, al parecer, en Blainville, uno de esos lugares curativos o villas de reposo de Normandía, donde se está construyendo un casino, y que en el futuro se convertirá en un balneario de moda, pero por el momento es una localidad barata y tranquila; allí pasé dos relajantes semanas a finales de verano. Después de una larga rutina en la ciudad, que ofrece la posibilidad de

encontrar entretenimiento a cada momento (me distraigo con toda clase de personas: una pareja cualquiera, cualquier mujer joven en un café, en la calle, en el metro), después de un infundado desprecio por la naturaleza extranjera, irremediablemente ajena, dichas semanas en Blainville resultaron inesperada y sencillamente encantadoras. Fui a parar allí por recomendación de un conocido, y, animado, entusiasmado por mí primer golpe de suerte —porque había conseguido instalarme en una agradable y cómoda pensión—, me dirigí enseguida a dar un paseo, con una satisfacción infantil, pura, por el desconocido paraje rural: la lluvia reciente y un sol que se asomaba sin molestar habían imbuido el ambiente de cierto sentido de celebración aportado por las gotitas brillantes (parecidas a lágrimas de alegría tras una risa irrefrenable y despreocupada), el triunfo de la fatiga, de la frescura y la pureza; había algo que me recordaba los tragos ansiosos en un manantial de agua fresca y acerada. Paseaba por un camino sin pavimentar, embarrado a causa de la lluvia, pisaba alegremente la tierra genuina y desnuda (lo lamentaba solo por los zapatos, que, manchados de barro, se iban endureciendo), y de pronto reconocí vagamente algo propio, lejano, que el tiempo, los sentimientos y los acontecimientos diversos habían ocultado. Quería estar solo, no ver a nadie, no quería que las gentes del lugar se mezclaran con el regreso de mi pasado, con mi concentración aún no determinada; me apresuré a dejar atrás el último edificio del camino, el casino vacío a medio construir, a los trabajadores silenciosos, hostiles, con sus blusones blancos sucios (el casino estaba a la izquierda, a la derecha había un pequeño lago desvaído, desde donde el agua se precipitaba en una fina capa por las irregularidades del terreno, creando inesperadas cascadas sonoras, turbias de fango y temblorosas como gelatina); ya no me topé con nadie más y pronto me encontré en una larga y sombría alameda con árboles dispuestos en dos hileras rectas, tan cerca entre sí que formaban una bóveda uniforme. Tuve la sensación de estar a punto de adentrarme en una cueva o en un cobertizo, peligroso y aislado de todo —efectivamente el entorno era solitario, aterrador y húmedo, como en un sótano—, pero el frío vigorizador, la soledad, la ausencia de gente, que siempre anda juzgándote y resulta un obstáculo, contribuyeron a alimentar en mí una sensación de júbilo, que había empezado antes ya y exigía una acción inmediata de mi parte, una voluntad férrea de conquista. A la derecha se oía gorgotear la cascada, que se llevaba lejos la espuma amarillenta, mientras que a la izquierda del paseo un bosquecillo se alzaba en una ladera empinada (ocupaba una superficie pequeña, pero se veía tan asilvestrado, descuidado y frondoso que parecía que uno pudiera perderse en él); caminaba por un ruidoso suelo de grava (la lluvia, seguramente, no había penetrado en él a causa de las hojas),

sobre raíces que me hacían pensar en trampolines de gimnasia, y cada vez tenía más ganas de tomar impulso y echar a correr. Empecé a trepar por el difícil y empinado terraplén, haciendo crujir las hojas y las pequeñas ramas a mi paso, esparciendo arena, dando puntapiés a los pedazos de musgo seco y duro —como si se tratara de un balón—, y alegre en cierto modo, embriagado, me sentía apasionadamente convencido de que para mí no había nada inalcanzable. A la manera de la sinfonía de Chaikovski, la grandeza impersonal y solitaria de aquel lugar me reconstruía a su imagen y semejanza, me ennoblecía, me empujaba a confiar en que Liolia comprendería, no podría no comprender, la generosidad de mi devoción, mi disposición a enriquecerla sin pedirle nada a cambio, solo hacía falta que acudiera a este maravilloso lugar revelador y yo, con toda la tenacidad aquí acumulada, podría al menos traerla a la fuerza y rodearla de esta atmósfera triunfante. Pero, al hacerla aparecer en mi mente, olvidé el desinterés de mi devoción y empecé a disponer del destino de Liolia de forma demasiado expeditiva: me pareció que el milagro de la no separación era algo que podía materializarse fácilmente, que solo era posible para mí en el matrimonio —la habitual ingenuidad de un soltero que se hace mayor—, e imaginé, o mejor dicho, no dudé en considerar garantizada nuestra correcta y conmovedora vida familiar; buena camaradería en el descanso y en el trabajo, conversaciones agradables, amenas, libres de discusiones, por más que estas se entrecruzaran, un amor digno, pocas veces expresado, confiado, con justificado descuido, con el dormitorio cerrado con llave (para aislarnos del mundo entero), con paseos esporádicos por esta senda arbolada, renovando con reverencia nuestro amor puro. A paso ligero (como si me persiguiera mi imaginación febril y exultante) salí del camino y regresé al lago. Cerca, en un prado, al pie de la cuesta, había un modesto café al aire libre —mesas redondas sobre gruesas patas de madera, sillas plegables, una casita en el centro, donde se distribuía y preparaba todo—, exactamente como en un verdadero tea room; hábilmente corrían con bandejas (eso sí, por la hierba) unas jóvenes almidonadas con cofias, y había algunas personas sentadas, que, tras haberme pasado una hora entera solo en plena naturaleza, me parecieron inusualmente endomingadas; ahora me producía alegría verlas, eran un nuevo motivo de inspiración, testigos de mi esperanza y de la enorme alegría que acababa de nacer en mi interior; tomé asiento entre ellas, con buena disposición, y las observé casi amistosamente, simpatizando en particular con quienes tomé por una pareja de jóvenes enamorados; disfruté junto a ellos de la encantadora brisa que llegaba del lago, mi cara vuelta hacia él, los ojos cerrados, compartiendo ese disfrute también con Liolia, y me estremecí cuando me di cuenta de la hora tardía: de pronto me imaginé que estaba

pagando por Liolia, que me ocupaba de ella, el día le complacía, me halagaba y se sentía orgullosa de mí. Por la noche, en mi habitación estrecha y acogedora, junto con los libros que había traído conmigo, con la cama casta y un tanto dura, con las paredes que dejaban pasar todos los ruidos, yo —convencido de la proximidad duradera, proverbial y vertiginosa de Liolia— bien podría haber abierto la puerta de golpe y haberme encontrado cara a cara con ella, como si hubieran pasado muchos años de matrimonio, desprovisto de toda pasión exigente, como si me encontrara con un amigo fiel y de confianza, que nunca engaña. La posibilidad que me ofrecía Blainville —la más preciosa y conmovedora— de reciprocidad amorosa, fidelidad y matrimonio (ocultándome a mí mismo que se trataba de una ficción), la cuidé y la animé, pero con el regreso de Liolia a París, con mi nueva y cautelosa moderación defensiva, esa posibilidad no tardó en desvanecerse, demasiado estéril, porque no había nacido de la realidad, sino de unas condiciones etéreas inspiradas por la música o la naturaleza, que a pesar de su elevación se destruyeron al primer roce con la vida real, con las primeras palabras que oí en labios de Liolia, y, cuando ya en el tren procuré insistir (como es habitual, mi conciencia se había demorado un poco), en mi insistencia ya no había convicción alguna, ningún sentimiento secreto —ni siquiera para mí mismo— de estar en lo cierto.

Conteniendo mi fervor irracional del principio, perdí esa ceguera heroica que a veces nos lleva a consecuencias completamente irreparables y regresé a mi habitual estado de cautela, prudencia y cálculo temeroso: cómo administrar el dinero, cómo dividirlo entre dos, ¿no sería mejor no cambiar nada y ahorrarse el sufrimiento? Era como si me viese obligado a rechazar todo lo que ya consideraba mío —el amor recíproco, una sólida y perdurable felicidad—, pero, si todo esto se materializara, empezaría a atormentarme de inmediato el miedo a no tener dinero, a la responsabilidad para con Liolia, a no haber hecho lo suficiente por ella, y tanto temor cruel, esa constante lucha insaciable, terminaría por superar y desplazar mi amor.

Con frecuencia me siento como si hubiera sido arrojado a este mundo indefenso e indeseado, y cualquier éxito, en especial el pecuniario, me parece fortuito, el último de su especie, de modo que cuando el dinero empieza a escasear, preferiría escurrirme hasta la pobreza, hasta la miseria más vergonzosa, hasta el momento en que de nuevo, una «última» vez, el dinero vuelve a aparecer, como si se tratara de un milagro incomprensible; es por eso por lo que simplemente no puedo soportar vivir de forma tan precaria, pensando en Liolia, en su triste dependencia de una vida así de azarosa; carezco de la valentía requerida y, con toda probabilidad, no me asiste el suficiente descaro. Además, sé por un instinto habitual, fácilmente

acomodaticio, desarrollado a base de muchas derrotas, que Liolia, por cariñosa y amable que sea conmigo, se zafará de la reciprocidad, sé que, en cierta medida, la culminación de la felicidad tiene su límite, y esta prudencia en lo tocante a los asuntos de amor coincide con mi prudencia respecto a la vida.

Además, mostré cierta cautela en la manera de prepararme para recibir a Liolia, y, como un prometido o un marido, me liberé de las «aburridas relaciones de soltero» antes de su llegada, mejor dicho, no tanto por cautela como por una obstinada tenacidad de maníaco que quiere salirse con la suya y, sin reparar en el daño causado, termina por barrer el obstáculo de turno que se le ponga por delante. Es cierto, «la liberación de las relaciones de soltero» —de Ida Ivánovna y de la pobre Zinka, que había enfermado hace poco— no fue un mero detalle entre muchos otros que marcaron y prepararon la llegada de Liolia, sino algo agradable por propio derecho: mucho antes de la llegada de Liolia había decidido ya quitarme de encima a las dos mujeres, pero simplemente no tenía una coartada externa que me facilitara ofrecer las últimas y dolorosas explicaciones. Ahora sí he encontrado ese pretexto —el regreso de Liolia—, y esas explicaciones definitivas han ocurrido finalmente, y han resultado crueles, indiferentes, como si fueran tan solo un trámite para mí.

Por supuesto, librarme de Ida Ivánovna fue lo más fácil: me había preparado de antemano y sabía que, aunque pasara unos diez minutos agónicos, enseguida los olvidaría y podría luego regresar a los pensamientos agradables relacionados con Liolia. Por un instante sentí la tentación —por un aparentemente enraizado instinto calculador— de no dejar a Ida Ivánovna, evitar esos agónicos diez minutos. Liolia nunca conocería mi secreta «aventura», que sería involuntariamente transmitida como contrapeso, una malévola legítima defensa, que antes estaba ausente, pero era necesaria en una relación desequilibrada, como era mi caso, indefenso como me encontraba ante la fuerza femenina de Liolia. Pero a menudo mi mente —los ejemplos con los que me eduqué, los logros personales y el orgullo conmovido que siento por ellos— resulta más noble que mi verdadera naturaleza, y fue precisamente con la mente como decidí presentarme ante Liolia limpio y confiado, preparado para ofrecerle las explicaciones aburridas a Ida Ivánovna, e incluso para no enviarle —que hubiera sido lo más conveniente— una carta de despedida, siempre desdeñosa, como si me retirara. La nobleza de mi conciencia se expresa también con ambas mujeres (dentro de los límites de la «caballerosidad»), en la medida en que soy tácitamente franco y evito discutir el hecho de que no estoy enamorado de ninguna de ellas, sino de Liolia. Basándome en dicho tono natural de total franqueza, decidí simplemente informar a Ida Ivánovna de la inminente llegada de Liolia, seguro de antemano

de la fuerte impresión que esa información le causaría, y dejando que fuera ella misma la que sacara y expresara sus propias conclusiones. Así lo hice, y una vez más me convencí de hasta qué punto Ida Ivánovna sabe ser discreta, poco abrumadora y fácil, sin exigirme a mí lo mismo.

—Ha de saber que dentro de unos días llega Yelena Vladímirovna.

—Lo esperaba. En ese caso, ¿no vendrá usted ya más? —Después de mi silencio afirmativo—. No hace falta decir nada. Despidámonos y punto final.

—Tiene razón, como siempre.

Quedé encantado de su fortaleza lacónica y masculina. De hecho, Ida Ivánovna parecía menos desconcertada que de costumbre; puede que ese sea su papel en la vida: soportar ofensas, desaires, el desprecio de alguien al que estaba unida. Lo más seguro es que yo le fuera indiferente, pero le resultaba necesario (como cualquier otro) tal vez solo como un «desahogo de la sensualidad».

Mucho más difícil se presentaba darle explicaciones a Zinka, que parecía sinceramente enamorada de mí, pero que me suscitaba (por mucho que me consintiera) solo una mezcla de piedad e irritación; cuando no la veo y no recuerdo su rostro alicaído, pálido, preparándose para un rechazo desdeñoso, entonces me enfado conmigo mismo y con el destino: ¿por qué precisamente Zinka, poco exigente, indefensa, a quien ofendo y torturo a solas o delante de todos? Cuando viene a mi casa, y especialmente cuando tarda mucho, una eternidad, en marcharse, apenas me esfuerzo en ocultar mi impaciencia, en callarme esa verdad que hace tiempo conoce. Al parecer, por primera vez en todo este tiempo de relación (y precisamente ahora que debemos separarnos) me he dirigido a ella por iniciativa propia y le he propuesto que nos veamos en un café. He empezado, igual que con Ida Ivánovna, con la noticia de la llegada de Liolia, aunque Zinka —por delicadeza o por amor propio— nunca ha expresado con palabras lo que se podía dar por sentado, aquello de lo que a pesar de todo, remota y confusamente, se ha llegado a quejar. Y ahora tampoco se ha traicionado, apenas un rubor ligero, y los ojos le han brillado indignados:

—No verá a Yelena Vladímirovna. Hoy me ha visitado el doctor y me ha informado de que estoy muy enferma. Me marcho con mi padre a Suiza. Usted debe venir conmigo.

—Ahora me resulta imposible, y no a causa de Yelena Vladímirovna.

—Se refiere usted a los negocios, a la cuestión financiera. Déjelo, sé que no es cierto. Si algo se quiere, siempre se puede conseguir.

Tuve el deseo irresistible y odioso (a causa de ese ataque a mi

libertad) de levantarme, salir y no volver a ver a Zinka, y eso me hizo —en contra de la suave cortesía persuasiva que me caracteriza en esos casos— afirmar de forma enérgica y grosera:

—No voy a ir.

Zinka me observó con inesperada ternura, como si estuviera repitiendo la pregunta, como si quisiera darme tiempo para reflexionar y considerar en toda su crueldad mi negativa, pero sin una palabra —con un gesto perplejo de la mano y los hombros— le expliqué que no podía cambiar nada. Entonces, ella, con un reproche vehemente que me recordó nuestra primera intimidad y mi largo arrepentimiento posterior, solemnemente, casi de manera teatral, dijo:

—Comete un asesinato.

Pensé que era una frase efectista, conmovedora, pero cuando me despedía, al marcharme, dejando a Zinka inmóvil, como si no pudiera creer en esa definitiva crueldad por mi parte, sentí que debía justificarme ante mí mismo, enardecerme con pensamientos lógicos y honestos, que no había buscado el amor de Zinka, que si en un principio ella había podido llegar a pensar que yo podía corresponder a sus sentimientos, ahora no le podían caber dudas (porque, a fin de cuentas, ni una sola vez había sido yo el primero en llamar y ni una sola vez quise pronunciar palabras románticas, comprometedoras, ni siquiera cariñosas o atentas), pero, si bien mis reflexiones eran lógicas, correctas, precisas, yo seguía sintiéndome intranquilo y tenía una clara sensación de culpa y falta de honestidad. Caminaba por la calle, disfrutando de la animación y el calor del verano, liberado de todas las tareas pesadas que me había impuesto, experimentando la especial dulzura de la seguridad (por nada del mundo volvería a ese café, ni volvería a ver a Zinka, ni me sometería a sus reproches, ahora esperaría a Liolia sin ningún impedimento), y seguí consolándome con esas verdades que había aprendido tiempo atrás: lo inadmisible de usurpar la libertad ajena, la necesidad de defender la propia, que toda obsesión y falta de cálculo son desvergonzadas, y, ciertamente, todas esas verdades fáciles, con las que ahora yo me defendía, las había aprendido por experiencia, pero al revés, de manera autodestructiva e implacable, cuando era yo quien precisamente se avergonzaba de los insistentes e inoportunos «ataques a la libertad ajena» que no habían recibido una respuesta benevolente, y a menudo los evitaba. Pero incluso si tuviera razón ante Zinka e intentara actuar de un modo irreprochable en estos casos, en mi memoria permanecía aquella exclamación suya: «No verá a Yelena Vladímirovna», tan decidida (seguramente, debió de pensar que esa era la manera de hablarle a la gente) y tan indefensa, desconcertada cuando me marchaba del café y ella exclamó, con una penosa solemnidad: «Asesino». Con frecuencia consideramos responsables a quienes amamos, y a veces no podemos

distanciarnos a causa de tales exigencias absurdas; sabiendo eso y recordándolo (y precisamente porque lo sé y lo recuerdo) no podía apartarme de lo contrario, de un sentimiento de responsabilidad ante Zinka, quien me amaba, de comparar su debilidad con mi fuerza, no podía apartarme de la conclusión inmediata de que estaba obligado a cuidar de ella de alguna manera. Incluso me parecía injusto olvidarme por completo de Ida Ivánovna, solo porque esta se había quedado callada, porque los discretos siempre pierden, pero, de hecho, resulta que esa rivalidad entre quienes no son amadas se igualó de forma fácil y natural: yo amaba a una tercera, que era una extraña para ambas —Liolia—, y la alegría que ella me hacía sentir inmediatamente desplazó todo lo demás. Se impuso la prudencia tranquila, cruel con la pobre Zinka, pero benévola con Liolia: tan solo lamento que la exaltación que he logrado con ella no vaya a durar, se verá perturbada por nuestro próximo viaje, por las expectativas excesivas que he depositado en él y que no se materializarán. Es el único fracaso de la prudencia que he mostrado hoy, como si los deseos previamente encadenados se hubieran desatado y hubiesen salido disparados, pero ya no pudiera detenerlos.

Se me hace más fácil llevar este diario: las anotaciones están mejor preparadas, las palabras expresan algo propio, tengo un repertorio más amplio, he desarrollado la costumbre de invocarlo a voluntad, mis observaciones no se agotan inmediatamente, más bien se encadenan y me permiten extraer cosas nuevas. Incluso temo esta inagotable facilidad, me detengo deliberadamente en algo difícil y cavilo buscando con tenacidad elusivas soluciones verbales que me parecen ser las únicas verdaderas y exactas, pero ninguna artificiosidad puede reemplazar mis esfuerzos naturales internos; no obstante, habiendo encontrado las palabras imprescindibles, sigo escribiendo apresuradamente, como si fuera en pos de todo lo que de no ser así se perdería y se olvidaría; evidentemente, el trabajo diligente en el diario, como cualquier otro, con esfuerzo y tiempo, se convertirá en un oficio, y ya no habrá dificultad ni novedad, no habrá pasión por ocultar o exaltar lo que se ha grabado con tan perdurable misterio. Dejo de pensar en la benévola mujer amada que tendrá el honor de leer y comprender; no, ahora preveo un lector indiferente, imparcial y, naturalmente, vaticino su perplejidad desdeñosa: porque, si intento de buena fe, sin trampas, imaginar algo propio, acabo por traicionarme, descubro en ello algo malo, que la gente suele ocultar (a menudo a sí misma) y, por eso, a mi pesar, me avergüenzo de lo conseguido.

19 de septiembre

Intuí algo —sobre la imprudencia y la inutilidad del viaje a Blainville—, y no me siento nada orgulloso de mi intuición, no albergo ninguna pretensión vanidosa. Sencillamente no tengo ganas, porque el tiempo que queda para el regreso de Liolia me parece de una felicidad extraordinaria, irrepetible, aunque transcurra a un ritmo indolente, aburrido y detestable. Ahora me encuentro en el más odioso de los estados —un interminable ataque de celos— y mi rival es el inesperado, el incomprensiblemente afortunado Bobka, por quien ni siquiera como rival siento curiosidad. Yo mismo le propuse a Liolia que Bobka nos acompañara a Blainville, para evitar la decepción (nuestro idilio no podía triunfar) y posibles tentaciones —habitaciones contiguas, paseos a altas horas y conversaciones—: había previsto la resistencia de Liolia y quise conservar una claridad mental prudente y cómoda. Pero no tuve en cuenta muchas cosas —no solo los caprichos de Liolia y el éxito absurdo de Bobka—, no tuve en cuenta mi propia servidumbre hacia la naturaleza de Blainville, la alameda sombría, la colina con el café junto al lago, todo lo que aquello representaba para mí y para lo cual necesitaba su ayuda. ¿Ocultaba esa naturaleza algún veneno real, que había encontrado cuando estuve a solas allí recientemente? ¿O bien lo que había descrito con exageración había sido transmitido a mis compañeros de viaje y por alguna lógica extraña y dudosa los había unido, frescos y nuevos, mientras que a mí me había dejado de lado, cansado de todo aquello? En cualquier caso, había dejado escapar para siempre la posibilidad de una amistad verdadera con Liolia, perdida la esperanza de salir ganando, pero conservando por lo menos su amistad, satisfecho con el equilibrio que esta pudiera ofrecerme. Estoy harto de que la gente prefiera a otros antes que a mí, por amor propio, por una cruel y burda obviedad, y lo único que ahora podría aliviarme sería mi triunfo, la evidencia de mi victoria, la aceptación de unas condiciones extremas: que Liolia viniese a vivir conmigo para siempre y no volviera a ver o recibir a Bobka nunca más. Todo esto está en ridicula contradicción con el verdadero estado de nuestras relaciones, y no paro de tramar planes ingenuos y pueriles (ya sean vengativos o conciliadores): si yo desapareciera, dejaría a Liolia y a Bobka a solas, y ella, una vez que me hubiese perdido, se quedaría con el único apoyo de Bobka, se asustaría y se arrepentiría, sin duda.

Llegamos avanzada la tarde, y en la pensión nos informaron de que habíamos tenido una suerte excepcional («quelle veine vous avez»): el casino abría sus puertas esa misma noche. Le propuse a Liolia dar un paseo hasta la hora de la cena y sentarnos al aire libre en ese café que, en París, le había descrito prolijamente y con entusiasmo (elogiándolo como si fuera mío), pero Liolia prefirió descansar y arreglarse. Bobka desapareció enseguida, por lo visto fue a llamar por teléfono a su

padre, así que me fui yo solo por el camino que ya conocía. Soplaba el viento, hacía fresco y se notaba la humedad. Delante de mí un caballero juicioso le argumentaba a su dama que no tenía ningún sentido abrir un casino a final de temporada. Ellos también se dirigían al café, y yo —por una curiosidad traviesa— ocupé la mesa contigua a la suya. La dama me llamaba la atención, era aún joven —pálida, delgada y alta, como algunas bailarinas actuales— y por el acento no cabía duda de que era rusa. Sin embargo, hablaba poco, solo respondía, y aun así lo hacía de manera distraída, por lo visto muchas veces sin venir a cuento. Su compañero, un francés morado de tantos aperitivos, grueso y calvo, con unos bigotes grises y una roseta de la Legión de Honor, intentaba arrastrarla a una absurda discusión sobre Rusia, atacándola de forma bastante grosera y presumiendo de su formidable erudición y argumentos: «Un peuple mérite le régime qu'il a, vous, les russes, c'est Lénine ou bien Ivan le Terrible…, voyez ceux qui entouraient ce pau-vre tsar, ils l'ont tous abandonné, c'étaient tous des laches, laches, láches».[9] Es posible que simplemente se estuviera mofando de ella, y la dama pálida, siguiendo el ejemplo de muchas otras mujeres emigradas, era para el extranjero «du meilleur monde», es decir, «del entorno del zar», y es a ella a quien precisamente iban dirigidas esas palabras ofensivas; en cualquier caso, ella apenas le escuchaba, replicaba con indolencia y apatía, y, sin que él lo advirtiera, intercambiaba miradas conmigo, bajaba muy expresivamente los transparentes ojos azules a la vez que mostraba sus dientes superiores, que sobresalían ligeramente. Tuve ganas de participar en la discusión, de deslumbrarla con el hecho de que yo era ruso y estaba de su parte, maravillarla con mis comentarios apropiados, sensatos y que, en mi opinión, llevaban las de ganar. Pero casi no tenía tiempo, deseaba volver junto a Liolia cuanto antes, y me faltaban fuerzas para superar las presentaciones y la dificultad de ese atrevido primer paso. Sin embargo, en el camino de vuelta, rebosante de una energía no utilizada, mi romántica imaginación se figuró la dependencia económica de aquella pobre mujer rusa (no creo estar equivocado) y que el francés rico «se pavoneaba delante de ella a costa de su dinero»; imaginé cómo le trasladaría a Liolia esa observación excepcional, dolorosa, triste y conmovedora de la vida real. Tal vez aquello no fuera tan sorprendente y especial (a menudo suelo exagerar las observaciones que preparo especialmente para Liolia, por la enorme importancia que tiene para mí la impresión inspiradora que le producen) o simplemente no lo conté en el momento oportuno; el caso es que Liolia, con una atención amable, insultantemente forzada, me escuchó, asintió con la cabeza de un modo impaciente (para no alargar la explicación) y reanudó la conversación con Bobka, que había sido interrumpida por mí y

versaba sobre las noticias recibidas por teléfono y la salud de su hermana. Aquello me hirió profundamente, sobremanera, porque estaba convencido de antemano de que le causaría una gran impresión, y consideraba que mi objetivo rebosaba buena voluntad, cordialidad y nobleza. Sin embargo —debido a mi torpe intervención —, la impresión fue de extrañeza, resultó superflua en la conversación adulta entre Liolia y Bobka, y esa insoportable sensación se prolongó hasta la mañana siguiente, solo que cada vez parecía estar más justificada.

De pronto comprendí que, igual que me había pasado antes, me estaba deteniendo en minucias, mientras que nada del relato había cambiado en esencia; para comprobarlo convencí a Liolia (y contra mi deseo, por cortesía, también a Bobka) para visitar inmediatamente después de la cena esa alameda oscura, de la cual de nuevo esperaba una ayuda cómplice. Liolia aceptó sin entusiasmo y, solícita, preguntó:

—Bobka, querido, ¿no tendrá usted frío?

Todo el camino, con una ternura inusual en ella, sin ironía, Liolia se lo pasó preguntando lo mismo una y otra vez, y yo, atormentado, no podía entender por qué no se preocupaba por mí, que iba vestido exactamente igual que Bobka, pero era mucho menos fuerte y sano, y me quedé con el único consuelo de que quizá Liolia me consideraba culpable de un paseo imprudente y por ello se mostraba tan desafiante y solícita con una sola de las partes. Pasamos por delante del casino resplandeciente, blanco, ruidoso, junto al lago —de donde llegaban corrientes de aire frío, húmedo y cortante—, y de pronto Liolia se alegró:

—Bobka, se me ha ocurrido qué hacer.

Con habilidad se quitó la gruesa chaqueta y echó la manga izquierda sobre el hombro izquierdo de Bobka, y la derecha en su propio hombro derecho: para ello tuvieron que sujetar la prenda con fuerza (cada uno de un extremo, con la punta de los dedos) y apretarse mucho el uno contra el otro. Volvimos a pasar por una zona oscura, donde ambos (Bobka, ancho y grande, Liolia, más pequeña y delgada, y la chaqueta que los envolvía, que colgaba oblicuamente del hombro de ambos) parecían un monstruoso animal de cuatro patas. Yo caminaba a la derecha de Liolia, sin rozarla, haciendo gala de distancia y aislamiento. Por supuesto, de no haber sido por Bobka y por la extraña conducta de Liolia, me hubiera apretado contra ella, y no hubiesen existido ni integridad ni frialdad despectiva. Finalmente llegamos a mi querida alameda, oscura, terrible, con el rumoroso estruendo de las invisibles hojas secas, y pensé que, en esa oscuridad, en un lugar tan siniestro y apartado, podría ocultarse un peligro (por ejemplo, un atraco inesperado) y que nosotros, los dos hombres, haríamos mejor en olvidarnos de nuestra rivalidad y unir fuerzas para

defender a Liolia. Como si quisiera justificar ese tipo de pensamientos, alguien nos enfocó con una linterna a muy poca distancia. Yo, envalentonado como nunca, me dispuse a ser el primero en atacar, pero frente a nosotros apareció un caballero alto y vestido de esmoquin que por lo visto se dirigía tranquilamente al casino, y a la luz de su linterna pude ver con claridad diáfana que Bobka rodeaba y acariciaba a Liolia con su brazo libre; con una lucidez inconsciente e inmediata, decidí quedarme un poco rezagado (antes de que la luz desapareciera) y así me cercioré con una innegable certeza de que Liolia también abrazaba a Bobka.

Sentí el deseo de preguntar algo que sonara cáustico: «Y bien, ¿ya han entrado en calor?», azuzarles, demostrarles que veía y sabía lo que allí estaba ocurriendo; sin embargo recelaba de la incomodidad, la inoportunidad de un comentario así, y —por enésima vez— me quedé callado cobardemente. El dolor aún no había aparecido, solo el presentimiento de su duración, de su fuerza desmedida y de su inexorabilidad, de su correspondencia con lo que pasaría o pudiera pasar hoy, y a cada golpe nuevo me preguntaba, más sorprendido, hasta dónde llegaría aquel dolor, cuánto de él sería capaz de soportar; pero de momento —mientras el dolor no llegaba— me sentía aturdido y alegremente embriagado, con esa ebriedad que embarga a las personas con el creciente sonido de la orquesta cuando esta ataca la melodía principal, o cuando contemplan acontecimientos escandalosos, destructivos, o ante la posibilidad de su propio fallecimiento, o por despecho a alguien, un desconocido al que consideran culpable de todo.

Dimos la vuelta y caminamos más deprisa para llegar a la «inauguración» y entrar en calor. La inauguración resultó un fracaso; el juicioso francés calvo, que ya se encontraba ahí con su compañera aburrida, por supuesto, tenía razón: había poco público. El casino era como otros tantos establecimientos de segunda categoría: un comedor, una sala de baile, dos o tres salas de juego y una veranda, que con ese tiempo inclemente estaba de más; por todas partes había un brillo falso y apresurado; todo aquello, combinado de cualquier manera, pintado sin el menor gusto, recordaba a una dacha rusa. Al parecer había más organizadores y ayudantes —entre músicos, camareros y bailarines— que público, y mientras estos fingían como podían animación, corrían, bailaban entre ellos y soplaban las trompetas con entusiasmo, la dueña del casino, una dama de apariencia joven, pelirroja, exageradamente escotada, recibía a los invitados junto a la veranda y a regañadientes, sin apenas esconder su enojo, sonriendo a los que tenía que dejar marchar, esos a los que asustaban las enormes salas casi vacías.

Invité a Liolia a bailar un fox-trot lento —en alguna ocasión no nos

había salido del todo mal—, pero Liolia, molesta, frunció el ceño y me dijo:

—No me parece bien salir los primeros, esperemos al siguiente baile.

Sin embargo, cuando Bobka la invitó al siguiente baile, no se opuso, se levantó y se fue con él. Estoy convencido de que Liolia no se dio cuenta de mi invitación, debía haberla olvidado, no era su intención (fueran cuales fueran los sentimientos que tuviese ahora hacia Bobka), pero lo que me hizo estallar fue precisamente su desatención, y puerilmente me prometí que nunca, nunca más volvería a bailar con Liolia.

No podía hacer otra cosa que observarlos cuando, de pronto, sin querer, descubrí que los dos resplandecían, que se les veía cómodos y bien cuando estaban juntos, tanto sentados como bailando. Aún pude observar algo más, que me pareció de mayor crueldad todavía: tan pronto como se alejaron de mí, su abrazo se volvió más indecoroso y descarado, mejilla con mejilla (pude incluso llegar a sentir, por mediación de Bobka, la dulzura aterciopelada de la suave piel de Liolia), y después, al regresar, como si se hubieran puesto de acuerdo, como si fueran cómplices (siempre me ofende la complicidad de los amantes frente a los demás), se apartaron un poco, pero en los ojos de Liolia advertí un brillo que conocía desde hacía tiempo, que no engañaba a nadie, algo turbio que ahora me parecía desagradable e implacable. De esta peligrosa, hostil y ajena Liolia, que por fin había llevado a cabo lo que desde el primer día yo esperaba confusa y ciegamente —como un animal que es atraído hacia una trampa por un llanto lastimero—, la llamada vehemente de Liolia, dirigida a otro, y fui presa de un miedo insuperable a la indefensión, como cierta pesadilla de mi infancia, olvidada desde hacía mucho tiempo: me estaba hundiendo, no tenía a quién dirigirme y nadie vendría en mi ayuda. El dolor, el verdadero dolor físico —una mezcla de escalofríos y náuseas—, me ha alcanzado ya y penetra todo mi cuerpo (la cabeza, el pecho, el vientre), y aún otro dolor indescriptible: la imposibilidad de seguir sentado junto a Liolia, levantarme y salir de allí, implorar o discutir, por una idéntica infidelidad, perecer a cada paso, a cada situación que se me presenta. Bobka y Liolia seguían bailando, exigiendo aplausos, que la banda siguiera tocando, sin darse cuenta de que cada vez había menos bailarines. En mitad de un baile, Liolia, sonriendo, apartó a Bobka (adiviné que se avecinaba algo insoportable para mí) y se dirigió rápidamente a su asiento. Estuvieron hablando como si no repararan en mi persona, tierna y alegremente —cada vez más cómplices—, y cada vez me parecían más agudos el terror de la impotencia, los escalofríos incesantes y el dolor. Ya no podía pensar correctamente ni tomar ninguna decisión: los pensamientos fugaces,

abreviados, buscaban en mis dos compañeros algo nuevo, desconocido hasta el momento, y que se había manifestado inesperadamente, pero no eran capaces de saber qué: Bobka, como siempre, me pareció que sonreía tontamente y estaba algo más sonrojado que de costumbre; por otro lado, Liolia estaba acalorada, satisfecha y encantadora por los dos. Es cierto que seguía herméticamente cerrada para mí (yo no existía para ella, y no me dirigió la palabra ni una sola vez, no se daba cuenta de que yo no bailaba con ella para expresar así mi resentimiento, mucho menos comprendía mi silencio contenido); no obstante, a esa Liolia, atrapada por una excitación ávida y oscura, aislada y alejada de mí, yo la recordaba —por otras señales presentes— a la perfección, sencillamente no había reconocido su relación cruel y humillante. Cruzaron mi mente otros pensamientos fugaces, dispares, deformados: por qué razón estaba aquí Bobka (o bien toda esa tortura era mi ley, mi destino, y Bobka no tenía nada que ver en lo que había sucedido), y por qué Liolia ni nadie más a nuestro alrededor quería comprender que habíamos acudido allí los tres en buena sintonía, por qué motivo parecía que ambos estuvieran conspirando para hacerme sufrir a mí, el tercero en discordia, y que dicha actitud era inhumana. También intenté descubrir la causa de esa preferencia inesperada: por mucha estima que me tenga a mí mismo, por más que me congratule de mi propia resistencia, de mi trabajo necesario y estimulante, por dentro siempre celebro el éxito de los demás, su victoria sobre mí, y no me conformo con la excusa de que si me niego a luchar es por desdén, ni hago ver que soy víctima de algún malentendido o injusticia (la eterna manía de los vencidos); no, inconsciente y persistentemente busco qué es lo que ha llevado al ganador a la victoria, lo que me ha faltado a mí; y así, mientras miraba a Bobka, sofocado por la desesperanza y la indecisión de cada partícula de tiempo, sin saber cómo actuar ni adonde ir, ahora, luego en casa, mañana…, de alguna manera tropecé con algo parecido a una explicación para la pregunta inesperada, algo que de pronto me reveló muchas cosas: ¿por qué a Bobka y a Liolia se les veía resplandecientes, mientras que a Zinka y a mí se nos veía ensombrecidos? ¿Por qué, de entre nosotros cuatro, yo era el único que parecía no saber cuál era su lugar (cerca de Zinka)? Pero tan pronto como encontré una forma de explicación en esa semblanza —aunque según la ley de la correspondencia externa (y no la interior, que era la que yo quería y la que hubiera sido más justa)— logré escapar para mi sorpresa de aquel callejón sin salida (aunque solo fuera mentalmente, puesto que mi corazón seguía penando) y pude preservar cierta penosa dignidad, olvidarme de mi vulnerabilidad y dejar de buscar la compasión: porque de todas maneras no se puede cambiar «la ley». Ni siquiera sentí, por otro lado, la tentación de hablar con Liolia, debido a la

barrera impenetrable que había surgido inesperadamente entre nosotros, y que comprendíamos: en una amistad entre dos personas, donde una de ellas está subordinada a la otra por la razón que sea (el hijo a la madre, el alumno al profesor, el empleado al jefe, el que ama al que no ama), existe un peligroso momento inicial, cuando el poder comienza a manifestarse, cuando la amistad pasa a ser control, un momento humillante, pesado, imperdonable para el subordinado; para mí, ese cambio brusco, ese final de la calidez propia de la amistad, el nuevo tono imperioso, la imposición de la nueva relación es inmensamente difícil, provoca un largo rencor, en especial en las mujeres, en particular en relación con «el que ama y el que no ama», y un cambio tan arbitrario y cruel, como en el caso de Liolia, siempre me deja sin el valor y la esperanza de llegar a un acuerdo. Hasta el mismo final de la velada no se lo reproché a Liolia, guardé un silencio obstinado toda la noche y me mostré impecable: allí, en la alameda, debido a una combinación de torpeza y falta de ingenio; aquí, en la sala de baile, por miedo y agravio, y además, por un bien razonado sentimiento de desesperación; entre la miríada de causas que han suscitado esta irreprochable actitud estaban tanto mi debilidad como mi fuerza.

Aunque sabía bien (por una análoga experiencia anterior) que cualquier intento de sacudirme esa larga y triste inmovilidad estaba condenado al fracaso y solo me conduciría (en el momento en que se encuentra un sustituto) a una realidad todavía más deteriorada por la incapacidad demostrada de escapar de ella, seguir sentado en ese lugar, escuchar las dulces palabras de Liolia (antes, cuando se dirigían a mí, se llenaban de un dichoso significado, mientras que ahora me sonaban absurdas por repetidas, por haber sido trasladadas a Bobka), ver continuamente a Liolia y sus atenciones —decididamente poco características— prodigadas a un desconcertante rival de tercera categoría era más de lo que yo podía y quería soportar, y andaba esperando un pretexto conveniente para levantarme y salir, un pretexto verosímil, que no fuera brusco ni provocativo. Hacía rato que yo observaba (con una concentración imperceptible para mí y, sin embargo, inquisitiva, esa con la cual las personas que parecen absortas en su pena contemplan y recuerdan para siempre todos los pequeños detalles externos que les acompañan) a nuestra vecina rusa, pálida y triste; hacía rato que tenía ganas de bailar con ella, incluso albergué la dudosa esperanza de herir así a Liolia, pero corría el riesgo de ser rechazado, y que me descubrieran, después de lo cual vendría mi indiscutible y desesperado final. Cierto es que las cosas no podían ir peor, y además la dama rusa me sonreía animándome, de modo que— con una sensación de peligro mortal, puede que con algo de pose— me decidí a acercarme a ella a continuación. Cuando ya me estaba

levantando, sonrojado por haberme pasado tanto rato sin hablar, dije con un descaro excesivo y en voz inexplicablemente alta:

—Liolia, ¿no se molestará usted si invito a bailar a otra persona? A nuestra vecina, por ejemplo.

—Faltaría más.

La dama rusa, sin vacilar, alargó la mano con afabilidad, incluso afectuosamente, como si yo fuera un respetable admirador, excéntrico y excesivamente tímido; el francés, contento de verla distraída, me sonrió; por lo visto, habían estado hablando de mí, de nosotros tres; en pleno baile, mi compañera, inesperadamente y mediante una ingenua muestra de simpatía, me preguntó:

—¿Por qué está usted ahí sentado tan abatido mientras sus amigos se divierten?

Bailaba maravillosamente bien, conducía de forma imperceptible, seguía cada uno de mis pasos (soy un bailarín irregular, siempre a merced de la dama), se entregaba a las aceleraciones y caprichos de la música. Parecía que no tuviera huesos (poseía al mismo tiempo la seguridad y la dócil plasticidad de una bailarina); yo me deslizaba al son de sus movimientos, admirando la flexibilidad que constantemente mostraba, y estaba dispuesto a desplazar mi admiración hacia cualquier otra cosa que pudiera ofrecerme, incluso a comparar su conversación lánguida con la de Liolia, sobre todo la Liolia de hoy, tan desagradable conmigo, pero precisamente en su conversación adivinaba yo algo profundamente familiar, que, puesto al lado de Liolia, parecía irremediablemente gris: la institución de señoritas, la provincia, el brillo superficial de París. Hubiera resultado entretenido preguntarle sobre la conversación que había tenido la oportunidad de escuchar por casualidad en el café junto al lago, sobre mis especulaciones indignadas —si tan solo me hubiera escuchado Liolia con su atención habitual—, pero en ese momento temía perder lo poco que quedaba de mi aparente dignidad, y decidí no entrometerme en nada que pudiera recordarme el humillante desaire de Liolia. Cuando, tras dar efusivamente las gracias a la dama rusa y a su protector, regresé agitado junto a Liolia (con la vaga esperanza de que todo cambiara de repente), que permanecía sentada, como antes, en actitud distante, acalorada, con los ojos nublados; por lo visto, no había reparado en mi ausencia, y tampoco hizo comentarios alusivos ni exagerados acerca de mi nueva conocida.

Decidí dar un paseo por las luminosas salas vacías, y la dueña pelirroja del enorme escote me detuvo junto a la única mesa de cartas en la que se estaba jugando; intentó convencerme para que participara, se veía que no era tonta, pero sí demasiado simple y francamente codiciosa: algo me hizo recordar a la bailarina pelirroja del restaurante donde había estado con Liolia y también la víspera de

su llegada; comparando a esas dos mujeres tremendamente seductoras con Liolia, una vez más, me convencí de que era imposible sustituirla, la había perdido, me irritaba en vano y me estaba consumiendo, me quedaba sin fuerzas, vacío; cuando comparé inconscientemente la primera noche que pasamos juntos, la bailarina se desvaneció de inmediato ante Liolia, y me alegré de ello, considerando que había obtenido, o bien me estaba destinado —al menos de forma amistosa —, el amor de Liolia, y esta noche, este punto de inflexión sin esperanza, imposible de olvidar. Mientras hablaba con la dueña vi de lejos a Liolia y Bobka, que bailaban de nuevo, y me sentí atraído hacia la sala de baile, pero no entré ni volví a mi sitio, me quedé cerca para poder observarlos sin el riesgo de que se dieran cuenta, para no perderme ni un solo movimiento, ni una sonrisa reveladora, para alcanzar a comprender alguna verdad —sin duda amarga— y luego decirme a mí mismo: ya no estoy con Liolia, aunque ella no lo sepa, y aunque le resulte indiferente; será lo más digno e inteligente por mi parte, y solo así estaré en paz. En esencia, había razones más que suficientes para esa ruptura (si se le puede llamar así a una decisión privada y unilateral, que a Liolia le sería indiferente y ridículo de admitir), pero yo aún mantenía la frágil esperanza de estar equivocándome, que simplemente había hecho enfadar a Liolia y aquello no era más que un berrinche, que al día siguiente todo volvería a ser como antes; si pese a todo yo dejaba de creer en un sinsentido semejante, por lo menos quería —consciente de mi falta de voluntad— echarle la culpa a algo indiscutiblemente imperdonable, para no lamentar después la equivocación, y entretanto encontrar las fuerzas necesarias para ejecutar la ruptura en un estallido de angustia indignada, lo cual significaría no encontrarme con ella o marcharme de París. Mientras estaba parado en una estancia contigua a la sala de baile, en medio del alboroto del bufet, y podía verlos justo delante de mí, o reflejados en varios espejos, mientras bebía con impostada indiferencia un Bénédictine o un Curasao, a veces se acercaban, casi abalanzándose sobre mí, cansados, callados, apretados dulcemente el uno contra el otro, y de momento no había nada que me pudiera consolar, pero tampoco nada indiscutiblemente malo en todo ello.

Regresamos a casa por calles otoñales, que recordaban al paisaje desolado de nuestras dachas rusas abandonadas. Liolia y Bobka de la mano; yo, resentido, ligeramente adelantado, les indicaba el camino con dos o tres palabras. Aparte de mis lacónicas indicaciones, nadie dijo nada, y me pareció que Liolia era quien guardaba un silencio más obstinado; en otras ocasiones, al igual que ahora, también había sido reticente a entablar conversación conmigo, pero esta vez brillaba tanto por su ausencia, era tan improbable el arrepentimiento, el exaltado remordimiento que durante toda la noche me había dado algunas

vagas esperanzas, que era como si no hubiera notado, no me hubiera dado cuenta de sus indiferentes palabras. Como sucede con todas las personas débiles o que están debilitadas por algo, mi atención afligida no se concentraba en lo general (que Liolia prefería a Bobka antes que a mí), sino en el indicio más insignificante: ¿por qué Liolia, que ahora caminaba a mi lado, conocedora sin duda de mi dolor, se apoyaba con fuerza en el brazo de Bobka y no en el mío o —siquiera como compañeros— en el suyo y en el mío a la vez? No me equivocaba en mis reflexiones, aunque para mí fueran francamente humillantes: todo había terminado, Liolia se había alejado, me había traicionado sin saberlo; yo estaba dispuesto a tolerar y a aceptar cualquier mal inevitable, pero ¿por qué causarme sufrimientos innecesarios, tan fáciles de ahorrar? De forma inesperada, Bobka interrumpió estos pensamientos míos, enfermizos y autoindulgentes, con una inoportuna y extraña pregunta en medio de nuestro silencio responsable y solemne:

—Ah, se me olvidó decirte que mi padre ha recibido una propuesta interesante, bueno, un asunto para Derwall. Pero aún deben examinar le bilan.

No sé si Bobka había intuido mi creciente animosidad o en realidad solo había recordado la posibilidad de hacer un negocio conmigo, pero, en cualquier caso, me pareció que lo que intentaba hacer, en tanto que vencedor, era entablar una conversación de forma lamentable, de modo que me enojé, sobre todo con Liolia (me había sacado de quicio), pero al mismo tiempo pensé con cierto regocijo que Bobka había quedado como un simplón, que no había podido evitar ponerse en evidencia, no solo por su forma ridicula de chapurrear el francés, sino también por su intervención absurda, algo que a Liolia no se le había podido escapar, y que no podía amar a alguien tan mediocre, y por lo tanto yo no debía tener celos de él; y así me recompuse y solo me estremecí al aproximarnos a nuestra pensión adormecida, porque aún quedaba mucha noche por delante (algo que se me había ¡do de la cabeza) y un sinnúmero de temores, conocidos, crueles, muchas veces olvidados y recuperados después, como los accesos de una lenta enfermedad, a veces aletargada, pero incurable y odiosa. Pasaron fugaces recuerdos insoportables que tenían que ver con Liolia, parecidos entre sí —mis antiguos celos por el marido (que ahora parecían completamente pueriles), el a veces ominoso e inescrutable carácter de Liolia, su viva sensualidad, de la que me había apartado mi aislamiento, su deslumbrante brillo femenino—, y todo mi miedo, todos mis indefinidos celos, toda la indefensión (las consecuencias inevitablemente tristes de nuestro amor y desamor), de pronto se encarnaron en Bobka, sonriente, torpe, todopoderoso, en las estúpidas habitaciones de la pensión, en esa noche increíble a la que

me veía obligado a sobrevivir (lo que viniera después no me daba miedo, cambiaré, olvidaré, me marcharé), esa noche en la que, como en una ratonera, estaba inesperadamente atrapado, encerrado, cruelmente aislado de toda ayuda externa, de manera que no podía escapar de la burla inevitable y el tormento.

Solo pudimos entrar después de haber llamado al timbre varias veces y subimos silenciosamente a la habitación de Liolia, los tres. Liolia se acostó en la cama, Bobka se sentó a sus pies, yo —con cierto desafío— me dejé caer en el único sillón que había, nervioso, esperando a que Bobka rozara siquiera a Liolia, aunque solo fuera la punta de sus pies. Los observaba, resentido, hostil y vigilante; concebía (como cualquier persona haría en una situación desesperada) los métodos más inverosímiles para salir de aquella situación desesperada y asegurarme unas horas de tranquilidad hasta que llegara la mañana; y mi mente se detuvo en el único medio, especialmente torpe y desesperado, que me sugerían mis anteriores relaciones con Liolia, esa anterior intimidad de la que apenas he mencionado nada aquí. Este silencio constante no ha sido fortuito: siempre he pensado que mis cuadernos podrían caer en manos ajenas (a menudo me aterrorizaba que Zinka o cualquier otro conocido se acercara a ellos en casa mientras me estaban esperando, o que sin querer—mareado después de un trabajo agotador—yo mismo me los olvidara en algún café); nunca le he enseñado mis notas a nadie, ni siquiera he tenido a quién enseñárselas, pero quería mantener viva la esperanza, la posibilidad de encontrar a una lectora comprensiva, «evaluadora», escogida por mí; entonces tendría tiempo de destruir (por supuesto, escondiéndola para mí) la única página comprometedora, tachar algunas palabras innecesarias. Junto con estas reflexiones caballerosas, además de no desear revelar mi intimidad, simplemente temía nombrar con palabras incómodas y reveladoras la vasta diferencia entre lo que la gente entiende como armónica intimidad romántica y lo que había habido entre nosotros, pero lo principal era que esa franqueza se veía obstaculizada por mi constante ajuste de cuentas con Liolia, por mi atracción física y mental, que podía observar incluso cuando ella estaba ausente: esa irreprochable actitud sin recompensa me asombraba y me conmovía: porque ni una sola vez hablé de Liolia, ni dejé por escrito (tal vez ni siquiera las pensé, de tan ensimismado como me tenía) esas opiniones que forzosamente traicionan a la persona ausente —por ciertas o insustanciales que fueran— y que podrían haberla ofendido y apartado de mí (ya no tengo en cuenta los pensamientos vengativos, el doloroso terreno del «Liolia y yo»; todas las conversaciones imaginarias que mantenía con ella sin cesar resultaban ser una queja o bien un requerimiento para que me amara). Pero ahora ha sido Liolia

la primera en romper nuestra amistosa lealtad, nuestra promesa de recíproca misericordia, la amabilidad característica de nuestra relación, y ahora ya no deseo hacer concesiones, mantener mi comportamiento irreprochable, reprimir cualquier cosa que pueda resultarle desagradable; estoy dispuesto —naturalmente, sin testigos indiferentes y groseros— a declararlo aquí, en este cuaderno, en el momento que para mí es más significativo, tal vez el más sincero y despiadado: sí, Liolia y yo compartimos una vez nuestra intimidad, e incluso si aquello fue debido a que se compadeció de mí, teniendo que superar su indiferencia, Liolia no podría negar esa intimidad ni podría borrarla de mi memoria; mi memoria insolente ha mantenido y puede recuperar fácilmente el encanto incomparable de las muchas noches que pasamos juntos, de cómo Liolia, sin avergonzarse (como una esposa delante de su esposo), se despojaba del vestido, se quitaba las medias y poco a poco surgía delante de mí, nueva, emocionalmente accesible y a pesar de ello incomprensible, un pequeño ángel delicado, que de pronto se volvía cálido e irresistiblemente femenino y seductor. Ahora me resulta extraño escribir sobre Liolia todas esas cosas que antes me estaban prohibidas, eran sacrílegas, sencillamente imposibles, pero me estoy acostumbrando a ello, y ese hecho me ha llevado —en la habitación de Liolia, estando los tres juntos, en plena desesperación rebelde— a tratar de ignorarla abiertamente de una vez por todas, e imponer contra su voluntad nuestro pasado salvador. Este era el triste, absurdo método ideado en aquel momento a fin de evitar una larga noche de escuchas incesantes y celos solitarios, justificados, por cierto: aunque Liolia y yo, después de la primera carta desde el extranjero de Serguéi N., no nos habíamos quedado solos ni una sola vez (no se me ocurre mejor manera de expresarlo) y desde ese momento —sin haber pactado nada— nos separábamos cordialmente por las noches, decidí no darme por enterado y con una ingenua advertencia entrar o más bien no marcharme de la habitación de Liolia.

De pronto Bobka, sin mediar palabra y abriendo cómicamente los brazos en un gesto de resignación (había ganado, era libre de hacer lo que quisiera y por eso mostraba una alegría triunfante), desapareció por la puerta, dándome la posibilidad de informar a Liolia de mi decisión, pero yo ya era vagamente consciente de la insensatez del intento y empezaba a entregarme al deseo comprensible de su postergación, al espíritu suicida del abandono y la indolencia. Ambos permanecimos en silencio; yo, con una sumisión desesperada, aguardaba los pasos apresurados de Bobka, que pronto se oyeron claramente, pero resultó ser un error, y la pena y el miedo que viví por un momento en relación con lo que había perdido me infundieron el coraje necesario para decirle a Liolia apresuradamente:

—Hace rato que deberíamos habernos acostado. Ahora nos separaremos, pero volveré enseguida a su habitación. Porque… me lo permite, ¿no es cierto, Liolia?

Liolia se me quedó mirando, al principio con sorpresa y disgusto (como si la hubieran despertado de golpe sin una buena razón); luego señaló la puerta elocuentemente, con un reproche insultante que daba a entender que no debíamos, que era indecoroso engañar a un tercero. Podría haberle recordado su propia y reciente culpa para conmigo, pero de alguna manera me ofuscó el miedo, la mortal necesidad de hacer las paces, y después de aquel primer intercambio —aunque extraño y sin palabras— dejé de acusar a Liolia de nada y sentí en cambio la necesidad de justificarme, ideando algo absurdo, confiando tímidamente en mi propia invención:

—Puede que tenga usted razón. Solo quería que charláramos un rato.

Nuestras habitaciones se hallaban en el mismo pasillo, pero estaban lejos la una de la otra; además, la habitación de Bobka estaba situada entre la de Liolia y la mía, de manera que me resultaría sencillamente imposible escuchar lo que pasara en la habitación de ella. Es cierto que presté atención de forma tensa, implacable, probablemente con una precisión inequívoca, como un ladrón o un soldado que arriesga la vida en una misión de reconocimiento, pero hay un límite evidente para lo que una persona puede hacer y, por mucho que perseveré, no conseguí sacar nada en claro y concluyente. A veces creía estarme controlando, leyendo con atención, pero de hecho estaba ausente: me tragaba las palabras, pasaba las páginas y, cuando por fin me obligaba a concentrarme en la lectura, sentía que odiaba (y aún hoy lo sigo odiando) el tono elevado, proféticamente seco, inerte, de ese libro tan aclamado, Los alimentos terrenales, una empresa que no repetiré, aunque la causa de la incomprensión y la repulsa residía, naturalmente, en mí, pues cuando las circunstancias son distintas, la lectura de André Gide suele afectarme y siempre aprendo algo. A veces llegaban hasta mí (inevitablemente en momentos así) unos sonidos alarmantes, desagradables, y entonces yo —incapaz de soportar el dolor de la sospecha, después de muchos intentos razonables de escapar de ella (en una secuencia aparentemente deliberada, como si quisiera convencerme de que los esfuerzos lógicos no eran suficientes)— buscaba ayuda en pensamientos descabellados, que calmaban brevemente ese dolor: imaginaba que me escabullía por el jardín hasta la ventana entreabierta de Liolia, lo veía «todo» claramente, y, luego de haber asegurado y preparado la humillación absoluta que ella merecía, con alegría maliciosa y autoridad, dejaba de esconderme, irrumpía en la habitación desde el pasillo de la pensión, apartaba el cobertor, y

Liolia, culpable, sorprendida, se enderezaba de golpe y me miraba a los ojos con un desafío orgulloso, cruel y casi descarado. Luego, la imaginación se dividía: o bien, conocedor ya de la amarga verdad, dejaba a Liolia definitivamente y entonces ella se daba cuenta, aterrorizada, de que tendría que conformarse con Bobka, o bien Liolia echaba a Bobka de inmediato y se quedaba conmigo y entonces, emocionados y conmovidos, hacíamos las paces (además, a veces surgía una tercera opción, sutil, que se desvanecía rápidamente: mi suicidio vengativo). En todos estos casos, Liolia resultaba estar equivocada y avergonzada, y cada vez (siempre de forma diferente) yo salía victorioso. Poco a poco me fui acostumbrando tanto a esas posibilidades imaginarias (especialmente a su idéntico principio, en el jardín, junto a la ventana de Liolia), que decidí no desvestirme, temiendo perder esa esperanza tan claramente descabellada, sin dar crédito al parloteo de un pájaro madrugador ni al pálido cielo que anunciaba la inminente frustración de mis esperanzas. Solo intenté dormir al amanecer, pero pronto —sin el valor de seguir acostado y permanecer inmóvil bajo la luz del día— me levanté y me fui a pasear por las calles, que de tan elegantes y limpias estaban irreconocibles; intentaba mantener la cabeza fría y pensar cómo salir de aquel callejón sin salida, para evitar que se repitieran el sufrimiento, los ataques y las ofensas de esa noche humillante e inmerecida. Llegué a un lugar alejado y de pronto recordé, calculé que Liolia seguramente ya se habría despertado; sin reflexionar, corrí de vuelta con un único objetivo, algo que presagiaba nuevas noches angustiosas y nuevas humillaciones: ver a Liolia cuanto antes.

Cuando, después de llamar a la puerta, entré en su habitación, Bobka y Liolia estaban sentados en los extremos opuestos de la cama, que ya estaba hecha, insoportablemente radiantes y satisfechos —en una postura armoniosa, descarada, muy cordial (cada uno de ellos ocupado en su manicura matinal)—, y de nuevo tuve la ocasión de comprobar por mí mismo lo cómodos y relajados que se les veía estando juntos, pero conseguí tranquilizarme un poco, porque estaba hambriento de Liolia, y ahora, no recordando de inmediato su iniquidad —agradecido, ciego, imprudente como era—, absorbí lentamente su presencia.

20 de septiembre

Me resultó más difícil que nunca ponerme a escribir: me parecía imposible apartarme de la preocupación apasionada y febril por Liolia y arrastrar mis innumerables observaciones incoherentes de esos dos caóticos días en Blainville: aquello que nos atrapa, aunque sea fugazmente, nos aparta inevitablemente del resto, y hasta no hace

mucho me había parecido una verdadera hazaña trasladar al cuaderno mi impulso repentino, la excitación por la proximidad de Liolia en la cabina telefónica; ahora todo eso me parecía una irrealidad feliz y sencilla. Desesperado, celoso, con la impaciencia que siento ahora, sintiendo recelo a cada momento, cuando afeitarse o cenar son experiencias agotadoras que parecen apartarme de lo esencial —no dejar a Bobka y Liolia a solas, estar siempre alerta cuando estoy con ellos, notar cualquier cambio, por imperceptible que sea—, preso de esta calentura desenfrenada de la que debo extraer fuerzas que me permitan al menos mantener mi dignidad y no revelar mi aflicción humillante, encontrar una fuerza inconmensurable para sentarme largo rato, para poner en orden el alocado aluvión de acontecimientos y pensamientos, para simplemente conducir la pluma por el papel.

Tras regresar de Blainville —ayer—, Liolia, con el pretexto de estar cansada, se acostó temprano, y Bobka y yo, hostiles y taciturnos, nos separamos junto a su puerta; me esperaba una nueva noche insomne. Llegué a casa y, sin pensar en nada en particular, sin amilanarme por adelantado ante el inevitable tedio y la ansiedad, arrojé el cuaderno sobre la mesa, lo abrí y empecé a escribir al vuelo. Gradualmente fui ensimismándome en la escritura (incluso más que de costumbre); recordaba, juzgaba, comparaba, caminaba arriba y abajo sin cesar por donde hacía menos ruido —sobre una pequeña alfombra estrecha—, y poco a poco me fui tranquilizando (con un toque de puerilidad, como si después de haber estado llorando un buen rato y haberme lamentado, hubiera acabado calmándome). Seguramente fue de ayuda el hecho de que ya no albergaba la esperanza de ver a Liolia hasta la mañana siguiente, por lo que no era necesario luchar y espiar; en cualquier caso, después de las anotaciones de la víspera, tengo una cierta dosis de tranquilidad, de concentración, de curiosidad interior incesantemente renovada para las siguientes, las anotaciones de hoy. Es cierto que, por la mañana, tan pronto como dejé de escribir, se manifestó enseguida el artificio y la desesperación de aquella triste distracción: casi no había dormido y me había estado atormentando de nuevo —fijando y recordando lo que había encontrado, realizando la tarea que me había marcado—, en un esfuerzo infructuoso, absurdo y vano. Sin embargo, ahora siento un orgullo vago y renovado: no me compadezco, me trasladé y puedo trasladarme de un estado mental a otro, precisamente ahora, además, que estoy atrapado en un dolor despiadado, indomable, sometido a él y sin que pueda ofrecer ninguna resistencia, y cuando el primer impulso que irrumpe es quirúrgicamente brutal y tenaz, junto con la satisfacción de lo conseguido, surge la vieja pregunta, natural, eterna y sin respuesta, sobre la justicia y la recompensa: ¿es posible que alguna vez desaparezca, ya no el mal de amor, que conozco bien y sigue vivo,

sino el empeño, impuesto por no se sabe quién, y que me atormenta y debilita por completo? Para reconocerlo y saberlo expresar.

El segundo y último día en Blainville fue más triste y desagradable que el primero, y ridículamente distinto a lo que yo había preparado y para lo que había convencido a Liolia de venir. Avanzada la tarde, Bobka de nuevo, como en la otra víspera, se fue a llamar por teléfono. Regresó completamente disgustado:

—Tienes suerte. Mi padre me ha pedido que te diga que Derwall ha dicho que el asunto de los documentos está casi en orden. —Debería haber sido mi mayor golpe de fortuna, pero en ese momento ni siquiera aquella información pudo disminuir mi dolor y mi disgusto, y solo me provocó una sonrisa interior, como en cualquier persona. Además, ¿para qué sirven el dinero y el éxito innecesarios, si no?—. Pero en casa las cosas van mal. Zinka está muy enferma y se marchan mañana a las diez. Algo más que inoportuno para nuestros asuntos; me temo que finalmente mi padre se va a enredar.

—Quizá lo más correcto sería que tú te fueras, así tu padre podría dejar resueltos esos asuntos y venir a relevarte.

Me pareció que esa proposición respondía oportunamente al desconcierto y a la impotencia de Bobka, pero no se la había dicho, por supuesto, desde la empatía, sino con algo de maldad, con la esperanza fugaz de olvidarme (al menos por un tiempo) de él y de todo el desastre que había provocado estos últimos días obligándome a hacer de detective, extrayendo unas comparaciones humillantes, celos compulsivos, innobles, siempre hirientes e innecesarios. Por lo visto, Liolia comprendió el ruin propósito que se escondía detrás de mi injerencia aparentemente cordial, y con voz irritada y temblorosa replicó:

—No vas a irte a ninguna parte, Bobka. Con esas enfermedades no se juega, deja que tu padre lo arregle todo, como adulto que es, y quiera Dios que todo vaya mejor con los negocios.

Me sentí tremendamente avergonzado de que Liolia hubiera adivinado mis intenciones, y también por su ataque indignado, tan lleno de odio hacia mí, que traslucía un profundo y tierno afecto hacia Bobka: me pareció tremendamente injusta la pasión que sentía por él, así como esa ternura cariñosa, maternal; fuera lo que fuera que atormentaba a Bobka, él seguía siendo el de siempre: una insignificancia sin un solo rasgo propio, un mediocre sin buena ni mala voluntad, un donnadie que hablaba por aproximación con palabras extranjeras, aparentemente incapaz de engañar a nadie. En general, tenía preparadas un buen número de réplicas que Liolia hubiera encontrado insultantes, pero que en esencia eran bastante sustanciales: que solo por la estúpida rivalidad con Bobka me había comportado de forma poco caballerosa con él, que era la misma Liolia

quien había propiciado esa rivalidad artificial, que su conducta vulgar y provocativa había despertado mi amor propio, algo que no había existido durante nuestra amistad más igualitaria, un amor propio que ya no se aplacaría ni me amargaría contra cualquier otro posible pretendiente suyo, que no se debe actuar —sin motivo ni explicaciones— de una manera tan irresponsable con la gente. Por supuesto, volví a callarme por cobardía, pero estaba tan ofendido, tan lleno de rabia, que durante un rato me liberé de mis suspicaces celos, de la necesidad maníaca de vigilar a cada momento cómo se comportaban delante de mí, y de imaginar qué ocurría en mi ausencia, y aturdido, apenas capaz de contener las lágrimas, salí al jardín, donde estuve deambulando un buen rato, tramando nuevos y demoledores argumentos contra Liolia. Tal vez lo que me hirió y me lanzó a justificaciones y ataques no fuera solo su perspicacia, ni siquiera su crítica a lo que había sabido adivinar en mi consejo a Bobka, sino más bien algo que se escondía detrás de todo eso, algo que no era la primera vez que aparecía y que, seguramente, era despreciable para Liolia: con una regularidad inexplicable me encuentro en el bando de los vencedores y perseguidores, poniéndome de su lado en fortuna, poder y arrogancia. A veces me posee una fuerza bruta y me siento capaz de mirar a los desgraciados y vencidos con indiferencia lejana, sin apenas curiosidad y sin la menor compasión o cordialidad. Deseaba ardientemente responderle a Liolia que las disputas humanas no me interesaban demasiado, que sentía tan poca curiosidad en relación con mis compañeros vencedores como en relación con mi propio éxito mundano, y que no me avergonzaba de mi ingenuidad a menudo vulgar, que acabaría quedando atrás para ser sustituida, como ha ocurrido ahora, por una laxitud devoradora procedente de Liolia. Regresé al balcón, donde había dejado a Liolia y Bobka, y, naturalmente, no dije nada de lo que había preparado, tan seguro estaba de mi fracaso, y por eso decidí, ya que no podía esperar ni ayuda, ni protección, ni defensa por parte de Liolia, que yo mismo me las ingeniaría para evitar la desesperación de la tarde, de la noche, la última en Blainville (a causa del inminente viaje de Zinka), y que resultaba especialmente peligrosa.

Después de la comida —con la sensación de que iba a cometer un pecado y con cierta malévola solemnidad—, intentando actuar de la manera más natural y despreocupada posible, anuncié como de pasada:

—Ya me perdonaréis, pero debo irme ahora, y seguramente volveré tarde.

Liolia levantó extrañada la cabeza, como si hubiera empezado a adivinar y quisiera detenerme. Estoy convencido de que no me estaba equivocando, pero después de tantas decepciones y de tantos reveses

no me hubiera quedado tranquilo sin realizar un nuevo experimento; una última y persistente sonrisa de Liolia hubiera podido cambiar mi estado de ánimo para toda la noche. Cuando al abandonar el jardín miré hacia el balcón, vi que Liolia no me seguía con la mirada (como ya imaginaba) y se reía alegremente con Bobka, disipando enseguida la más mínima esperanza de lealtad. Volví a deambular por un camino que conocía ya desde hacía tiempo, algo animado por haber alterado la amarga monotonía de esos días en Blainville (que ya parecían eternos, como los malos estados de ánimo) y por haberme apartado, por mi propia voluntad, finalmente, de Liolia para aceptar lo ocurrido con dignidad y poder así, con una lenta claridad —no azuzada constantemente por el dolor persistente de los celos—, pensar fríamente en cómo librarme de mi dependencia, cómo permanecer —sea por resentimiento, sea por pena— en libertad. Sin embargo, la soledad, la reflexión, el paseo, pronto resultaron absurdos e insoportables, y me entraron ganas de mezclarme con la gente en el casino, donde el día anterior ya había advertido algo vagamente vivificador y agradable, y donde Liolia y Bobka, según mis cálculos —por el viaje de Zinka y para poder estar a solas—, no aparecerían, y, si lo hacían, aprovecharía para demostrarle a Liolia qué bien me lo pasaba sin ella (mucho más tarde, cansado ya de tanta fingida animación, solo podía pensar en la llegada de Liolia, en la repetición de la sorpresa en el bistró, cuando en menos de un minuto su llegada inesperada aplacó las largas horas de angustiosa espera).

El casino estaba vacío, como antes, y los clientes eran escasos: la pareja franco-rusa, el caballero de esmoquin, el mismo que la noche anterior nos había asustado en pleno paseo, y un grupo que realizaba apuestas en una partida de boules. Invité a la dueña a sentarse conmigo un rato y rápidamente, para su grata sorpresa y alegría de propietaria, empecé a beber una mezcla de licores varios, intentando evitar un ambiguo estado intermedio: preveía esa inspirada exaltación, la que a veces produce la embriaguez causada por la desesperación y a menudo no se consigue por la lentitud e indolencia de la transición. Me sentí embriagado enseguida: conmigo la ebriedad siempre está ligada al estado de ánimo que la precede, como acentuándolo, buscándolo (en la indefinición) y subrayándolo, pero esta relación con mi pasado reciente, poniéndolo de relieve, puede ser especialmente brusca, si el pasado es desesperado, si estoy enfermo, anímicamente impedido, tan constreñido que parece que me falta el aire; pero la ebriedad libera y pone en orden mi triste pasado, apartando el velo de una larga y estéril inmovilidad, revelando toda la tensión y las fuerzas creativas que encierra la desesperación y que han de manifestarse necesariamente alguna vez. En ese instante, como de costumbre, sucumbí a un movimiento que se aceleraba ostensiblemente en mi

entorno y me infundía un sentimiento de buena voluntad para con la gente a mi alrededor, pero no era una loca borrachera casual, llena de amor y travesura —como las que suelo experimentar y que enseguida reconozco; en realidad era una liberación, una erupción de buenos sentimientos humanos, ocultos, enterrados, fuera de lugar, que no alcanzaban a nadie y nadie aceptaba: la desesperación persistía, ininterrumpida y constantemente presente, pero se desplazó a un lado, aliviada, como ofuscada por la gente agradable que me rodeaba y la cordialidad fraternal y empática que sentía hacia ellos. Esta satisfacción en medio de la desesperación (o una triste mirada a la pasada plenitud del amor feliz) es la contradicción redentora que nos aleja de la servidumbre animal, irreflexiva, tácita, hacia las posibilidades siguientes, a veces elevadas; de las conclusiones penetrantes, de la revelación poética de las mismas, de la resistencia necesaria para la lucha cotidiana (que a su lado es obviamente insignificante) e incluso una cierta indiferencia hacia la muerte: a veces somos generosos de espíritu (no financieramente), y cuanto más ricos, más generosos, y entonces —sin codicia, sin lametos— estamos dispuestos a entregar lo que poseemos, y a entregarnos nosotros mismos. Cierto, esta reconciliación mía parece artificial, alcoholizada, fortuita, pero sé por experiencia que precisamente esa ebriedad es la que corona nuestra desesperación, nuestro amor, y todo lo que hay en nosotros de fecundo, pero aún no expresado, permanece mucho tiempo en la memoria de nuestra alma, y las palabras y los pensamientos suscitados por ella a veces son incoherentes y desordenados, pero de una fidelidad renovada en el fondo. Allí, en el casino, sin vacilar —atrevido y animado—, fui consciente de que la desesperación no había hecho más que empezar y aumentaría con el paso de los días: el golpe más insoportable para el amante es el que aún no ha recibido, aunque su llegada sea probable y uno la espere constantemente; de todas maneras aparecerán chispas de resignación parecidas a las actuales, aunque hayan sido convocadas a la fuerza, y crecerán, envolverán y poco a poco desplazarán mi desesperación, y de ellas extraeré el vigor necesario para sentir de nuevo el movimiento de la vida, en la vejez, en los fracasos vergonzosos, en los objetivos más insignificantes, estúpidos, sentiré mi entusiasmo multiplicarse por diez y será como si lo disfrutara desde fuera. Presentí que después de la desesperación, después de reconciliarme con esa misma desesperación, quedaría la cordialidad con la gente, que no exige pruebas fehacientes, palabras pomposas, arengas vehementes, una cordialidad satisfecha con los gestos, la ternura, el tono, un cierto aire de advertencia y fraternidad. Por lo visto, brotó de mí algo que se transmitía involuntariamente, ya entonces, en medio de la borrachera (y, en efecto, no solo por la borrachera; yo mismo lo descubrí con

sorpresa en la benévola y confiada calidez de las respuestas, cuando casi todos se reunieron alrededor de mi mesa: la dueña, la dama rusa, el francés con la roseta (le confesé que había oído sin querer la conversación sobre Rusia y que le perdonaba por su ignorancia) y el caballero de esmoquin, quien, con lástima (hacia mí), me preguntó sobre Liolia; su apariencia sana, tranquila, blindada contra una aflicción como la mía, me conmovió al mostrarse compasivo y ofrecerse a apoyarme en mi tristeza. Bebimos copiosamente, pero no desfallecí ni lo más mínimo, seguí tan alerta como antes, prestando atención cuidadosamente, casi amorosamente, a mis compañeros de borrachera, regresando siempre a la misma cuestión: a esta milagrosa revelación tras la marcha inminente de Liolia, que me parecía insoportable y terrible. Conformarme con la primera explicación me pareció de pronto (como suele ocurrir) de una ingenuidad ridículamente insuficiente: los pensamientos liberados por descuido se movían ahora sin rumbo, me alarmaban y seducían con una permisiva, íntima elegancia, que había retenido a medias; a esos pensamientos previos (sobre el obligado rechazo a la plenitud animal de las sensaciones, sobre la humanización y el poder creativo del rechazo) se le añadió algo deliberado, algo que suscitaba equiparaciones y provocaba cálculos. Me acerqué como si lo hiciera desde la distancia y mi razonamiento fue más o menos el siguiente: si todo se desploma y sale volando, acabas cansado de indignarte y solo pones la mejilla, aunque te quede un innegable sentimiento de culpa —por no tener el poder de parar, las «riendas», un sentido de la proporción—, aunque esta culpa levantará cabeza incluso cuando te sonría la fortuna (en el juego, con las mujeres o en la profesión), cuando, incapaces de eludir el destino, lo aceptamos todo confiadamente, y luego nos vemos obligados a rechazar una porción de nuestra suerte, pero no es la desgracia que se desploma y te entierra, no debemos regodearnos en la suerte, ni arremeter ciegamente como aves de rapiña, sino que debemos aprender a estar alerta, a hacernos a un lado, y entonces nos encontraremos en un reino de incesante esfuerzo mental, que se rebela contra la totalidad, la integridad, contra una dulce, dichosa autodisolución, la única ascensión accesible al hombre, modesta, de abajo hacia arriba, sin confianza precipitada, sin benevolencia, inefablemente ardua, que amenaza con derrumbarse a cada instante, donde todo es extraordinariamente tenso, un vuelo inconfundible del alma humana que tiene más significado y vale más que el movimiento pesado de la «sociedad» (que siempre va con retraso y nunca la alcanza), que cualquier acto heroico superficial, sin alas, mudo, que queda al alcance tanto de un salvaje como de un niño.

Aún ahora me queda un rastro de esa noche de borrachera, de su

agradable encanto (que solo desapareció —inexplicablemente— durante la despedida de Zinka, precisamente cuando se requería una amabilidad comprensiva, compasiva); me quedó un vago sentimiento de reconciliación, aunque las circunstancias absurdas y desafortunadas —el hecho de que suelo estar demasiado ocupado, que Liolia no siempre es accesible, que Bobka y ella procuran verse sin mí— me han llevado a esta indefensión, me han conducido a una trampa tenaz, de la que parece que no podré salir, pero, de hecho, esta situación de indefensión refuerza mi sentimiento de reconciliación: no puedo interferir, es decir, no tengo por qué luchar, y fue por esa razón por la que dejé Blainville a toda prisa para recuperar la dudosa tranquilidad parisina, pensando que en París podría escribir —en realidad ya me resultaba imposible escribir antes de la partida de Liolia hacia Berlín —, pues la escritura no solo me parece un ejercicio útil y entretenido, sino también un medio, quizá el único, para expresar libremente lo que más importa, mientras que con Liolia, para quien todo «lo que importa» se guarda inútil y cuidadosamente, hay una obligación excesiva, hay un razonamiento temeroso, y servidumbre.

2 de octubre

Vuelvo a estar atrapado en una nueva rutina —y parece fija e inalterable—, pero me basta con imaginarme tal y como era yo hace poco y la visión que hubiera tenido entonces de lo que soy ahora, y me resulta sencillamente incomprensible haber permitido semejante cambio humillante. Me invade una aflicción a la que me he acostumbrado, como uno se acostumbra a la oscuridad o al aburrimiento, una aflicción que no me impide hacer día a día (deprisa y corriendo) todo lo que se supone que hace una persona sana —ser meticuloso, amable, prudente con el dinero—, pero todo esto apenas me afecta, y para mí es más cómodo, más fácil, pasar por encima de los obstáculos o de los inconvenientes, porque no afectan a lo que sí me importa. Lo principal para mí, por otro lado, es lo que empezó allí, en Blainville, que se convirtió en fatal y, quizá —por costumbre, porque pasa el tiempo, por desesperación—, en algo menos intenso: me consumen los celos, y también el desamor. Me paso días enteros en el hotel de Liolia, y no logro estar tranquilo hasta que llego allí: siento que, si no estoy en ese lugar, pasará algo irreparable, que cada hora de ausencia incita de forma suicida ese algo irreparable. Hace tiempo que detesto el vestíbulo del hotel, donde me veo obligado a esperar a Liolia durante una eternidad («Madame descend tout de suite»),[10] aunque el lugar tiene una cualidad tranquilizadora en comparación con la calle y con mi habitación, si bien estos no tienen relación alguna con el mundo de Liolia. Pocas veces nos quedamos a solas,

Liolia lo evita tanto como puede y a menudo se deshace de mí con distintas excusas; me he acostumbrado y habituado tanto a esa humillación, temo tanto ofrecerle un pretexto para que se enfade y no quiera verme, que hago ver que no me doy cuenta. Bobka suele interferir en la posibilidad de un encuentro a solas, y lo peor es que yo, aprovechándome de la paciencia de Liolia (y seguramente de su tacto social), a mi vez les impido estar solos, sin importarme poner en evidencia mi triste situación (ya no tengo en cuenta para nada los lazos de amistad o la necesaria cortesía social), y solo me alegro cuando Bobka y yo salimos a la vez, entonces me quedo tranquilo sabiendo que por lo menos no están juntos y no se cometerá ninguna traición. Si Liolia y yo nos quedamos a solas alguna vez, permanecemos callados, o bien mencionamos cosas secundarias que no tienen demasiado significado para ninguno de los dos, sonriéndonos sin ganas de vez en cuando, y es tan asombrosamente distinto a los primeros momentos de mutua curiosidad, a nuestras anteriores conversaciones, llenas de preguntas ávidas y respuestas atropelladas que esperaban una aprobación emocionada, el inefable encanto de la aprobación y el respeto mutuos. Hubo un tiempo en que Liolia se sentía orgullosa de nuestra amistad inteligente de igual a igual y la consideraba crucial para ambos; quizá todavía lo considera así hoy en día y siente que debe justificarse a sí misma —y en parte ante mí— el doloroso cambio que ha tenido lugar. A veces insinúa:

—No existe ninguna amistad que pueda resistir el paso del tiempo. La gente, tarde o temprano, termina por habérselo dicho todo, y entonces, cuando se sabe todo de antemano, ya no queda nada que a uno le pueda sorprender. Quizá sea distinto para quienes no prestan la atención suficiente, o quienes no son suficientemente perspicaces, pero eso entonces ya no es amistad.

Por supuesto, Liolia no tiene razón: precisamente lo que no es amistad es la curiosidad inicial, el intercambio de valoraciones superficiales, y los que se conforman con eso no están inclinados a la amistad, o bien poseen un espíritu pobre; pero hay algunas personas, pocas —además, casos raros, escogidos—, que tienen la capacidad casi ilimitada de ir más allá, hacia la inspiración mutua, la comprensión fácil y rápida, la capacidad de ayudar inconscientemente, sin fallos, casi sin hablar, y una relación así entre dos personas nunca se agota ni se estropea (al menos, voluntariamente, intencionadamente o por capricho), aunque sí hay algo de aleccionador en la conciencia de ser responsable ante otra persona, especialmente ante una persona demasiado comprensiva y por tanto desconfiada, por lo cual inevitablemente llega un periodo natural de insatisfacción, un periodo pasajero, surgido de la fatiga por una tensión implacable. No pasará nada con Liolia y conmigo, no porque estemos espiritualmente

empobrecidos o no estemos inclinados hacia la amistad (me niego a ser modesto), sino porque no hay amistad entre nosotros; siempre estoy preparado para sus ataques mordaces, siempre atemorizado, vigilo cada una de mis palabras, recuerdo la mayoría de los comentarios afortunados que antes ella respaldaba agradecida, y que ahora me ahorro, para que ella no encuentre, no sospeche ninguna alusión irritante, y solo lamento la relativa libertad con la que podía escribirle hace poco. Nuestros encuentros también se ven perjudicados por la presencia del tercer interlocutor, en la medida en que toda amistad, unión, conversación, se devalúa con la intromisión de nuevos participantes: a cualquier amigo o interlocutor le mostramos un particular aspecto de nosotros, uno que pueda encontrar interesante, que le emocione, mientras que una amistad o una conversación con varias personas es la fuerza combinada de todas nuestras aspiraciones unilaterales, el resultado de nuestras partes individuales, cada una de las cuales es, sin embargo, inconmensurablemente menor que el todo y debe adecuarse a muchas personas diferentes a la vez y, por lo tanto, eso la despersonaliza y la debilita. A unos se les da mejor que a otros encontrar ese tipo de actuación ponderada para la que se requiere flexibilidad y rapidez interior, características, por ejemplo, de un orador o de una persona reconocida por su ingenio o por su capacidad para ser el «alma de la fiesta». En mi caso, poseo la particularidad contraria y desventajosa: reconozco, con una exagerada vergüenza, la artificialidad de estas situaciones, la torpeza de sus búsquedas, la futilidad de estos logros, y prefiero las conversaciones —cuando hay un tercero presente, quien sea— indiferentes y vacías, mientras que las charlas amistosas y responsables han de ser necesariamente entre dos. Lo más inaccesible para mí es esa habilidad para tratar con Bobka y Liolia cuando están juntos (ya es bastante difícil tratar con ellos por separado), y puedo ver claramente —tras unos cuantos fallos— cómo se entrecruzan inextricablemente mis penosos intentos de encontrar el tono adecuado para uno y otro (agradable y frívolo con Bobka, amargo e irónico con Liolia), y cómo intento congraciarme con ellos por turnos, intentando alcanzar ese deseado tono medio. Me lo impide el brillo incesante que continúa emanando de ellos, un brillo que, si están cerca, es inconmensurablemente poderoso, extremadamente coordinado. No dejo de percatarme de que Liolia es inteligente, alegre y encantadora —por partida doble— y no advierte la torpeza aburrida de Bobka. Ante cada una de sus afortunadas poses (ahora me parece que sabe adoptarlas como nadie), ante cada expresión animada, instintiva y sutil, y ante cada error de Bobka, siento que estoy sencillamente a punto de explotar de tanta discordancia e injusticia, justo como si tuviera delante a un anciano que se dispone a casarse con una jovencita. A veces experimento cómo la indignación crece no

solo por mí, sino también por Serguéi N., que ha hecho tanto por Liolia, que ha sido reemplazado de forma tan indigna y sumaria por Bobka, y entonces me siento doblemente ofendido, triste y horrorizado. La victoria de Serguéi N. sería para mí una liberación, un triunfo (seguramente una alegría parecida —como un mal menor— a cuando vemos que el marido de la mujer que amamos está dispuesto a sacrificar cualquier cosa por ella, a soportarlo todo, y al vencer, ahuyenta al petimetre que ha estado contando sus conquistas con una sonrisa). Además, la victoria de Serguéi N. representa la victoria de mis castos inicios con Liolia sobre el odioso Bobka; ahora, finalmente, he podido comprender dónde radica la fuerza de su persistente embrujo. Pero mientras esta victoria no llega, mi acercamiento imaginario con Serguéi N. resulta cómico y humillante, el acercamiento de un par de filósofos fracasados, castigados por quien sabe inspirar amor por naturaleza, sin filosofías. Finalmente, también he comprendido que tanto Serguéi N. como yo fuimos simples experimentos para los planes de promoción de Liolia, mientras que Bobka, y antes su marido, representan la realidad de sus bajas pasiones, que no habrá ninguna «unión» (como me había imaginado) y que Liolia se contentará precisamente con ese ordinario y aburrido Bobka, a quien nada le une, pero que es justo lo que ella necesita.

Pero ahora también yo me encuentro en esa realidad, y no hay nada sublime en mi constante estado actual de desesperación; todas las personas con una inclinación poética y elevada, con su característica deshonestidad desmemoriada y pomposa, inconscientemente inventarán, cuando la percepción de las horas y los minutos les abandone, un sentido del tiempo reconstruido (así ocurre con la guerra y su posterior descripción, sin duda falsificada, aunque sea sin intención, ya sea en forma de proezas heroicas o de acciones humanitarias y benévolas). Ahora me encuentro atrapado en un círculo vicioso de pensamientos desagradables dominados por los celos, y, cuanto más aguda es la desesperación, más intensas y más implacables se vuelven estas pequeñas preocupaciones, aún más devaluadas por la certeza de su fin, que, ciertamente, solo logra ser percibido por la mente, y sin embargo este es igual de evidente que cualquier otro final, como el de un amor feliz y verdaderamente poético, independientemente de cuánto nos esforcemos en divinizarlo y dilatarlo hasta el infinito: al fin y al cabo lo importante es considerar que es infinito. La desesperación tendrá un final —en forma de olvido, tedio, reemplazo, incluso puede que de muerte estúpida y penosa por agotamiento—, pero, de momento, amargado y egoísta, me invade el cálculo de todos los favores que he recibido de Liolia, las últimas pruebas, exactas y definitivas, de su lealtad. Observo sin cesar cada una de las palabras de Liolia, cada uno de sus gestos, de sus miradas,

incluso sus silencios, y los comparo con sus gestos, sus miradas y sus silencios cuando está con Bobka. Después de llamar a la puerta, entro, me encuentro a Liolia leyendo un libro o delante del tocador («Ah, es usted»), y, olvidándose de darme la mano, se sumerge de nuevo en la actividad interrumpida, lo cual me resulta incomprensible y ofensivo. Pero si es Bobka quien entra, Liolia enseguida deja a un lado el libro y, sonriente, pregunta: «Bien, ¿adonde vamos ahora?». Estas eternas comparaciones y cálculos míos implican una extraña combinación de frialdad y perspicacia (que ahora no es difícil), y una febril, casi insensata, superstición: si Liolia, al despedirme por la noche, me pregunta distraídamente: «¿Vendrá usted mañana?» y, por supuesto, no se molesta en escuchar la respuesta, me quedo casi tranquilo, y esa tontería me ayuda a dormir; si Liolia no me pregunta nada o, como ocurre a menudo, se dirige únicamente a Bobka para preguntarle qué hará y le insiste en que mañana venga pronto, entonces yo, indignado y amargado —¿cómo puede ser tan desconsiderada con mi amor propio?, ¿cómo es que transijo siempre?—, permaneceré despierto durante mucho rato, posiblemente hasta la mañana siguiente, aplastado por el peso de las explicaciones preparadas, que son las adecuadas, letales, y que nunca pronunciaré ni olvidaré, que no hay duda de a quién ha escogido y prefiere Liolia, y que ninguna limosna de su parte cambiará en esencia nada. Como hice durante la reciente ausencia de Liolia, me paso el día comparando, y al transferir el objeto de la comparación desde el reino de lo imaginario a la realidad, este se vuelve más amargo, más doloroso, más indeleble, y a veces claramente me avejenta. Es especialmente terrible contrastar los distintos grados de cercanía física (no solo sensual): a Bobka se le permite todo, se le anima a ello, mientras que a mí me es completamente inaccesible. Mi sorpresa e indignación no tienen fin: ¿por qué Bobka puede rozar constantemente la mano de Liolia, abotonar la espalda de su vestido, recomponer sus cabellos, peinarse con su cepillo? ¿Por qué de pronto bromea y se pone a bailar con Liolia por la habitación, se estira en su cama, mientras que a mí me paraliza el recuerdo de todos sus rechazos y su indiscreta desaprobación, siempre a punto? Además, Liolia no es (al menos exteriormente) tan llamativa como muchas otras mujeres, y sonríe con turbación cuando baila con Bobka —como si lo hiciera contra su voluntad—, pero a menudo de su mirada surge un brillo apagado y hostil de placer consumado y codicioso, y esa emoción recatada es más peligrosa que el desafío deliberado y artificial de las mujeres simples, vulgares, a veces insensibles, más peligroso aún porque es natural y porque puede ocurrir en mi presencia; delante de Liolia me siento paralizado si hay otras mujeres, y por lo tanto completamente indefenso. Esa parálisis, ese miedo, llega a menudo a extremos

ridículos: justo esta misma mañana casualmente me he quedado a solas con Liolia, y he sentido una irresistible atracción por rozar su pelo, pero me he quedado sentado a pocos pasos de ella, en el sillón, con un periódico que no estaba leyendo; no conseguía moverme, y sentía que para dar esos últimos pasos, para cambiar mi posición necesitaba una excusa, por absurda que fuera; he salido de la habitación con el pretexto de hacer una llamada, me he quedado deambulando un rato por las escaleras, y al regresar, de manera forzada, torpe, sin ningún motivo he besado sus cabellos. Ella se ha quedado inmóvil, sin levantar la cabeza, y me ha dicho con un deje de compasión algo despectiva: «Para esto no hacía falta irse de viaje». Por alguna razón —contra toda evidencia— me parece que Liolia, pese a estar ocupada de momento con Bobka, debería ser prudente y conservarme, porque se arriesga a perderme: debido a su preferencia —física, patente—, debido a la victoria de alguien (cualquiera) sobre mí, mi atracción por ella se deforma, disminuye, desaparece (porque se ha cruzado una raya, o por mi fácil y dolorosa vulnerabilidad), y el embrujo de Liolia se desvanece. Estoy confundido y ya no sé decir si esta amenaza no expresada es cierta o es una invención de mi resentimiento vengativo, y si tiene que ver conmigo ese rasgo típico de todo el mundo —de caer en la tentación, en «la excitación de la caza»— o si es que estoy tan enamorado que el éxito y el rechazo ya no cuentan para mí, y no me convenceré de dejar de querer, y sabré distinguir entre la realidad y la autoindulgencia, y que siempre será inquietantemente dulce estar con Liolia, ser su marido, es decir, su amante y su guardián al mismo tiempo. Pero si mis sentimientos en realidad no se han debilitado, entonces es que el desafecto de Liolia me ha inoculado e inspira en mí algo amargo y mezquino, algo que va revelándose de distintas formas, algo que acaba con mi amabilidad, con mi solicitud y con la inmaculada honestidad de mis sentimientos hacia ella.

Cuando estoy solo, sin Liolia (y no solo de noche, atrapado por el insomnio), me paso horas enteras imaginando voluptuosamente nuestras explicaciones perversas, mis reproches groseros pero fundamentados, y, al final de cada explicación, las palabras ponzoñosas e irrevocables: «Sí, ahora ya sé de sobras cómo es usted. ¿Por qué darle una sola patada al hombre que está en el suelo si se puede acabar del todo con él?». Hasta tal punto he perdido la última dosis de humanidad, que aguardo la inevitable partida de Bobka (para relevar a su padre al lado de Zinka) con una mezcla de curiosidad y esperanza y, seguramente, lamentaría que esta se recuperara de repente. De hecho, empiezo a pensar que la marcha de Bobka resolverá mis triviales contradicciones con Liolia, que será como si ella se despertara, por decirlo así, de entre la niebla y, arrepentida,

perpleja ante sus hechos, volviera a mí avergonzada, de modo que incluso su propia traición jugaría a mi favor. A menudo estamos dispuestos a regocijarnos en el maltrato al que nos someten aquellos a quienes amamos y que suponemos (presuntamente o por la absurda costumbre de la confianza) que nos aman también, y nos regocijamos —a pesar de la enorme e insoportable desesperación— no solo con detalles desagradables, sino a veces incluso con cosas bastante peores: nos parece que la relación aún no se ha roto, al contrario, que se le ha añadido un cierto derecho al reproche, una cierta ventaja —como la del fiscal ante el acusado—, y decidimos medio conscientemente que cuantas más ventajas ofensivas y extrañas acumulemos, más fuertes y confiados nos sentiremos. Todo esto, naturalmente, es un error: juzgamos a las mujeres que nos han dejado poniéndonos en su lugar, mediante nuestro amor, nuestra justicia amorosa y nuestro sufrimiento, y la compasión por ese sufrimiento, y somos nosotros mismos quienes nos arrepentimos de ello y decidimos aplacar el dolor que nos han causado. Si recordamos otros casos parecidos de traición de gravedad, veremos que, o bien los consideramos insignificantes, porque estábamos insatisfechos con nosotros mismos y con aquellos a quienes traicionábamos, preferíamos escondernos, no pensar, no lamentar, nos arrepentíamos solo en apariencia, temíamos las explicaciones que nos parecían lacrimógenas, vociferantes, pertinaces, o bien las nuevas relaciones nos atraían excesivamente, y nos esforzábamos por echarle la culpa a cualquier cosa para poder marcharnos y acabar con esa obligación tediosa. Precisamente de esa manera —siendo traidores e irascibles— deberíamos verificar el punto de vista de los demás, así enseguida sería evidente que ni nuestra irreprochable actitud ni ninguna culpa son ventajosas o útiles ante nosotros. Sin embargo, la conciencia de tener la razón, los reveses inesperados a pesar de tanta promesa, incluso el incesante trabajo detectivesco, vigilante y meticuloso, nos refina, agudiza nuestra perspicacia y vulnerabilidad, y así los pequeños cálculos, la infamia y la amargura del amor despreciado, deformado, pueden enseñarnos algo; pero el amor feliz y satisfecho —a pesar de toda la generosidad y el bienestar—, como una riqueza, a veces solo nos embrutece.

No deja de obsesionarme la responsabilidad de Liolia ante mí, pero no culpo a Bobka de nada, además no puedo determinar cómo percibe su victoria, ni comprender si ama a Liolia o si se puso de acuerdo con ella, si conoce mi derrota. No ha traspasado ni una sola vez ese círculo —palabras aproximadas, sonrisas radiantes sin sentido, vagos deseos de emprender algo e ir a algún lado— y yo no intento sofocar mi habitual desprecio por él, incluso estoy contento de mantenerlo, contento también de que persista aun en los momentos de sangre fría y ecuanimidad. En vano intento adivinar por qué Liolia siente algo por

él —una mujer enamorada debe hacer algo, no puede no conmoverse y no sentir compasión—, pero no me he hecho ni una suposición, por improbable que sea. Bobka me parece un ser espiritualmente pobre, como pocos, pues pronto se alcanza su penoso límite (no solo la capacidad de expresarse, también la esencia de lo que expresa, y el grado de amistad y amor), y la dosis de afecto que para otros constituye el principio, la intención, la transición, para él es la culminación máxima, que Liolia y yo sin duda alcanzamos. Me pregunta con su habitual deferencia —algo inoportuna, además— por Derwall, la bolsa, los negocios, lo cual no deja de alarmar a Liolia, y, de este modo, con la injusticia de un amante, sin perdonarme el tono aleccionador y la humillación, Liolia me mira expectante por ver si le puedo ayudar, si puedo darle un consejo: la mala suerte de Bobka le hace sufrir y mi frialdad le indigna, mientras que para mí resulta el único modo de vengarme (cierto, el más grosero) y demostrar obviamente mi superioridad no reconocida. Toda esta muda conversación con Liolia es extremadamente iluminadora y me concede la independencia y la fuerza que habitualmente me faltan ante ella. Al contrario, el poder que ostenta sobre mí—porque es muy fácil ofenderme, herirme y hacerme sufrir— a veces es sencillamente abrumador, y me controlo constantemente para no provocar desagrado o un rechazo brusco; solo me atrevo a verbalizar aquello que parece menos peligroso, lo menos esencial, lo más insignificante. Liolia puede percibir mi miedo, pusilánime y tan poco halagador para ella, lo cual le despierta un odio comprensible, el deseo de librarse de mí, de acabar conmigo, a menudo, cuando tras escuchar algo completamente inofensivo —en broma, irónico, pernicioso— se lanza contra mí con una brusquedad incomprensible; después, satisfecha, un poco avergonzada, esconde su arrepentimiento por orgullo, se muestra especialmente fría y, solo de vez en cuando —cuando ha ¡do demasiado lejos—, sonríe conciliadora y como alegre, segura de mi rápido perdón. Me falta tanta personalidad y me muestro tan servil, que a veces comienzo una frase, un pensamiento, y, de pronto, me asusta la ironía de Liolia, sus objeciones, su mirada, y acabo por terminar la frase de forma diferente a la prevista. Antes, esa falta de personalidad me parecía solo superficial; creía que conocía el grado de mi caída, que yo mismo había permitido y provocado, es decir, aún conservaba una cierta independencia interior, pero ahora, cada vez más, me doy cuenta de que suelo cambiar muchas de mis opiniones anteriores sobre Liolia o sobre mi propio miedo a las suyas. El poder de Liolia —involuntario e ilimitado— consiste en el efecto extraordinario de su más mínima disposición o de su descontento, en especial este último, tal vez porque Liolia no me quiere y no desea compensar las ofensas y los equívocos, y yo no tengo derecho a

confiar en esa compensación. Todo esto se intensifica por la conciencia de injusticia infinita —no solo en la oposición entre amor y desamor, sino porque Liolia me atormenta, porque ha sido, porque siempre es, para mí una fuente de desdicha, mientras que yo siempre soy bueno con ella—: en mi delirio febril, confuso, esa «bondad» —hacer el bien por el deseo de hacerlo, persistente, consciente, sobriamente—se manifiesta real y tangible.

En los escasos momentos de tranquilidad siento que todas mis pretensiones, mi indignación, mi tendencia constante a la exigencia, están totalmente infundadas, que Liolia tiene razón en lo tocante al amor, que lo que ocurre es inevitable, tal vez correcto, pero, incluso sabiendo esto, sigo culpándola con secreto ahínco de cualquier pequeña cosa: una manifestación más de la curiosa inconsistencia del amor es estar seguro de algo y creer al mismo tiempo en lo contrario, imbuirse de aquello que ha sido refutado por nuestra propia experiencia, como si el éxito en el amor o en la desesperación nunca terminara y como si quienes no nos aman fuesen culpables de algo.

15 de octubre

Bobka se ha ido por un mes. He estado esperando pacientemente su marcha y los cambios que esta indudablemente provocaría en Liolia, pero los cambios que se produjeron más bien me han incomodado: para restaurar la estatura disminuida de Liolia me obcequé en asegurarme de su negligencia y magnanimidad, que no mostró ni con Bobka ni conmigo antes. Tan pronto como Liolia supo del inminente viaje de Bobka, su actitud hacia él cambió: se mostraba fría, le evitaba claramente, como si, habiéndose acostumbrado a apoyarse en alguien, ahora temiera quedarse sin apoyo, y poco a poco se iba habituando, con una inesperada discreción egoísta, a su inminente ausencia. Este nuevo rasgo de Liolia —una rápida variabilidad y adaptabilidad— la rebajó a mis ojos, pero resultó ventajosa para mí: ¿en quién más podía apoyarse? Yo era el único que tenía a mano, su único y posible apoyo. Por eso decidí—a causa de una superstición no del todo absurda— no someterme a ella de inmediato y condicionar la violenta e imprescindible reorganización interna (de la amargura a la benevolencia y la irreprochabilidad) con relación al tiempo, a la duración de nuestra reconciliación, al margen de que ocurra antes o después de la marcha de Bobka; si Liolia tiene el suficiente coraje, si yo soy lo suficientemente válido para ella, lo suficiente como para no tener en cuenta a Bobka de una vez por todas, entonces puedo y debo «perdonarla»; pero si ese no es el caso, si verdaderamente Liolia siente atracción por Bobka y yo no soy más que un breve consuelo, entonces todo estará perdido. Sin embargo, no

había contado con el indefinido grado de lealtad que Liolia aún conservaba para con Bobka (y cuya insuficiencia me había alterado); ignoré que esas palabras traidoras, pronunciadas casi delante de él, le hubieran herido, y obedecí solo a mi incauto e irracional amor propio, a mis antiguas esperanzas violentas, y me dolió, como si me hubiera rechazado, que mi conversación conciliadora continuamente postergada hubiera ocurrido solo esta noche —exactamente un día después de la partida de Bobka—, y ahora, en la habitual búsqueda de honestidad, corro a anotarla, antes de que pierda u olvide el amargo eco emocional de esta conversación extenuante, otra vez nueva y más alarmante que las «confesiones», revelaciones y tantas otras charlas durante el transcurso de nuestra amistad, y yo —a pesar del cansancio, del deseo de descansar sin tener que pensar— tengo la necesidad precisamente de registrarla, de no permitir ninguna distracción: como si en el diario de un viaje peligroso hubiera llegado a una parte especialmente fascinante: la descripción de la muerte y de una súbita y milagrosa salvación… y ya no pudiera parar.

De hecho, podría haberlo arreglado con ella antes, pero por experiencia (previa a Liolia) no tenía ninguna duda de que nada bueno saldría de ello, de que Liolia estaba demasiado lejos de mí y era casi tan impenetrable como el cristal, y yo —como para demostrar mi fortaleza y mi fuerza— guardaba un silencio obstinado. Hoy ha tenido lugar un acercamiento esquivo por su parte, pero no se ha manifestado ni en una sola palabra, ni en una sola sonrisa, hasta la noche —en mi habitación—, cuando, manejándome tan hábilmente como siempre, y mostrándose comprensiva y clara como siempre, inició la conversación.

—Ya es hora de que hablemos, ¿no le parece? Ha llegado el momento oportuno.

—Hace ya tiempo, Liolia.

—Está usted descontento conmigo. Dígamelo francamente, no sea tímido.

—¿No se ofenderá? Bien entonces. Creo que se ha estado mostrando usted codiciosa y tacaña conmigo (esto me lo había preparado de antemano): codiciosa porque quiere conservarme, y tacaña porque no está dispuesta a renunciar a nada de sí misma.

—Es cierto, y muy exacto por cierto. Pero que sea codiciosa supone una ventaja para usted.

A pesar de la confianza que tenía conmigo, Liolia hablaba con dificultad, forzadamente, y buscaba aquellos detalles que la justificaban o que demostraban que éramos inseparables, o que simplemente me halagaban.

—Sabía lo difícil que estaba siendo para usted, pero no sabía cómo decírselo, sencillamente me daba vergüenza.

—Lástima, me hubiera servido de mucho.

—La próxima vez… discúlpeme, querido, por la broma.

—¡Qué fácil y agradable es usted cuando no está malhumorada y se permite bromear! —Estallé, sin duda, antes de tiempo y en contra de mi propio beneficio—. Cuántas veces pensé que no llegaría a oír de nuevo sus amistosas bromas y estuve a punto de dejarlo todo.

—No diga esas tonterías. Le aprecio mucho, lo sabe usted de sobras.

—Liolia, si de verdad me aprecia usted tanto y quiere preservar un futuro para los dos, tendrá que aclararme muchas cosas. Porque, honestamente, no entiendo nada, me debe usted más de una explicación. Ya me disculpará, pero necesito saber qué ha habido entre ustedes.

—Pregunte.

—¿Han mantenido usted y Bobka una relación íntima?

Liolia palideció al instante; incluso sus ojos, habitualmente encendidos y de un azul intenso, parecieron temblar y oscurecerse; los entrecerró lentamente al tiempo que bajaba la cabeza, como si no encontrara las fuerzas para pronunciar la vergonzosa y crucial palabra. Sentí una angustia inexplicable y de pronto se me reveló la diferencia de nuestras recientes situaciones; enseguida me trasladé al pasado, a una esperanza indeterminada, cuando me atormentaba y sufría —por lo visto, no lo suficiente—, y me entró un sudor frío al darme cuenta de lo terrible y evidente, de lo que me quedaba por sufrir y lamentar: cuando Bobka andaba cerca, a menudo me imaginaba, con un éxtasis frívolo e injustificadamente dulce, que atraparía y pondría en evidencia a Liolia; solía imaginar su vergüenza y mi retirada vengativa, mortificadora; ahora ya no sentía ganas de marcharme, de alejarme enemistado para siempre, sino que toda la amargura, toda la humillación y la contención acumuladas durante meses (antes de la marcha de Liolia y durante su ausencia), y en esas crueles últimas semanas, todo aquello estalló y se apoderó de mí, desplazando mi voluntad de aceptar la reconciliación con gratitud, sin alboroto, y decidí a mi vez atormentar a Liolia, hacer que expiara en parte su imperdonable culpa:

—¿Cuándo? ¿Dónde? No lo entiendo, pues en casa siempre estaban conmigo.

—No pregunte, por favor. ¿No ve lo difícil que me resulta?

—Da igual, aunque solo sea por amistad. Antes ha perdonado usted mi impertinente curiosidad.

—Si quiere saberlo… En casa de los Wilczewski.

Recordé con todo detalle la pequeña sala de estar y el diván, en el que había besado a Zinka, en el que hasta el día de ayer Liolia podía

besar a Bobka, y automáticamente pensé en el extraño giro del destino. Liolia estaba sentada delante de mí, indefensa, pero obstinada, intentando no ceder ante mi resentimiento ni desviarse del tono inicial de complaciente sinceridad recíproca. Se dirigía a mí con absoluta convicción, como si quisiera inculcarme una nueva y definitiva candidez:

—Si supiera lo insoportable que resulta para mí (usted ya sabe de qué hablo), y cuánto me alegraría poder borrarlo. Después de todo, esa es la causa de todo, sí, de todas y cada una de mis desgracias. Por eso me dejó entonces Serguéi, en Moscú, y ahora de nuevo… Me lo explicó todo: su miedo al no entenderme, su convicción de que terminaríamos mal. Por eso me junté con mi marido, y ahora con Bobka. Usted es inteligente, dígame cómo puedo hacer para cambiar. De verdad, quiero ser una persona diferente.

La sinceridad de Liolia no logró conmoverme: estaba demasiado preocupado por aclarar cierto aspecto, como si se tratara de un trabajo de investigación inconcluso:

—¿Y eso fue todo con Bobka? ¿Nada noble y tierno?

Liolia guardó silencio un momento y de repente se irguió:

—No, hubiera preferido que se tratase de amor. Para usted Bobka es una persona insignificante. Y tiene razón, sé lo que vale. Pero ¿acaso usted no se siente conmovido cuando alguien mediocre le muestra de pronto un poco de compromiso? A mí me conmovió que precisamente Bobka, tan insustancial e insignificante, fuera capaz de superarse, se hiciera valer. Usted no necesita tanto como él que le amen, ya se vale por sí mismo y se sabe manejar.

Pensé que por fin había captado la «idea» que tenía Liolia del amor, y no renegaba de esa «idea», lo cual quería decir que todavía amaba.

—¿Pero ama usted a Bobka todavía? —De nuevo, Liolia bajó la cabeza, como afirmando, avergonzada—. ¿Qué puedo hacer yo entonces? ¿Cómo podría volver con usted? Recuerde que me dijo que aquello que más temía era la inconstancia. Con su marcha repentina, Serguéi le enseñó a temerla. Ahora es usted quien me lo ha enseñado a mí. Piénselo, ¿cómo iba a sentirme cómodo ahora con usted?

—Sí, es una pena. He decidido ser completamente sincera y fíjese lo mal que me ha ido. Las mujeres deberíamos mentir.

—Tiene usted razón, Liolia, hace bien en ser sincera. Las mentiras terminan por descubrirse, y entonces es peor. Pero no se pueden eliminar las sensaciones acumuladas durante todo un mes en apenas una hora. —De repente asomó la «idea» de no exigir venganza—. Porque es como si todo este mes me hubiera estado usted apartando a propósito. Parecía que estuviera ciega y no advirtiera para nada la

diferencia de generosidad, porque la diferencia no radica en que seamos personas distintas, sino en que nos tratábamos de forma diferente. No se daba usted cuenta de mil detalles. —Yo los anotaba en casa, en un cuaderno aparte, con el título Paralelos, y los he releído muchas veces, disfrutando con la posibilidad de comparar y culpar despiadadamente a Liolia—. ¿Quiere un ejemplo? Cuando usted hacía alguna observación o encontraba algún parecido, si yo no estaba de acuerdo, se producía una situación incómoda, como si usted tuviera la razón y yo no pudiera entenderla, entonces es cuando intentaba rebajarme —«¿Cómo dice?», «Déjelo», «Tonterías»— y se encogía de hombros con desdén. Es una lástima que no sepa imitar la mirada de triunfo que ponía usted siempre que yo desconocía algo; cuando sucedía al revés y por casualidad yo comentaba algo que usted desconocía, eran Bobka y usted quienes se reían: «Quiere presumir de sus conocimientos». Y como ese muchos más ejemplos.

Me sentí mejor después de poder por fin airear unas acusaciones que se habían ido acumulando durante mucho tiempo, pero Liolia parecía empezar a estar molesta y trató de defenderse y justificarse:

—Le aseguro que me he dado cuenta de todo, pero no encontraba la manera de ayudarle. Imagínese que tiene usted un amigo que está pasando por una situación económica complicada o que se está haciendo viejo, ¿cree que le podría de veras consolar? A mi parecer, no debemos compadecernos de él delante de extraños, para evitar que lea en ojos de estos palabras tan terribles como «compasión» o «consuelo». ¿No será mejor, o más considerado, simplemente no decir nada y, así, dar a entender: «Sí, lo está pasando mal, pero sé que es fuerte y que saldrá de esta»?

—Solo ahora siento que tengo fuerzas, justo ahora que Bobka se ha ido.

La alegría de que Liolia bromeara y fuera amable conmigo hizo que se me escaparan sin querer esas palabras, lo cual volvió a resultar inoportuno y a jugar en mi contra: mi independencia posterior quedó inmediatamente en evidencia, de la peor manera posible. Decidí recordarle la ventaja que tenía sobre Bobka, una cierta resistencia que había desplegado frente a él:

—A medida que pasa el tiempo me queda cada vez más claro lo que vi y lo que recuerdo, que todo parecía conmoverla excepto lo que me pasara a mí. No es que quiera presumir, pero ¿acaso yo no me comporté bien, incluso mejor a veces que Bobka y usted?

—Estaba indignada. A veces su contención me parecía heroica, insulsa incluso; ya me perdonará usted, querido amigo.

—Pero era de usted de quien dependía marcar el tono, modificar su comportamiento y dirigir el mío, dignificarlo, dicho de alguna manera. ¿No se le ocurrió que hay cosas de esta época tan absurda que

quedarán para siempre?

—Me he prestado a reconciliarme de buena fe, pero usted me asusta y me repudia. Y no me dejaré asustar, tómeselo como le parezca. Me pregunta una y otra vez qué pasó entonces, por qué me comporté de esta o de aquella manera. Y yo le respondo: lo hice contra mi voluntad. Pero no es suficiente para usted, me obliga a decir algo que ya conoce bien. Sí, le odiaba. Es una enfermedad: la indignación que llega a convertirse en odio, odio contra quienes se atreven a amarnos, contra aquellos de quienes no podemos librarnos, a menos que seamos nosotros quienes les amemos.

Un pensamiento cruzó por mi cabeza: he aquí la explicación intempestiva a la crueldad feroz con Zinka, tras haberme sentido iluminado de pronto al encontrar la amabilidad necesaria para tratar con la gente. Interrumpiendo ese mismo pensamiento, Liolia, desconcertada por mis ataques y por sus propios reproches no confesados que se había ido guardando desde hace tiempo, continuó acusándome, imperturbable:

—Me decía, mírese. Pero si se hubiera visto usted, qué desagradable era conmigo a veces. Me acechaba en todo momento, sentía su aguda mirada de detective constantemente, en especial cuando bailaba o si estaba tumbada en la cama y Bobka estaba sentado a mi lado. Estoy segura de que quería que pasara algo delante de usted, y fue terriblemente descarado. Bobka me preguntó en más de una ocasión con qué derecho nos miraba de esa manera y por qué yo se lo permitía. No olvide que estropeó usted mis escasos y, precisamente por ello, buenos momentos.

Luego, con una incoherencia flagrante (como si hubiera descargado ya todo lo que la oprimía, como había hecho yo), Liolia, por primera vez desde nuestro viaje, volvió a sonreírme como antes, agradecida y comprensiva —cierto que exhausta, convencida a medias y distante—, y me abrazó con ternura, como en el pasado —el abrazo me pareció más reconfortante, más eficaz que todas nuestras espinosas explicaciones—, y me encontré enseguida con los gestos y los besos habituales, siempre vivos y tiernos. Completamente agotada, Liolia me apartó con suavidad:

—Bueno, pues tan amigos, me alegro. Ahora vaya a su casa y acuéstese, tiene usted muy mal aspecto. A partir de mañana yo me encargaré de alimentarlo, y tendrá que hacerme caso.

Los cuidados de Liolia son una señal de mi recuperación parcial, un signo de que he reaparecido, que ella sencillamente me ve. Estoy tranquilo y exhausto, y esa tranquilidad me hace sentir una curiosa emoción por los próximos encuentros: qué pasará ahora con Liolia, después de sus aclaraciones sobre Bobka, después de todas estas novedades que ahora sin duda la rebajan y exigen de mi parte una

amabilidad y una compasión renovadas (críticas, quizá). Recuerdo nuestra conversación sin pizca de animosidad, pues se trata de una confrontación natural y largo tiempo esperada, entre la verdad de Liolia y la mía en relación con el amor: ocurre siempre que quien ama solamente se da cuenta y se acuerda de su amor, de su alegría y de las ofensas recibidas, pero las ofensas infligidas al amor ajeno permanecen en nuestra memoria y en nuestra conciencia de manera superficial y pálida. Es una demostración más de la disminuida capacidad que resulta del amor, de los cambios que produce en todas las convenciones y relaciones humanas, de la necesidad que tienen los amantes —como sucede con los niños y los locos— de unas leyes especialmente flexibles, algo arbitrarias y condescendientes.

Ahora puedo reflexionar sobre el amor de forma más sobria y fundamentada que de costumbre: ahora empieza la parte más agradable de la escritura, la más veraz y centrada, la parte en la que he conseguido superar la resistencia de un cansancio soporífero, la tentación de soñar despierto y descansar, cuando los acontecimientos externos —mi principal dificultad— han sido más o menos capturados y transferidos, cuando solo quedan las conclusiones evidentes desde hace mucho tiempo, conclusiones que surgen rápidamente, con total naturalidad y sin pasión. La inspiración largamente reprimida (mejor dicho, esa fuerza oscura que moviliza el alma, que se nos ofrece como un milagro, de la nada, pero crece, se extiende desmesuradamente por motivos que no son para nada fortuitos, a causa de todo aquello que nos ha conmovido profundamente o nos apela), esa fuerza indócil, después de tantos esfuerzos y fracasos, se pone en marcha y me conduce a un estado de ánimo particular, intenso, febril, atento a los detalles, el más fructífero y a la vez extenuante, un estado doblemente perturbador por el miedo de dejar escapar algo para siempre. En este estado puedo examinar mejor todo lo que me está pasando, veo con mayor claridad y más de una vez logro corregir las equivocaciones de mis horas más extáticas y exageradas. Ahora el amor me parece —a pesar de lo decidido previamente— algo terrenal, descarado, jactancioso, e incluso su falta de exclusividad (esa «universalidad» que alguna vez me conmoviera: «todos recordamos a nuestro amor»), ahora, en mi sobriedad, sin la embriaguez del alcohol y las canciones zíngaras, reduce su encanto fascinante, su preciado valor, del mismo modo que durante la guerra —debido a esa «universalidad» del sufrimiento y el riesgo mortales— tanta gente pierde la capacidad de relacionarse con una corrección comedida, sin frivolidad, con la muerte inevitable, con la propia y con la ajena, con la enfermedad, la aventura y el peligro. Me resultaría vergonzoso volver a ver cómo anteriormente idealizaba el amor, ahora, cuando descubro que yo mismo me estaba engañando ingenuamente, que no soy diferente a

esas personas «con ideas» o crédulas, de las que antes yo me reía con arrogancia (y con algo de envidia, es cierto), aunque mi decepción no tiene que ver con Liolia, que ha demostrado ser peor de lo que imaginaba, ni tampoco con su resignación, ni con el hecho de comprobar que todo amor es cambiante, finito y accesible a cualquier ser, por mediocre que sea, como por ejemplo Bobka, sino con algo que comprendí de repente de forma intensa e irrevocable: igual que todo lo que conocemos, como la fe y los nobles ideales por los que nos sacrificamos, el amor reside aquí, entre nosotros, no en aquel otro lado, sino en este, en este mundo, y aquel otro mundo —indudable e impenetrable— no hay modo de que nos lo pueda revelar el amor.

Es imposible vivir sin engaño: estamos hechos así, no podemos escapar nunca de este callejón sin salida, y, entre otras constantes contradicciones que parecen burlarse de nosotros, está nuestra necesidad de engañar, al menos como una conjetura falsa, arbitraria, o mejor dicho, por esa extraña tensión espiritual que solo el engaño provoca y de la cual deriva la más engañosa, la más inexplicable de nuestras actividades: deshacernos de la desolada oscuridad humana, de modo que podamos extraer nuevos fragmentos de un conocimiento indiscutible. Sin ello solo existe el aburrimiento corriente, cotidiano, impotente y despreciable, o bien un gélido sentimiento de júbilo, ciego a la vez al tiempo y a las personas y que constituye una especie de muerte en vida. Sucede que mi interior alberga un exceso de ardor, de entusiasmo, de plenitud vital, una reserva que me lleva —por mi amor devoto, por mis intentos de convertirlo en ideal— al reconocimiento del engaño, de su necesidad y de su condición inevitable, un instinto, provisto de una suficiente dosis de prudencia, que se ha atemperado y refinado: debo aprender a usarlo, ya que mi destino parece estar determinado de antemano, debo conducir mi entusiasmo de forma infalible; ya no en búsqueda de la felicidad (que es un regalo y un milagro), sino en nombre de la lucha humana contra la ceguera, o con tal de que esa oscura, noble lucha predestinada pueda resultar visible. Toda trascendencia humana —ya sea idealista y sacrificada al amor o bien alcanzada por medio de la fe—, a menos que se convierta en una costumbre, en una obligación inerte, es como un fuego que se enfría para emerger de nuevo en otro lugar, un ardor genuino, un fuego que nada puede reemplazar y que no podemos convocar forzosamente. Es imposible descender, precipitarse y no adquirir una nueva trascendencia, y, teniendo en cuenta que mi natural ineptitud, por un indeleble y destructivo contratiempo, ha erradicado posibles nuevos intentos, no voy a mortificar la única posibilidad que me queda: si resulta que no se me ha concedido más cima que el amor y no existe otro amor que no sea el de Liolia, y dado que el amor, como cualquier otra cima, no es otra cosa que un engaño,

siendo Liolia su encarnación, y si resulta que hoy, ya sin rivales, estando con ella a solas, en la cúspide de mi esperanza, he sido apartado por ella definitivamente, no deberé entonces huir ni reprimir nada en mí, sino al contrario, ofreceré mis fuerzas agónicas a los caprichos crueles y fructíferos de la divinidad del amor, una divinidad que nunca me ha abandonado y que tampoco me exige victoria alguna. Alguien podría fácilmente sospechar que todo esto es un juego, que me dedico solamente a embellecer un amor artificial, por decirlo de algún modo, o al contrario, que me las arreglo para concebir hábiles argumentos que eviten arrancar de mí el profundo amor que siento por Liolia, pero soy yo precisamente quien ha de padecer las consecuencias de ese amor, soy yo quien debe esperar la insensibilidad incomprensible de Liolia, que me humillará en el futuro horriblemente, irreparablemente, soy yo quien dependerá de Bobka y de unas absurdas circunstancias externas, seré yo el testimonio de su insoportable poder, y de noche, insomne, seré también yo quien maldiga mi frivolidad suicida y quien, en sus pensamientos nocturnos e inverosímiles, afeará y difamará el nombre de la propia Liolia, por quien todo esto empezó, por quien he sufrido todo esto, y es más, la experiencia me ha enseñado a prepararme para lo malo cuando las cosas van bien, pero no voy a encontrar en cambio nada bueno entre lo malo; es más, tengo mi sentido del honor, como cualquier otra persona, y no tengo una especial inclinación por la autoedificación, pues me parece además que el amor terrenal correspondido es la más digna y maravillosa forma de amor posible, de modo que el primer dolor surgirá en el mismo instante en que yo acabe el trabajo que me ha tenido distraído de ese amor: una elección tan desesperada no es ningún artificio, no es una apariencia ni un juego, sino el intento de permanecer fiel (incluso en el fracaso) a un designio humano, tal vez mal interpretado, quién sabe, pero que de todos modos me mantiene a su merced, si así debo entenderlo, ya que no detecto error en tal comprensión.

1930



YURI FELSEN

Seudónimo de Nikolai Freudenstein, nació en San Petersburgo en 1894. Tras la Revolución rusa emigró a Riga y, más tarde, a Berlín. En 1923 se establecería finalmente en París, donde se convirtió en uno de los escritores más importantes de su generación. Influida por los grandes modernistas (Marcel Proust, James Joyce y Virginia Woolf), su literatura entroncaba con las nuevas corrientes estéticas y filosóficas de la cultura europea. La ocupación nazi de Francia coincidió con el momento álgido de su carrera literaria. Felsen trató de huir a Suiza, pero fue arrestado e internado en el campo de concentración de Dancy. En 1943 fue deportado a Auschwitz, donde moriría asesinado en las cámaras de gas.

Engaño es la obra cumbre de Yuri Felsen, uno de los escritores más importantes de la diáspora rusa del siglo pasado. Considerado por sus coetáneos como el «Proust ruso» y alabado por Vladimir Nabokov, Felsen murió asesinado en Auschwitz y su legado literario fue parcialmente destruido por los nazis.

Escrita en forma de diario, esta novela es el autorretrato de un aspirante a escritor que se busca la vida como puede en París, donde ha recalado tras huir de la Revolución rusa. Su existencia transcurre sin grandes propósitos hasta que conoce a otra exiliada, la bella e inteligente socialité Liolia Gerd. Lo que empieza como una amistad casual rápidamente da paso a la fascinación y la obsesión. Nuestro narrador, de temperamento neurasténico, pronto se ve abrumado por la mera idea de su amada, cuya influencia le inspira brillantes reflexiones sobre el amor, el arte y la condición humana. Pero Liolia se muestra esquiva y se deja querer por otros hombres, por lo que las confesiones de su pretendiente se vuelven cada vez más dolorosas, monomaníacas y febriles.

A diferencia de otros grandes escritores de la emigración rusa, Felsen recrea no solo la Europa de entreguerras y la peculiar vida de los expatriados, sino también la crisis existencial de la época a través de la conciencia hipersensible de su protagonista.

«Un sueño extraño y hermoso, una carta de amor trágica e íntima proveniente de un mundo perdido.»

Camilla Grudova

NOTAS

1 «No, me defiendo sola», en francés. (N. de la T.)

2 «Ay, ay, ay, qué cataclismo», en francés. (N. de la T.)

3 «Tal vez he pasado por demasiado», en francés. (N. de la T.)

4 «¡Es magnífico!», en francés. (N. de la T.)

5 «Vaya si es encantadora su amiga, y muy tranquila», en francés. (N. de la T.)

6 «El amor soporta mejor la ausencia o la muerte que la duda o la traición», en francés. (N. de la T.)

7 «Pequeño Bob» y «pequeña Zina». (N. de la T.)

8 «Y su amiga, ¿qué se ha hecho de ella?», en francés. (N. de la T.)

9 «Un pueblo merece el régimen que tiene, ustedes, los rusos, ya se trate de Lenin o de Iván el Terrible…, fíjese en los que rodeaban al pobre zar, todos le abandonaron, todos eran unos cobardes, cobardes, cobardes», en francés. (N. de la T.)

10 «La señora baja enseguida», en francés. (N. de la T.)